



JAKOB VON
GUNTEN
ROBERT WALSER



«Aquí se aprende muy poco, falta personal docente y nosotros, los muchachos del Instituto Benjamenta, jamás llegaremos a nada, es decir que el día de mañana seremos todos gente muy modesta y subordinada. La enseñanza que nos imparten consiste básicamente en inculcarnos paciencia y obediencia, dos cualidades que prometen escaso o ningún éxito. Éxitos interiores, eso sí. Pero ¿qué ventaja se obtiene de ellos? ¿A quién dan de comer las conquistas interiores?».

Así empieza Jakob von Gunten, la tercera novela de Robert Walser, la más amada por el autor, pero también la más discutida e innovadora, escrita en 1909 en Berlín, tres años después de haber dejado el Instituto donde se había educado. Y el gran protagonista de esta «historia singularmente delicada», según un juicio de Walter Benjamin, es el propio Instituto Benjamenta: el alumno Jakob, a través de su diario, nos introduce en todos sus secretos, en sus dramas y pequeñas tragedias y en todos sus misterios, convirtiéndolo en uno de los escenarios más memorables de la literatura del siglo XX.



Robert Walser

Jakob von Gunten

ePub r1.1

Titivillus 23.04.16

Título original: *Jakob von Gunten*

Robert Walser, 1909

Traducción: Juan José del Solar

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: ColaboradorA, ColaboradorB y ColaboradorC

ePub base r1.2



Aquí se aprende muy poco, falta personal docente y nosotros, los muchachos del Instituto Benjamenta, jamás llegaremos a nada; es decir, que el día de mañana seremos todos gente muy modesta y subordinada. La enseñanza que nos imparten consiste básicamente en inculcarnos paciencia y obediencia, dos cualidades que prometen escaso o ningún éxito. Éxitos interiores, eso sí. Pero ¿qué ventaja se obtiene de ellos? ¿A quién dan de comer las conquistas interiores? A mí me encantaría ser rico, pasear en berlina y malgastar dinero. Una vez comenté esto con mi condiscípulo Kraus, pero él se limitó a encogerse de hombros despectivamente, sin concederme una sola palabra. Kraus tiene principios, va bien sujeto a su silla, montado sobre la satisfacción, y es éste un rocín al que los amantes del galope prefieren no subirse. Desde que estoy aquí, en el Instituto Benjamenta, he conseguido volverme un enigma para mí mismo. También me he visto contagiado por un extraño sentimiento de satisfacción, desconocido hasta ahora. Soy bastante obediente; no tanto como Kraus, que es un maestro en ejecutar celosamente cualquier tipo de órdenes. Hay un punto en el que nosotros, los alumnos (Kraus, Schacht, Schilinski, Fuchs, Peter el larguirucho, yo, etc.), nos parecemos todos: el de nuestra pobreza y dependencia absolutas. Somos humildes, humildes hasta la indignidad total. Quien recibe un marco de propina pasa por ser un príncipe privilegiado. Quien, como yo, fuma cigarrillos, despierta preocupación por sus hábitos de despilfarro. Vamos uniformados. Pues bien, este hecho de llevar uniforme nos humilla y nos encumbra al mismo tiempo: tenemos aspecto de gente no libre, lo que posiblemente sea una ignominia, pero también nos vemos bonitos, y eso nos ahorra la profunda vergüenza de quienes se pasean en ropas personalísimas y, sin embargo, sucias y ajadas. A mí, por ejemplo, vestir el uniforme me resulta bastante agradable, pues nunca he sabido muy bien qué ropa ponerme. Pero incluso a este respecto sigo siendo un enigma para mí mismo. Acaso en mi interior resida un ser vulgar, totalmente vulgar. O tal vez por mis venas corra sangre azul. No lo sé. Pero de algo estoy seguro: el día de mañana seré un encantador cero a la izquierda, redondo como una bola. De viejo me veré obligado a servir a jóvenes palurdos jactanciosos y maleducados, o bien pediré limosna, o sucumbiré.

Nosotros, los alumnos o internos, tenemos en verdad muy poco que hacer, casi no nos dan tareas. Aprendemos de memoria los reglamentos que rigen aquí dentro. O leemos el libro *¿Qué objetivo persigue la escuela de muchachos Benjamenta?* Kraus estudia además francés, totalmente por su cuenta, ya que las lenguas extranjeras o asignaturas similares no figuran en nuestro plan de estudios. Sólo hay un curso único que se repite constantemente: «¿Cómo debe comportarse un muchacho?». Y toda la enseñanza, en el fondo, gira en torno a esta pregunta. Conocimientos no se nos imparte ninguno. Como ya he dicho, falta personal docente, es decir, que los señores educadores y maestros duermen, o bien están muertos, o lo están sólo en apariencia, o quizá se han petrificado, lo mismo da; el hecho es que no nos aportan realmente nada. En lugar de los maestros, que por alguna extraña razón están ahí tumbados, como muertos, y dormitan, quien nos da las lecciones y nos dirige es una mujer joven, Fräulein Lisa Benjamenta, hermana del señor

director del Instituto. A la hora de la lección entra en el aula con una varita blanca en la mano. Todos nos levantamos de nuestros puestos al verla entrar; no bien ha tomado asiento, también nosotros podemos sentarnos. Con su varita da tres golpes breves e imperiosos contra el borde de la mesa, y la clase comienza. ¡Vaya clase! Aunque mentiría si dijera que la encuentro extraña. No, lo que Fräulein Benjamenta nos enseña me parece digno de consideración. Es poco y no paramos de repetirlo, aunque tal vez haya un secreto detrás de todas esas naderías irrisorias. ¿Irrisorias? Nosotros, los muchachos del Instituto Benjamenta, no somos lo que se dice reidores. Nuestros rostros y modales son muy serios. Hasta Schilinski, que en realidad es todavía un niño, se ríe muy raramente. Kraus nunca se ríe, o bien lo hace un instante, cuando ya no puede contenerse, y luego se enfurece por haberse entregado a un comportamiento tan antirreglamentario. En general, a los alumnos no nos gusta reír, o, mejor dicho, apenas podemos hacerlo. Nos faltan la alegría y el relajamiento necesarios. ¿O me equivoco? Dios mío, a veces llego a sentir toda mi estancia aquí como un sueño incomprensible.

El más joven y pequeño de todos los alumnos es Heinrich. Sin segundas intenciones de por medio, uno se enternece involuntariamente en presencia de este chiquillo. Se detiene a mirar los escaparates de las tiendas, abismándose en la contemplación de las mercancías y golosinas. Luego suele entrar y comprarse algún dulce por un par de céntimos. Heinrich es todavía un niño, pero habla y se comporta como un adulto bien educado. Lleva los cabellos siempre cuidadosamente peinados con una impecable raya al medio, detalle que merece mi plena aprobación, pues en este importante punto yo soy muy descuidado. Su voz es tan delicada como el gorjeo de un pajarito. Al pasearse con él o al hablarle, uno se siente, sin querer, impulsado a pasarle un brazo por los hombros. Pese a ser tan bajito, tiene el porte de un coronel. Carece de carácter, pues aún no sabe lo que es. Seguro que jamás ha pensado en la vida, ¿para qué? Es muy juicioso, servicial y educado, aunque sin ser consciente de ello. Sí, es como un pájaro. Todo su ser irradia intimidad. Cuando da la mano es como si la diera un pájaro, y como un pájaro camina y se detiene. Todo en Heinrich es inocente, pacífico y feliz. Quiere ser paje, dice. Pero lo dice sin sentimentalismos burdos, y lo cierto es que la profesión de paje sería la más justa e idónea para él. La delicadeza en la conducta y en la sensibilidad aspira a algún fin impreciso, y hete aquí que da en el blanco. ¿Qué experiencias le tocarán en suerte? ¿Habrá experiencias y conocimientos que osen acercarse a este muchacho? ¿No se avergonzarán las crudas decepciones de inquietarlo justamente a él, un ser tan frágil? Por lo demás, observo que es poco frío, no hay en él nada tormentoso ni desafiante. Tal vez nunca llegue a advertir muchas, muchísimas cosas que podrían abatirlo, ni a sentir otras capaces de quitarle su indolencia. Quién sabe si tendré razón. En cualquier caso, este tipo de observaciones me resultan apasionantes. Heinrich es, hasta cierto punto, un chico obtuso. Es su dicha, y hay que celebrársela. Si él fuera un príncipe, yo sería el primero en doblar las rodillas en su presencia y homenajearlo. ¡Lástima!

¡Qué estúpidamente me porté al llegar aquí! En primer lugar, me irritó el aspecto miserable de la escalera. Pero es el tipo de escalera normal en cualquier casa interior de una gran ciudad. Luego llamé y salió a abrirme un ser de aspecto simiesco. Era Kraus, pero en ese momento lo tomé simplemente por un mono, mientras que ahora lo aprecio muchísimo, gracias a esa manera de ser tan personal, que lo embellece. Le pregunté si podía hablar con Herr Benjamenta. «Por supuesto, señor», respondió, haciéndome una profunda y necia reverencia que me produjo una extraña sensación de miedo; y al punto me dije que allí debía de haber algo turbio. A partir de entonces consideré la escuela Benjamenta como una estafa. Entré en el despacho del director. ¡Cómo me río cuando pienso en la escena que siguió! Herr Benjamenta me preguntó qué quería. Le expliqué tímidamente que deseaba ser su alumno. Guardó silencio y se puso a leer periódicos. El despacho, el señor director, el mono que lo había precedido, la puerta, esa manera de callar y sumergirse en los periódicos, todo aquello me pareció altamente sospechoso y de mal agüero. De repente me preguntaron mi nombre y de dónde venía. Y en ese momento me consideré perdido, pues intuí de golpe que no saldría más de allí. Respondí tartamudeando, y hasta me atreví a destacar que provenía de una familia distinguida. Dije, entre otras cosas, que mi padre era un alto consejero y que yo había huido de su casa por temor a que su perfección me asfixiase. El director volvió a callar un rato. Mi miedo a ser engañado alcanzó su cota máxima. Pensé incluso en un asesinato secreto, en un estrangulamiento paulatino. Entonces, con su voz imperiosa, el director me preguntó si llevaba dinero y yo le dije que sí. «¡Dámelo! ¡Rápido!», ordenó, y yo, cosa extraña, obedecí en el acto, aunque temblando de desesperación. Ya no dudé de que había caído en manos de un bandido, de un estafador, lo cual tampoco me impidió entregarle dócilmente el dinero de la escuela. ¡Qué ridículas encuentro ahora mis impresiones de aquel día! El tipo se embolsó el dinero sin decir nada. Yo tuve entonces la osadía de pedir un recibo, pero me cayó la siguiente respuesta: «A los pillos como tú no les damos recibos». Ya estaba a punto de desmayarme, cuando el director tocó un timbre y, al instante, ese estúpido mono de Kraus entró precipitadamente. ¿Un mono estúpido? En absoluto. Kraus es un chico estupendo, estupendo. Sólo que entonces yo no podía entenderlo. «Este es Jakob, el nuevo alumno. Llévalo al aula». No bien hubo hablado el director, Kraus me aferró y me arrastró hasta donde estaba la maestra. ¡Qué infantiles nos vuelve el miedo! No existe peor comportamiento que el que nace del recelo y la ignorancia. Así me vi convertido en alumno del Instituto.

Mi condiscípulo Schacht es un personaje extraño. Sueña con ser músico. Gracias a su imaginación toca el violín maravillosamente, me dice, y al mirarle las manos se lo creo. Le gusta reírse pero al rato cae en una melancólica languidez que se aviene increíblemente bien con su cara y el porte de su cuerpo. Schacht tiene un rostro blanquísimo y unas manos largas y delgadas, que expresan un sufrimiento espiritual sin nombre. De complexión débil, se inquieta fácilmente; ya esté de pie o sentado, le resulta difícil permanecer inmóvil. Parece una chiquilla enfermiza y tozuda; también le agrada torcer el morro, lo que aumenta todavía más

su parecido con una figura femenina joven y un tanto mimada. Ambos, él y yo, nos tumbamos a menudo en la cama de mi dormitorio, vestidos y con zapatos, y fumamos cigarrillos, cosa prohibida por los reglamentos.

A Schacht le encanta transgredir los reglamentos, y debo confesar que, por desgracia, a mí también. Allí tumbados, nos contamos largas historias, historias de la vida, es decir, vividas, pero mucho más aún historias inventadas, cuyos hechos sólo existen en la fantasía. Una suave música parece entonces subir y bajar por las paredes, en derredor nuestro. El estrecho y oscuro cuartito se ensancha y van surgiendo calles, salones, ciudades, castillos, personas y paisajes desconocidos, se oyen truenos y susurros, conversaciones, llantos, etc. Es delicioso charlar con aquel Schacht ensoñador. Parece entender todo cuanto le dicen, y él mismo, de rato en rato, dice algo importante. También se queja a menudo, lo cual me hace más grata la conversación. Me gusta escuchar quejas. Se puede mirar cara a cara al interlocutor y sentir por él una profunda y ferviente compasión; y Schacht tiene algo que despierta compasión, aunque no diga cosas tristes. Si la insatisfacción refinada, es decir, la aspiración a algo elevado y bello puede alojarse en algún ser humano, no hay duda de que en Schacht se ha instalado con holgura. Schacht posee un alma. Quién sabe si a lo mejor tiene naturaleza de artista. Me ha confesado que está enfermo, y por tratarse de una enfermedad no muy decorosa, me rogó insistentemente que guardara silencio; yo, desde luego, se lo prometí bajo palabra de honor, para tranquilizarlo. Luego le pedí que me mostrase el objeto de su enfermedad, pero él se enfadó un poco y se volvió hacia la pared. «Eres un desvergonzado», me dijo. Muchas veces nos quedamos así tumbados, sin intercambiar palabra. Un día me atreví a acercarme suavemente su mano hacia mí, pero él la retiró diciendo: «¿Qué tonterías haces? ¡Estate quieto!». Schacht prefiere mi compañía; no es que a mí me resulte muy claro, pero la claridad no es necesaria en este tipo de cosas. La verdad es que lo quiero muchísimo y considero que enriquece mi existencia. Por supuesto que nunca se lo digo. Entre nosotros hablamos bobadas, a veces también tocamos temas serios, pero evitando las palabras solemnes. Las palabras bellas son demasiado aburridas. Ah, y a raíz de las reuniones con Schacht en mi cuartito he notado que nosotros, los alumnos del Instituto Benjamita, estamos condenados a extraños períodos de ocio, que a menudo duran medio día. Permanecemos todo el rato en un rincón, acuclillados, sentados, de pie o tumbados. Para divertirnos, Schacht y yo solemos encender velas en la habitación, lo cual está estrictamente prohibido. Pero justamente por eso nos divierte. ¡Qué preceptos ni reglamentos! ¡La luz de las velas es tan bella, tan misteriosa! ¡Qué aspecto adquiere el rostro de mi compañero a la tierna y rojiza luz de la llamita! Cuando veo arder velas, me figuro ser un hombre rico. Un instante después vendrá el lacayo trayéndome el abrigo de pieles. Algo absurdo, sí, pero este absurdo tiene una boca preciosa y sonrío. A decir verdad, Schacht tiene facciones toscas, pero la palidez que cubre su rostro las afina. La nariz es demasiado grande, así como las orejas, y la boca, fruncida. A veces, al mirar a Schacht tengo la impresión de que algún día las cosas habrán

de irle muy mal. ¡Cómo me gustan quienes despiertan esta impresión melancólica! ¿Será tal vez amor fraterno? Sí, es posible.

El primer día me comporté como un auténtico niño mimado y melindroso. Me enseñaron el dormitorio que tendría que compartir con los otros, es decir, con Kraus, Schacht y Schilinski. El cuarto de la cuadrilla, como quien dice. Allí estaban todos: mis compañeros, el señor director, que me miraba con furia, la señorita. Yo no hice más que arrojarme a los pies de la joven y exclamar: «¡No! ¡Dormir en esta habitación me es imposible! No puedo respirar aquí dentro. Preferiría pasar la noche en la calle». Y al hablar me aferré firmemente a las piernas de la señorita. Ella pareció irritarse y me ordenó levantarme. Yo le dije: «No me levantaré si antes no me promete asignarme un lugar digno para dormir. Se lo ruego, señorita, se lo imploro: instáleme en otro sitio, aunque sea un agujero, pero aquí no. Aquí no puedo quedarme. Por cierto que no quiero ofender a mis compañeros, y si ya lo he hecho, lo siento de veras, pero dormir de número cuatro junto a tres personas, y en un espacio tan angosto... ¡No, señorita! ¡Es imposible!». Ya empezaba ella a sonreír, y al notarlo añadí rápidamente, abrazándola aún con mayor fuerza: «Seré un alumno ejemplar, se lo prometo. Me anticiparé a todas sus órdenes; nunca, nunca tendrá que lamentarse de mi conducta». Fräulein Benjamenta preguntó: «¿De veras? ¿No tendré que quejarme nunca?». «No, le aseguro que no, señorita», repliqué yo. Intercambió una significativa mirada con su hermano, el señor director, y me dijo: «Antes que nada levántate del suelo. Ya está bien de lloriqueos y garatusas. Y ven conmigo. Por mí puedes dormir en otro sitio». Me condujo al cuartito que ocupó actualmente, me lo enseñó y preguntó: «¿Te gusta esta habitación?». Yo tuve la osadía de responderle: «Es estrecha. En casa había cortinas en las ventanas y el sol brillaba en las habitaciones. Aquí sólo hay un camastro angosto y un lavabo. En casa los cuartos estaban totalmente amueblados. Pero no se enfade, Fräulein Benjamenta. Me gusta, y se lo agradezco. En casa todo era mucho más fino, acogedor y elegante, pero esto también es muy simpático. Disculpe que le haga comparaciones con mi casa y Dios sabe cuántas cosas más. Pero encuentro realmente encantador este cuartito. Ciertamente es que esa ventana de ahí arriba, en lo alto de la pared, apenas se puede llamar ventana, y que el conjunto tiene, decididamente, cierto aire de ratonera o de perrera. Pero me gusta. Soy un sinvergüenza y un ingrato al hablarle así, ¿verdad? Acaso lo mejor sería quitarme otra vez este cuartito, que en verdad aprecio muchísimo, y ordenarme taxativamente dormir con los otros. Seguro que mis compañeros se han de sentir ofendidos. Y usted, señorita, está enfadada. Sí, lo veo y me pone muy triste». Ella me dijo: «Eres un tontuelo, y ahora, a callar», al tiempo que sonreía. ¡Qué absurdo fue todo lo del primer día! Me avergoncé, y aún hoy me avergüenzo al pensar en mi insolente comportamiento. Aquella primera noche tuve sueños muy agitados. Soñé con la maestra. Y en cuanto al cuartito, ahora me encantaría poder compartirlo con dos o tres personas más. La misantropía nos vuelve siempre medio locos.

Herr Benjamenta es un gigante, y nosotros, los alumnos, somos como enanos junto a ese gigante, que anda siempre algo malhumorado. En su condición de guía y gobernante de una cuadrilla de seres tan minúsculos

e insignificantes como nosotros, los muchachos, se halla, por naturaleza, condenado al mal humor, ya que dominarnos es una tarea que jamás, realmente jamás podrá considerarse digna de sus fuerzas. No, cosas muy distintas podría hacer Herr Benjamenta. Frente a una ocupación tan mezquina como es la de educarnos, un Hércules semejante no puede hacer otra cosa que dormirse, es decir, hundir la nariz, rezongando, en sus periódicos. ¿En qué pensaría este hombre cuando decidió fundar el Instituto? En cierto sentido me da lástima, y este sentimiento acrecienta todavía más el respeto que me inspira su persona. Entre él y yo se produjo además, al iniciarse mi estancia aquí —la mañana del segundo día, me parece— una escena breve, pero muy violenta. Entré en su despacho, pero no tuve tiempo de abrir la boca. «Vuelve a salir. A ver si eres capaz de entrar como una persona decente», me dijo en tono severo. Yo salí y llamé a la puerta, detalle que había olvidado por completo. «¡Adelante!», oí gritar, y entré y permanecí de pie. «¿Y la reverencia? ¿Qué se dice al entrar en mi despacho?». Me incliné y le dije con voz lastimera: «Buenos días, señor director». Ahora estoy tan bien adiestrado que este «Buenos días, señor director» me sale como si nada. Por entonces odiaba esa manera sumisa y cortés de comportarse: aún tenía poco claras las ideas. Lo que entonces me parecía obtuso y ridículo, me parece hoy bello y de buen tono. «¡Habla más fuerte, granuja!», exclamó Herr Benjamenta. Y tuve que repetir cinco veces el «Buenos días, señor director». Sólo después me preguntó qué quería. Yo, que había montado en cólera, le dije: «Aquí no se aprende nada y no quiero quedarme. Por favor, devuélvame el dinero, que me iré al diablo. ¿Dónde están los maestros? ¿Hay acaso algún plan de estudios, alguna idea? No, nada de nada. Yo me largo. Nadie, sea quien sea, me impedirá abandonar este lugar de oscuridad y de tinieblas. Vengo de una familia demasiado distinguida para dejarme torturar y embrutecer por los reglamentos más que idiotas de esta casa. Claro que no quiero volver junto a papá y mamá, eso nunca; más bien pienso irme por calles y plazas y venderme como esclavo. Lo cual no le hace daño a nadie». Tal fue mi discurso. Hoy día me parto de risa al recordar aquel estúpido comportamiento. Pero entonces me tomé todo aquello terriblemente en serio. El señor director guardó silencio. Yo me disponía a lanzarle a la cara algún soez insulto cuando él, sosegadamente, me dijo: «El dinero ingresado ya no se devuelve. En cuanto a tu necia idea de que aquí no puedes aprender nada, te equivocas, pues sí puedes hacerlo. Aprende, ante todo, a conocer a quienes te rodean. Tus compañeros merecen que al menos hagas el intento de conocerlos. Habla con ellos. Mi consejo es: tómatelo con calma. Con mucha calma». Dijo este «con mucha calma» como si estuviera absorto en pensamientos profundos, que no me concernieran para nada. Tenía los ojos bajos, como para darme a entender lo buenas y tiernas que eran sus intenciones. Tras haberme dado claras pruebas de ausencia de ánimo, volvió a callarse. ¿Qué podía hacer yo? Ya estaba otra vez Herr Benjamenta enfrascado en su periódico. Tuve la sensación de que, a lo lejos, me amenazaba una tormenta atroz e incomprensible. Me incliné profundamente, casi hasta tocar el suelo, ante quien no me prestaba ya atención alguna, dije el «Adiós, señor director» reglamentario, di un taconazo, me cuadré y di media vuelta, o mejor dicho, no: busqué a tientas el pomo de la puerta y, con la mirada puesta

en la cara del señor director, me deslicé fuera sin volverme. Así terminó un conato de revolución. Desde entonces no han vuelto a producirse escenas subversivas. ¡Y Dios sabe si me han llovido palizas! Palizas dadas por él, ese hombre en el que sospecho un corazón realmente grande, y yo sin pestañear ni decir ni pío, sin sentirme siquiera ofendido. Solamente muy dolido, y no por mí, sino por él, por el señor director. La verdad es que siempre pienso en él, en ambos: él y la señorita, y en la forma como vegetan con nosotros, los muchachos. ¿Qué harán todo el tiempo en esa casa? ¿En qué se ocuparán? ¿Serán pobres? ¿Serán los Benjamenta pobres? Aquí hay «aposentos interiores». Hasta ahora nunca he estado en ellos. Kraus sí, porque gracias a su lealtad es el preferido. Pero se niega a dar información sobre los aposentos del director. Cuando le interrogo al respecto, se limita a mirarme con ojos saltones y guarda silencio. Oh, Kraus sí que sabe callarse. Si yo fuera un señor, lo tomaría en el acto a mi servicio. Aunque quizá algún día logre penetrar en esos aposentos interiores. ¿Qué verán entonces mis ojos? ¿Nada extraordinario, tal vez? Oh, sí, sí. Estoy seguro de que aquí dentro, en algún sitio, hay cosas maravillosas.

Algo es cierto: aquí nos falta la naturaleza. Pues sí, lo que hay es primeramente gran ciudad. En casa teníamos toda suerte de vistas, próximas y lejanas. Yo oía siempre, me parece, el gorjeo de los pájaros de las calles. Y las fuentes no cesaban de murmurar. La montaña, cubierta de bosques, dominaba majestuosamente la pulcra ciudad. Por la tarde paseábamos en góndola por el lago cercano. A pocos pasos teníamos peñascos y florestas, colinas y praderas. Nunca faltaban voces y perfumes. Y las calles de la ciudad parecían los senderos de un jardín, tan limpio y delicado era su aspecto. Preciosas casas blancas nos espiaban maliciosamente a través de los verdes jardines. Al otro lado de la verja se podía ver a alguna dama conocida, Frau Haag, por ejemplo, paseando por el parque. La verdad es que parece una idiotez, pero uno tenía cerca la naturaleza, la montaña, el lago, el río, la cascada espumeante, el verdor y todo tipo de cantos y sonidos. Caminar era como pasearse por el cielo, pues por todas partes se veía el cielo azul. Al detenerse uno podía tumbarse y fantasear a su antojo, pues el suelo estaba cubierto de hierba y musgo. Y los abetos..., ¡qué intenso y vivificante era su aroma! ¿No volveré nunca a ver un pino de montaña? Tampoco sería una desgracia. Carecer de algo también tiene un perfume, cierta energía. Nuestra casa señorial no tenía jardín, pero todo lo que nos rodeaba era un jardín precioso, impecable y dulce. Espero no ser víctima de la nostalgia. Sería absurdo. También esto es precioso.

Aunque, a decir verdad, no haya aún nada importante que raspar en mi cara, cada cierto tiempo paso por la peluquería, sólo por la excursión callejera que ello supone, y me hago afeitarse. Que si soy sueco, me pregunta el ayudante del barbero. ¿Americano? Tampoco. ¿Ruso? ¿Entonces qué? A estas preguntas teñidas de nacionalismo me gusta contestar con un silencio férreo, dejando en la incertidumbre a quienes indagan sobre mis sentimientos patrióticos. O bien miento y digo que soy danés. Hay sinceridades que sólo sirven para herirnos y aburrirnos. El sol reluce a veces como enloquecido por esas animadas calles. O bien

todo está lluvioso y velado, lo que también me agrada muchísimo. La gente es amable, pese a que yo a veces soy de una insolencia inaudita. Con frecuencia me paso los mediodías sentado en un banco, ocioso. Los árboles del parque están totalmente descoloridos. Sus hojas cuelgan artificialmente, como si fueran de plomo. A ratos todo parece aquí de hierro endeble y hojalata. Luego cae otro aguacero y lo empapa todo. Se abren los paraguas, los coches ruedan sobre el asfalto, la gente se apresura, las muchachas alzan el borde de sus faldas. Ver brotar un par de piernas de una falda produce una sensación extrañamente familiar: una pierna femenina bajo una media bien estirada, nunca la vemos y de repente está ahí; los zapatos se amoldan primorosamente a la forma de los pies, bellos y delicados. Y otra vez sale el sol. Sopla algo de viento y uno piensa en su casa. Sí, pienso en mamá. Se pondrá a llorar. ¿Por qué nunca le escribo? No logro comprenderlo, me es totalmente inexplicable y, sin embargo, no puedo decidirme a escribirle. Ocurre que no me gusta dar noticias. Lo encuentro demasiado tonto. Lástima, no debería tener padres que me quieran. En general, no me gusta ser amado ni deseado. Tendrán que acostumbrarse a no ver más a su hijo.

Hacerle un favor a un desconocido que no nos importe nada es algo fascinante; nos permite echar una mirada en paraísos divinamente nebulosos. Y además, pensándolo bien, todos —o al menos casi todos— los hombres nos importan de algún modo. Estos que ahora pasan a mi lado me importan, es innegable, hasta cierto punto. En última instancia se trata de algo personal. Estoy paseando, el sol brilla y de repente veo a mis pies un perrito que gimotea. En seguida advierto que al animalito de lujo se le han enredado las patas en el bozal. No puede correr. Me inclino y pongo remedio al enorme, enorme infortunio. En ese momento se acerca la dueña. Observa lo ocurrido y me da las gracias. Me quito un instante el sombrero en honor de la dama y sigo mi camino. Y ella, detrás de mí, se queda pensando que aún hay jóvenes bien educados en el mundo. Pues bien, he hecho un favor a los jóvenes en general. ¡Y cómo ha sonreído esa mujer, por lo demás nada agraciada! «Gracias, señor». Si hasta me ha dicho señor. Sí, cuando uno sabe comportarse es un señor. Y al que se le agradece, se le tiene respeto. Quien sonríe, es guapo. Toda mujer merece cortesías. Toda mujer tiene cierto refinamiento. He visto lavanderas moverse como reinas. Es divertido todo esto, ¡vaya si lo es! Pero ¡cómo brillaba el sol y cómo eché luego a correr!... directo al gran almacén, donde me hago fotografiar. Herr Benjamenta quiere una foto mía. Y tengo que escribir un curriculum vitae breve y ajustado a la verdad. Para ello hace falta papel. Pues nada, así tendré el placer de entrar expresamente en una papelería.

Mi compañero Schilinski es de origen polaco. Chapurrea un alemán delicioso. Todo lo exótico, no sé por qué, tiene cierto eco de nobleza. El máximo orgullo de Schilinski se cifra en un alfiler de corbata que se enciende eléctricamente y que él se ha procurado sabe Dios cómo. También le gusta —mejor dicho, es lo que más a gusto hace— encender cerillas. Sus zapatos relucen siempre como espejos. Con inusitada frecuencia se le ve limpiándose el traje, lustrando sus botas y cepillando su gorra. Le agrada mirarse en un espejito barato, de bolsillo. Ciertamente es que todos los alumnos tenemos espejitos de bolsillo, aunque no sepamos

qué significa realmente la vanidad. Schilinski es un muchacho esbelto, de rostro muy bello y pelo rizado que él no se cansa de peinar y cuidar a lo largo del día. Dice que le gustaría tener un caballito. Limpiar y almohazar un caballo, para luego dar un paseo en él: tal es su sueño preferido. Sus dotes espirituales son más bien bastante escasas. Carece por completo de ingeniosidad y perspicacia, y no hablemos ya de sensibilidad y cosas similares. Sin embargo, no es nada tonto; si acaso limitado, palabra ésta que no me gusta emplear cuando pienso en mis condiscípulos. Que de todos ellos sea yo el más inteligente puede que tampoco resulte muy alentador que digamos. ¿De qué le sirven a un hombre sus ideas y ocurrencias si tiene, como yo, la sensación de no saber qué hacer con ellas? Pues nada. No, no, quiero esforzarme por ver claro, pero no me gusta darme aires de gran señor, ni sentirme por encima de quienes me rodean. Schilinski tendrá suerte en la vida. Las mujeres le otorgarán sus favores, todo su aspecto es de futuro favorito del sexo femenino. Su rostro y sus manos tienen un tono trigueño, aunque claro, que produce cierta impresión de nobleza, y sus ojos son tímidos como los de un cervatillo. Un par de ojos encantadores. Con toda su persona podría ser un joven hidalgo terrateniente. Su comportamiento evoca una gran finca donde los elementos urbanos y rurales, el refinamiento y la rudeza confluyen en una cultura humana, a la vez enérgica y graciosa. Le encanta gandulear y deambular por las calles más concurridas, con gran espanto de Kraus, que detesta, persigue y desprecia la ociosidad. «Os habéis estado divirtiendo otra vez, ¿eh?». Con estas palabras nos recibe cuando Schilinski y yo volvemos a casa. De Kraus tendré que hablar muchísimo. Es el más honesto y hábil de todos nosotros, los alumnos, y la honestidad y habilidad son ámbitos realmente inagotables e inconmensurables. Nada logra conmover tanto como oler y ver algo bueno y honesto. Las sensaciones de maldad y de bajeza se agotan muy pronto, pero percibir algo noble y honrado es muy difícil y a la vez muy atrayente. No, los vicios me interesan mucho, pero mucho menos que las virtudes. Ahora tendré que describir a Kraus, tarea que me inquieta enormemente. ¿Remilgos? ¿Desde cuándo? Espero que no.

Ahora voy diariamente a la tienda, a preguntar si mis fotos están listas. Siempre consigo subir en ascensor hasta el último piso. Me encanta hacerlo, por desgracia, lo cual se aviene muy bien con esa irreflexión de la que tantas pruebas he dado. Cuando subo en ascensor me siento de verdad un hijo de mi tiempo. ¿Les ocurrirá lo mismo a los demás? Todavía no he escrito mi curriculum. Me molesta un poco decir la verdad pura y simple sobre mi pasado. Kraus me mira con ojos cada vez más cargados de reproches. Lo cual me va de maravilla. Me divierte ver un poquito furiosa a la gente que quiero. Nada me es más agradable que dar una imagen totalmente falsa de mí mismo a quienes ocupan un lugar en mi corazón. Tal vez sea injusto, pero también audaz y, por ende, decoroso. Cierto es que en mi caso hay también cierta morbosidad, lo reconozco. Así, por ejemplo, cuando creo que es indeciblemente hermoso morir con el convencimiento, terrible, de haber ofendido a los que más quiero en el mundo, dejándoles las peores opiniones sobre mi persona. Es algo que nadie podrá comprender, o acaso sólo quien logre sentir, a través de la obstinación, el estremecimiento que produce la

belleza. Perecer miserablemente por una canallada o una estupidez, ¿es acaso un objetivo? No, claro que no. Pero todo esto son beberías de la peor especie. Acabo de recordar una cosa y, no se por qué motivo, me veo obligado a contarla. Hace una semana, o algo más aún, tenía en mi poder la suma de diez marcos. Pues resulta que ahora esos diez marcos se me han esfumado. Un día entré en un restaurante atendido por camareras, como atraído por una fuerza irresistible. Una chica corrió a mi encuentro y me obligó a sentarme en un sofá. A medias adiviné cómo terminaría el asunto. Me resistí, aunque sin ningún énfasis. Todo me era y no me era indiferente. Me divertía horrores desempeñar ante la chica el papel del caballero encopetado que mira de arriba abajo. Estábamos solos y nos entregamos a toda suerte de deliciosos disparates. Bebimos. Ella se acercaba todo el tiempo al mostrador en busca de nuevas bebidas. Me enseñó una de sus encantadoras ligas, que yo acaricié con los labios. ¡Ah, cómo pude ser tan tonto! Ella seguía levantándose para buscar más tragos. Y a toda prisa. Quería ganarse muy rápidamente un dinerillo a costa de un jovenzuelo tonto. Yo me daba perfecta cuenta, pero era justamente eso lo que me gustaba, que me creyese tonto. ¡Qué extraña depravación: alegrarse en secreto sabiendo que se es víctima de un pequeño robo! Sin embargo, ¡qué fascinante me parecía aquel juego! A mí alrededor todo languidecía entre los sonos halagüeños de una flauta. La muchacha era polaca, ¡esbelta y flexible! Y encantadoramente pecaminosa. Pensé: «¡Adiós diez marcos!», y la besé. Ella me preguntó. «¿Y tú quién eres? Te portas como un gran señor». Yo no me cansaba de aspirar el perfume que exhalaba su cuerpo. Ella lo advirtió y le pareció un refinamiento. Y en efecto: ¿qué clase de bribón puede ser aquel que, sin sentir ni apreciar la belleza, frecuenta ciertos lugares donde sólo el arrobamiento puede disculpar las empresas del libertinaje? Pretendí hacerle creer que era mozo de cuadra. «Oh, no —dijo ella—, te comportas demasiado bien para serlo. Dame los buenos días». Y entonces le hice aquello que en esos lugares suele llamarse dar los buenos días; mejor dicho, ella me lo explicó entre risas, bromas y besuqueos, y yo lo hice. Un minuto más tarde me encontré en la calle, donde ya estaba anocheciendo, aligerado hasta el último céntimo. ¿Con qué ojos lo recuerdo ahora? No lo sé. Pero sí estoy seguro de una cosa: tengo que reunir de nuevo algún dinero. Aunque ¿cómo hacerlo?

Casi cada mañana, a primera hora, tiene lugar entre Kraus y yo un duelo verbal en susurros. Kraus vive convencido de que es deber suyo incitarme al trabajo. Y tal vez no se equivoque al suponer que detesto levantarme temprano. Cierto es que me encanta levantarme de la cama, pero a la vez encuentro francamente delicioso quedarme entre las sábanas un rato más de lo permitido. La prohibición de hacer algo resulta a veces tan atractiva que no se puede por menos hacerlo. Por eso me agradan tanto las coacciones de cualquier tipo: consienten el placer de transgredir la ley. Si en este mundo no hubiera ningún mandamiento, ningún deber, me moriría, me consumiría, me anquilosaría de aburrimiento. Necesito vivir espoleado, forzado, sujeto a tutela. Es algo que me fascina. Al final soy yo, y nadie más que yo, quien decide. Siempre consigo enfurecer un poco a la ceñuda ley, y luego me dedico a apaciguarla. Kraus es el representante de todas las normas vigentes aquí, en el Instituto Benjamenta, de ahí que yo ande siempre

desafiando al mejor entre todos mis discípulos. Me encanta buscar pleitos. No poder hacerlo me pondría enfermo, y nadie más apropiado que Kraus para buscar pleitos y provocaciones. Siempre tiene razón: «¿Qué? ¿Has decidido levantarte, gandul?». Yo, en cambio, nunca la tengo: «Sí, sí, paciencia. Ya voy». Quien está en el error tiene el suficiente descaro para exhortar a la paciencia al que está en lo cierto. Tener razón vuelve fogosa a la gente, mientras que no tenerla invita a mostrar siempre una placidez orgullosa y frívola. Quien practica apasionadamente el bien (Kraus), sucumbe siempre a aquel (en este caso, yo) cuyo corazón permanece indiferente ante lo bueno y útil. Yo salgo ganando porque me quedo un rato más en la cama, y Kraus tiembla de rabia porque ha de seguir llamando inútilmente a mi puerta, echando pestes y gritando: «¡Vamos ya, Jakob, levántate! ¡Arriba! ¡Dios mío, qué vago eres!». ¡Ah, qué simpática me cae la gente enojadiza! Kraus se enfada a cada instante. ¡Qué cosa tan estupenda, tan divertida, tan noble! ¡Y los dos nos complementamos tan bien! A un enojado tiene que oponerse siempre un pecador, si no, faltaría algo. Cuando por fin me levanto, me hago el que estoy en Babia. «Ya está el muy gandul papando moscas, en vez de echarme una mano», dice entonces. ¡Fabuloso! Los gruñidos de un renegón me parecen más melódicos que el murmullo de un arroyuelo del bosque, encendido por el espléndido sol de una mañana de domingo. ¡Hombres, sí, nada más que hombres y más hombres! Lo siento intensamente: amo a los seres humanos. Sus locuras y enojos súbitos me son más queridos y preciosos que los grandes prodigios de la naturaleza. Todas las mañanas, antes de que nuestros superiores se despierten, los alumnos tenemos que arreglar el aula y el despacho. Cumplimos esta tarea por turnos de a dos. «¡Venga, levántate! ¡Arriba!». O bien: «¡Basta de remoloneos!». O también: «¡Vamos, arriba! ¡Levántate, que ya es la hora! Hace rato que deberías estar escoba en mano». ¡Qué divertido es todo esto! ¡Y cómo quiero a Kraus, a este Kraus eternamente enojado!

Una vez más he de volver al principio, al primer día. Durante el recreo, Schacht y Schilinski, a los que aún no conocía de nada, dieron un salto a la cocina y trajeron al aula el desayuno, servido en platos. También a mí me dieron mi ración, pero no tenía hambre y no quise tocar nada. «Tienes que comer», me dijo Schacht, y Kraus añadió: «Te has de comer sin rechistar todo lo que hay en el plato, ¿entendido?». Aún recuerdo el disgusto que aquellas palabras me causaron. Intenté comer, pero, asqueado, lo dejé casi todo. Kraus se me acercó, me dio unas palmaditas en la espalda con aire muy digno y dijo: «Tú, que eres nuevo aquí, has de saber que los reglamentos ordenan comer cuando te sirven algo. Eres orgulloso, pero no te preocupes, ya se te irá el orgullo. ¿O crees que las rebanadas de pan con mantequilla y salchichas andan tiradas por las calles? ¿Eh? Espera un poco y ya verás cómo tal vez te entra hambre. En cualquier caso, tendrás que acabar lo que te queda en el plato. En el Instituto Benjamenta no se toleran sobras en los platos. Vamos, come. Date prisa. Ya está bien de escrúpulos y de melindres. Pronto se te pasarán los melindres, créeme. ¿Que no tienes apetito, dices? Pues te aconsejo tenerlo. Es el orgullo lo que te quita el hambre. Dame eso. Por esta vez te ayudaré a terminarlo, aunque vaya contra todos los reglamentos. ¿Ves qué fácil es comerse esto? ¿Y esto? ¿Y esto

otro? Es una delicia, te lo digo yo». ¡Qué penoso me resultaba todo aquello! Sentí una violenta antipatía por esos muchachos que comían. ¿Y hoy? Hoy día me dejo mi plato limpio como cualquier alumno, y hasta me alegro al ver esa comida modesta, pero tan bien preparada, que por nada del mundo se me ocurriría desdeñar. Sí, al principio era soberbio y vanidoso, me sentía ofendido por no sé qué cosas, humillado ya no recuerdo en qué forma. Lo cierto es que todo, absolutamente todo me resultaba nuevo y, por consiguiente, hostil, aparte de que era un tonto de primera... Ahora también lo soy, pero con más jovialidad y refinamiento. Lo que cuenta es siempre el cómo, la manera. Por muy necio e ignorante que alguien sea, si sabe adaptarse un poco, si da pruebas de flexibilidad y ligereza, no andará tan perdido; por el contrario, puede que encuentre su camino en la vida con más facilidad que los listos y sabelotodos. Sí, sí, cuestión de maneras...

Kraus ya había sido muy golpeado por la vida antes de llegar aquí. El y su padre, que es batelero, remontaban y bajaban por el Elba en pesadas gabarras de carbón. Tuvo que trabajar muy, muy duramente, hasta que enfermó. Ahora quiere ser criado, convertirse en el sirviente fiel de algún señor, tarea a la que parece predestinado su buen corazón. Será un criado estupendo, pues no sólo su físico se aviene con esta profesión de la humildad y la entrega, sino que también su alma, su naturaleza entera, toda la persona humana de mi compañero tienen algo servil en el mejor sentido del término. ¡Servir! Ojalá encuentre un buen amo: se lo deseo. Pues hay amos o señores, superiores, en una palabra, que no desean ser servidos a la perfección ni saben aceptar los verdaderos servicios. A Kraus, que tiene estilo, le convendría desde luego un conde, es decir, un amo sumamente distinguido. No se puede hacer trabajar a un Kraus como a un criado u obrero cualquiera. El puede sustituir. Su rostro ha sido hecho para dar un tono, para dictar ciertos modales, y quien lo emplee podrá sentirse orgulloso de su conducta y de su porte. ¿Emplear? Sí, así se dice. Y un buen día Kraus será ofrecido para algún empleo o empleado por alguien. La idea le hace muy feliz y por eso pone tanto empeño en meterse el francés en la cabeza, un tanto obtusa. Sin embargo, hay algo que le preocupa. En la peluquería le han contagiado, según él, una decoración ligeramente asquerosa: una corona de florecitas rojizas o, mejor dicho, de puntos rojos o, en una palabra aún más implacable: granitos. Lo cual es, ciertamente, fastidioso, sobre todo teniendo en cuenta que aspira a ser contratado por un amo fino y realmente distinguido. ¿Qué hacer? ¡Pobre Kraus! A mí, por ejemplo, los granitos que le afean no me impedirían en absoluto besarle, si fuera necesario. En serio: no me lo impedirían, porque ya ni me fijo en esas cosas, como tampoco me doy cuenta de que es poco agraciado. En su rostro veo un alma bella y esa alma es la que merece recibir ternura. Pero su futuro amo y señor tendrá sin duda una opinión distinta sobre el particular; por eso Kraus se aplica ungüentos sobre las innobles llagas que le desfiguran. A menudo recurre también al espejo, aunque no por fatua vanidad, sino para observar los progresos de la cura. De no ser por esa mácula, jamás se miraría en el espejo, ya que no existe en la Tierra ser menos vanidoso y presumido que él. Herr Benjamenta, que muestra un vivo interés por Kraus, se informa con frecuencia sobre el mal y su anhelada desaparición. Después de todo, Kraus tendrá que

enfrentarse pronto a la vida y buscar un empleo. Pienso con temor en el momento en que abandone la escuela, que no será tan inminente. Creo que su cara todavía le dará mucho que hacer, cosa que no deseo y, sin embargo, deseo. ¡Sentiría tanto su ausencia si se marchara! Tiempo tendrá de entrar al servicio de un amo incapaz de apreciar sus cualidades, y tiempo tendré yo para verme privado de un ser al que amo sin que él lo sepa.

Generalmente escribo estas páginas de noche, a la luz de la lámpara, sentado a esa gran mesa del colegio en torno a la cual los alumnos, torpes o no, debemos instalarnos con tanta frecuencia. A veces Kraus siente curiosidad y mira por sobre mis hombros. Una vez le puse en su sitio: «Pero Kraus, dime, por favor, ¿desde cuándo te preocupas por cosas que no te atañen?». Se enfadó muchísimo, como todos los que se dejan sorprender en los recónditos senderos de una curiosidad rastrera. A veces me quedo sentado en el parque público, sólo y sin hacer nada, hasta altas horas de la noche. Se encienden las farolas, una deslumbradora luz eléctrica se precipita como un líquido ardiente por entre las hojas de los árboles. Hace un calor que promete extraños misterios. La gente pasea de un lado a otro. De las alamedas del parque nos llegan susurros. Luego vuelvo a casa y encuentro la puerta cerrada. «Schacht», llamo en voz baja, y mi compañero, cumpliendo con lo convenido, me tira la llave, al patio. Avanzando de puntillas, ya que está prohibido ausentarse tanto tiempo, me deslizo hasta mi cuartito y me acuesto. Y luego sueño. Suelo tener sueños horribles. Una noche, por ejemplo, soñé que abofeteaba a mi madre, a mi querida y lejana mamá. ¡Lancé un alarido feroz, despertándome bruscamente! El dolor que me produjo la monstruosidad de mi imaginaria conducta me arrancó de la cama. Había aferrado a la santa mujer por sus cabellos venerables y la había tirado al suelo. ¡Oh, no quiero ni pensarlo! Como afilados rayos brotaban las lágrimas de sus ojos de madre. Aún recuerdo claramente su boca torcida y desgarrada por la amargura, recuerdo cómo se iba sumiendo en el dolor y, al final, dejaba caer hacia atrás la cabeza. Mas ¿para qué rememorar esas imágenes? Mañana tendré que escribir mi curriculum, si no, me arriesgo a recibir una reprimenda gorda. Todas las noches, a eso de las nueve, los muchachos entonamos una cancioncilla de buenas noches. Nos colocamos en semicírculo junto a la puerta que da acceso a los aposentos interiores, luego se abre la puerta, Fräulein Benjamenta aparece en el umbral, envuelta en una túnica blanca que le cae armoniosamente hasta los pies, nos dice: «Buenas noches, chicos» y nos ordena ir a la cama, exhortándonos a portarnos bien. Al final es siempre Kraus quien apaga la lamparilla del aula, y a partir de ese instante no debe oírse el más mínimo ruido. Cada uno ha de irse de puntillas a su cama. Y ¿dónde duermen los Benjamenta? Un ángel parece la señorita cuando nos da las buenas noches. ¡Cómo la venero! En cambio, el señor director jamás se deja ver de noche. Resulte o no extraño, lo cierto es que llama la atención.

El Instituto Benjamenta parece haber gozado, en otros tiempos, de más fama y popularidad. De una de las cuatro paredes de nuestra aula cuelga una gran fotografía en que aparecen, muy numerosos, los alumnos de un curso anterior. La decoración es, por lo demás, bastante

escueta; aparte de la larga mesa, diez o doce sillas, un gran armario de pared, otra mesa más pequeña, un segundo armario también más pequeño, una maleta vieja y unos cuantos objetos sin importancia, el aula no contiene ningún mueble. Sobre la puerta, que conduce al ignoto misterioso mundo de los aposentos interiores, se ve colgado, a guisa de adorno, un sable de policía de aspecto bastante aburrido, con su correspondiente vaina atravesada en cruz. Por encima campea un casco. Se diría que esta decoración es en cierto modo una imagen o un elegante emblema de los reglamentos que aquí rigen. A mí, personalmente, no me gustaría que me regalasen esos ornamentos, regateados sin duda a algún viejo trapero. Cada dos semanas bajamos el sable y el casco para limpiarlos, tarea ésta que, aunque agradable, debe calificarse de perfectamente estúpida. Además de estos adornos, en el aula todavía pueden verse los retratos de la difunta pareja imperial. El viejo emperador tiene un aire increíblemente pacífico, y la emperatriz, una expresión simple y maternal. Los alumnos limpiamos y fregamos a menudo el aula con jabón y agua caliente, de suerte que al final todo brilla y huele a limpio. Tenemos que hacerlo todo nosotros mismos, y para realizar ese trabajo de criadas cada uno se ata a la cintura un delantal, prenda que al evocar la femineidad nos da a todos, sin excepción, cierto aire ridículo. Pero la alegría es general en esos días de limpieza. Gozamos sacándole brillo al piso y frotando los objetos — cacharros de cocina incluidos— hasta dejarlos relucientes, para lo cual hay grandes cantidades de trapos y detergente. La mesa y las sillas reciben agua en abundancia, los picaportes quedan brillantes, sobre los cristales echamos vaho antes de limpiarlos: cada cual tiene una tarea, cada cual arregla algo. Aquellos días de limpieza, lavado y abrillantado nos parecemos a esos gnomos de los cuentos que, como es sabido, hacían las faenas más duras y penosas movidos por una bondad de corazón realmente sobrenatural. Esto que hacemos nosotros, los alumnos, lo hacemos porque es nuestro deber, aunque ninguno sepa a ciencia cierta por qué habría de serlo. Obedecemos sin pensar en lo que un día pueda resultar de toda esta obediencia irreflexiva, y hacemos cosas sin preguntarnos si es justo y lícito que nos obliguen a trabajar. Uno de esos días de limpieza, Tremala, el mayor de mis discípulos, se me acercó con intenciones impúdicas. Se apostó detrás de mí sin hacer ruido y con su mano abominable (las manos que hacen esas cosas sólo pueden ser toscas y abominables) me cogió el miembro, dispuesto a procurarme un placer repugnante, no muy distinto del espasmo de las bestias. Me volví bruscamente y de un puñetazo di con el canalla por tierra. En general no tengo tanta fuerza. Tremala tiene mucha más que yo. Pero la rabia me había dado una energía irresistible. Tremala se levantó y se me tiró encima, pero en aquel momento se abrió la puerta y en el umbral apareció Herr Benjamenta. «¡Jakob, sinvergüenza! —gritó—. ¡Ven aquí en seguida!». Me acerqué a mi director y él, sin preguntar quién había iniciado la pelea, me dio un manotazo en la cabeza y se fue. Quise perseguirle para chillarle a la cara su injusticia, pero me contuve, reflexioné, lancé una mirada al grupo de muchachos y volví a mi trabajo. Desde entonces no he vuelto a hablar con Tremala; él también me evita siempre y sabe muy bien por qué. Que aquello le aflija o le disguste me es perfectamente indiferente. El innoble episodio ha sido — ¿cómo diría yo?— olvidado hace ya tiempo. Tremala trabajó una época

en barcos. Es un tipo corrompido y parece complacerse en sus vergonzosas inclinaciones. Además es de una ignorancia supina, por lo que ha dejado de interesarme. Retorcido e increíblemente necio al mismo tiempo: ¿puede haber algo menos interesante? Sin embargo, una cosa he aprendido de Tremala: hay que estar siempre prevenido ante cualquier ataque u ofensa posibles.

Salgo con cierta frecuencia, y una vez fuera, en la calle, tengo la impresión de vivir un cuento de hadas donde todo es caótico y desenfrenado. ¡Cuántos empujones y apretujones! ¡Qué estrépito! ¡Qué barahúnda! ¡Cuántos gritos, pisotones, zurridos y traqueteos! ¡Y qué estrechez y hacinamiento en todo! Casi rozando las ruedas de los carruajes pasan chiquillos, muchachas, señores y señoras elegantes; entre la multitud se ven ancianos, lisiados y gente con la cabeza vendada. Y siempre nuevas filas de transeúntes y vehículos. Los vagones del tranvía eléctrico parecen cajas repletas de muñecos. Los autobuses van dando tumbos como enormes escarabajos desmañados. Hay también carruajes que recuerdan torres panorámicas ambulantes. Quienes van sentados en la parte superior pasan por sobre todo lo que abajo camina, salta o corre. Nuevas masas se acoplan a las ya existentes, y todo aquello va, viene, aparece y se diluye sin interrupción. Caballos que piafan; espléndidos sombreros con adornos de plumas haciendo señales desde carrozas descubiertas, veloces y señoriales: toda Europa envía aquí a sus prototipos humanos. La distinción se codea con la bajeza y la vulgaridad. La gente va no se sabe adonde y al regresar ya es totalmente distinta y viene de sabe Dios dónde. Uno cree poder adivinarlo en parte y se alegra de ese esfuerzo de desciframiento. Y el sol resplandece por sobre todo aquello. A uno le ilumina la nariz, a otro la puntera del zapato. Los encajes surgen de entre las faldas con arrobador destello. En el regazo de viejas señoras distinguidas hay perritos que se pasean en coche. Por todas partes avanzan senos hacia uno, senos femeninos, comprimidos en blusas y corsés. Y encima esos absurdos puros en las comisuras de tantas y tantas bocas masculinas. Y uno se imagina calles insospechadas, nuevos parajes invisibles, igualmente hormigueantes de gente. Por la tarde, entre las seis y las ocho, es cuando mayor gracia y densidad adquiere el hormigueo. Es la hora de paseo de la buena sociedad. ¿Qué es uno realmente en medio de ese oleaje, de esa abigarrada corriente humana que no tiene cuando acabar? A veces todos esos rostros en movimiento se desvanecen en un resplandor rojizo, coloreados por los fuegos del poniente. ¿Y cuando el cielo está gris y llueve? Pues todos esos personajes —y yo con ellos— desfilan velozmente bajo el turbio velo como las imágenes de un sueño, buscando algo y, según parece, no encontrando casi nunca nada hermoso ni adecuado. Aquí todo el mundo busca, todos sueñan con riquezas y bienes fabulosos. Caminan muy de prisa. No, se dominan, pero la prisa, el anhelo, el tormento y la inquietud brillan como chispas en sus ansiosas miradas. Luego todo vuelve a ser un baño en el cálido sol de mediodía. Todo parece dormir, incluso los carruajes, caballos, ruedas y ruidos. Y la gente mira con aire perdido. Las casas, altas y en apariencia a punto de derrumbarse, parecen soñar. Pasan muchachas velozmente; circulan paquetes; uno quisiera echarse al cuello de alguien. Al llegar a casa me encuentro con Kraus, que se burla de mí. Le digo

que habría que conocer un poco el mundo. «¿Conocer el mundo?», me dice como absorto en hondos pensamientos. Y sonrío despectivamente.

A las dos semanas, más o menos, de mi ingreso en la escuela apareció Hans por estos lados. Hans es el típico campesino joven, tal como figura en los cuentos de Grimm. Procede del corazón de Mecklemburgo y huele a praderas exuberantes y floridas, a establos y cortijos. Delgado, recio y huesudo, habla un lenguaje extraño, de campesino bonachón, que realmente me gusta cuando hago el esfuerzo de taparme la nariz. No es que Hans huela mal; sin embargo, algo obliga a ciertas narices sensibles a taparse —narices intelectuales, culturales, espirituales, claro está— de manera totalmente involuntaria, sin la menor intención de ofender al buen Hans. Y él ni siquiera lo advierte: tan sana y sencilla es la forma de ver, oír y sentir de este joven aldeano. Algo parecido a la propia tierra, a las grietas y ondulaciones del terreno, sale al encuentro de quien se sumerge en la contemplación de este muchacho. Aunque no hay ninguna necesidad de hacerlo. Hans no es de los que exigen profundidad de pensamiento. No me resulta indiferente, ni mucho menos, pero sí, ¿cómo diría?, un tanto superficial y lejano. Uno lo toma muy a la ligera porque no hay en él nada que, al provocar sensaciones, resulte difícil de soportar. El joven campesinote de los cuentos de Grimm. Con un componente agradable, ancestralmente alemán, comprensible y esencial ya a una fugaz primera mirada. Vale la pena ser buen compañero suyo. Hans es de los que el día de mañana trabajará sin quejarse. Apenas notará las fatigas, preocupaciones e infortunios. Rebosa de fuerza y de salud. Y además no es nada feo. En general, casi me entran ganas de reírme de mí mismo: en todo y en todos encuentro siempre una pizca de belleza. Me resultan tan simpáticos todos estos alumnos, mis compañeros de Instituto...

¿Seré un hombre de ciudad nato? Es muy posible. Casi nunca me dejo aturdir o sorprender. Hay en mí algo inefablemente frío pese a las emociones que puedan sobrevenirme. En seis días conseguí librarme de la provincia. Por lo demás, crecí en una capital muy, pero muy pequeña. Con la leche materna mamé también la mentalidad y sensibilidad urbana. De niño veía obreros borrachos que pasaban tambaleándose y chillando a voz en cuello. Desde pequeño, la naturaleza me ha parecido algo lejano y celestial; por eso puedo prescindir de ella. ¿Acaso no hay que prescindir también de Dios? Estoy acostumbrado a saber que la bondad, la pureza y la grandeza se hallan ocultas en algún lugar, entre la niebla, y las adoro y venero en voz muy baja, en medio de un silencio absoluto, con un fervor totalmente frío y espectral, como quien dice. En mi infancia vi un día a un obrero italiano muerto: le habían cosido a puñaladas y yacía junto a un muro, en un charco de sangre. Y en otra ocasión —eran los tiempos de Ravachol— se comentaba entre los jóvenes que pronto caerían bombas también en nuestro país, etc. Viejos tiempos. Pero yo quería hablar de algo totalmente distinto, de nuestro compañero Peter, Peter el larguirucho. Este muchachón altísimo y desgarbado es en verdad muy divertido; es oriundo de Teplitz, en Bohemia, y sabe hablar eslavo y alemán. Su padre es policía, y Peter, que fue instruido para ejercer el comercio en una cordelería, se hizo, según parece, el ignorante, inútil y fracasado, treta que, en mi fuero

interno, encuentro realmente estupenda. Afirma que habla asimismo húngaro y polaco cuando se lo piden. Pero aquí nadie le pide esas cosas. ¡Qué conocimiento idiomático tan vasto! Peter es, no cabe duda, el más tonto y lerdo de todos nosotros, los alumnos, y esto, en mi humilde opinión, lo cubre de laureles y de distinciones, pues los tontos me resultan increíblemente simpáticos. Detesto a los que quieren saberlo todo, a los que brillan y alardean de sus conocimientos y su ingenio. Nada más horrible a mis ojos que los listos y experimentados. ¡Qué simpático es, justamente a este respecto, Peter! Ya el hecho de que sea tan alto, tanto que se diría que va a quebrarse en dos, es algo hermoso, pero más hermoso todavía es esa bondad de corazón que no deja de susurrarle que es un hombre de mundo y tiene aires de bohemio noble y refinado. Para morir de risa. Habla todo el tiempo de las aventuras que ha vivido, probablemente inventadas. Una cosa es cierta: Peter posee el bastón más fino y bonito del mundo. Y siempre sale a pasear con él por las calles más concurridas. Un día me lo encontré en la calle F., el encantador centro de la vida mundana de esta gran ciudad. Ya desde lejos me hizo señales con la mano, la cabeza y el bastón. Luego, cuando estuve a su lado, me observó con aire paternal y preocupado, como queriendo decirme: «¿Tú también aquí? Jakob, Jakob, que aún no estás en edad». Tras lo cual se despidió como uno de los grandes de esta tierra, como lo haría el redactor de un diario de circulación internacional que no puede perder su preciosísimo tiempo. Y entonces vi su absurdo y simpático sombrero redondo desaparecer entre la multitud de otras cabezas y sombreros. Se sumergió en la masa, como suele decirse. Peter no aprende absolutamente nada, aunque buena falta le haría; al parecer ha ingresado en el Instituto Benjamenta sólo por brillar en él con sus deliciosas boberías. Tal vez aquí llegue a alcanzar un grado mayor de estupidez, pues viéndolo bien, ¿por qué la suya no habría de prosperar? Yo, por ejemplo, estoy convencido de que Peter cosechará éxitos francamente escandalosos en la vida, y, cosa extraña: se los deseo. Más aún: tengo la sensación —una sensación muy confortable, punzante y placentera— de que algún día me tocará en suerte un amo, un patrón o un jefe igual a ese futuro Peter, pues los tontos como él están hechos para llegar lejos, para escalar, vivir bien y mandar, mientras que quienes, como yo, son en cierto sentido inteligentes, han de tolerar que sus propios talentos florezcan y se marchiten al servicio de otros. Yo, yo seré algo muy humilde y pequeño. La intuición que me lo dice tiene valor de hecho consumado e intangible. Dios mío, ¿cómo es que aún conservo tantísimo valor para vivir? ¿Qué me pasa? A menudo siento miedo de mí mismo, pero me dura poco. No, no; confío en mí. Aunque ¿no es esto francamente divertido?

Sólo dispongo de una expresión para definir a mi condiscípulo Fuchs: Fuchs es oblicuo, Fuchs es tortuoso. Habla como un volatín fallido y se comporta como una gran improbabilidad amasada en forma humana. Todo en él es antipático y, por tanto, indigno de consideración. Saber algo sobre Fuchs constituye un abuso, una superfluidad molesta y poco delicada. A granujas de su calaña se los conoce sólo para despreciarlos; pero como es muy ingrato toparse con cosas despreciables, uno las olvida o las pasa por alto. Porque eso es Fuchs precisamente: una cosa. Oh, Dios, ¿por qué hoy día tendré que decir maldades? Casi me entran

ganas de odiarme. Pasemos a algo más simpático. A Herr Benjamenta lo veo muy raramente. A veces entro en su despacho, me inclino hasta el suelo, digo «Buenos días, señor director» y pregunto a esa especie de soberano si puedo salir. «¿Has escrito tu curriculum? ¿Cómo?», oigo que me pregunta. Y yo respondo: «Aún no. Pero lo escribiré». Herr Benjamenta se me acerca, es decir hasta la ventanilla ante la cual me encuentro, y me planta bajo la nariz su gigantesco puño. «Sé puntual, muchacho, o... ya sabes lo que te espera». Yo lo entiendo, vuelvo a inclinarme y desaparezco. Es curioso el placer que siento al provocar estallidos de ira en los que ejercen el poder. ¿No desearé en el fondo ser castigado por este Herr Benjamenta? ¿Albergaré en mi interior instintos frívolos? Todo es posible, sí, todo, hasta la más abyecta indignidad. Pues bien, escribiré pronto mi curriculum. Encuentro a Herr Benjamenta decididamente hermoso. Una preciosa barba castaña... ¿Cómo? ¿Preciosa barba castaña? Soy un idiota. No, en el señor director no hay nada hermoso ni precioso, pero detrás de este hombre uno intuye duras vicisitudes y reveses de fortuna, y es ese componente humano, casi diría divino, lo que le embellece. Los verdaderos hombres, los seres humanos de verdad no son jamás visiblemente bellos. Un hombre que lleve una barba realmente hermosa es o un cantante de ópera o el jefe de sección, bien remunerado, de algún gran almacén. Los falsos hombres son, por regla general, hermosos. Aunque también pueden darse excepciones, también puede haber bellezas masculinas de gran capacidad y valía. La cara y las manos (cuyo contacto ya he sentido en carne propia) de Herr Benjamenta se asemejan a raíces nudosas, a raíces que sabe Dios en qué triste momento tuvieron que soportar más de un implacable hachazo. Si yo fuera una dama espiritual y noble, sabría tratar con distinción a hombres como este director de instituto, en apariencia tan humilde; pero, tal como me lo pensaba, Herr Benjamenta no frecuenta en absoluto a la gente que cuenta en sociedad. En realidad está todo el tiempo en casa, vive en una especie de retiro oculto, refugiado «en la soledad», y sospecho que la existencia de este hombre, sin duda noble e inteligente, ha de ser atrozmente solitaria. Oscuros sucesos deben de haber dejado en su carácter una profunda huella, destructiva quizá, pero ¿qué puede saberse? ¿Qué puede saber al respecto un alumno del Instituto Benjamenta? Yo, por lo menos, sigo investigando. Y sólo por afán de investigar, nada más, entro a menudo en su despacho y le pregunto cosas tan necias como: «¿Puedo salir, señor director?». Sí, este hombre me ha fascinado, me interesa. También la maestra despierta en mí un vivísimo interés. Sí, y justamente por ello, para sacar algo en limpio de todo este misterio, le provoqué, a ver si se le escapa algún comentario imprudente. ¿Qué mal pueden hacerme sus palizas? Mi deseo de tener experiencias ha acabado convirtiéndose en una pasión dominante, y el pesar que me causa el mal humor de este hombre extraño es poca cosa comparado con la ambición palpitante de inducirle a que se abra un poco a mí. ¡Oh! Sueño: —y es un sueño fabuloso, fabuloso— con poseer la impetuosa confianza de este hombre. Sé que hay para rato, pero creo, creo firmemente que algún día lograré penetrar en el misterio de los Benjamenta. Los misterios encierran la premonición de un hechizo intolerable, el aroma de algo inefablemente bello. Quién sabe, quién sabe... ¡Ah!

Amo el bullicio y la agitación incesante de la gran ciudad. Lo que discurre perpetuamente obliga a adoptar una moral. Viendo a toda aquella gente en acción, el ladrón, por ejemplo, tendrá que darse cuenta involuntariamente de que es un granuja, y ese alegre y animado espectáculo puede mejorar en algo su espíritu destartado y ruinoso. Quizá el fanfarrón se vuelva algo más modesto y reflexivo en presencia de todas esas fuerzas creadoras, y es posible que el bravatero se diga, al observar la flexibilidad de la mayoría, que es en verdad un sujeto repugnante por el hecho de complacerse tan necia y vanamente en su presunción y jactancia. La gran ciudad nos educa, nos forma, y no con áridos principios aprendidos en los libros, sino con ejemplos. Nada profesoral hay en ella, lo cual es halagüeño, pues la dignidad del saber acumulado desalienta. ¡Y hay además tantas cosas estimulantes, que sirven de apoyo y de ayuda! Casi imposible enumerarlas. ¡Qué difícil es expresar con vivacidad lo bueno y delicado! Aquí uno agradece la modesta vida que lleva, agradece siempre un poco el vivir agujoneado y sometido por la prisa. Quien puede malgastar su tiempo ignora lo que éste significa, es el ingrato auténtico y necio. En la gran ciudad, cualquier recadero conoce el valor del tiempo y no hay vendedor de periódicos dispuesto a derrochar el suyo. ¡Y encima todo este trasfondo ensoñador, pintoresco, poético! La gente va con prisa y nos deja siempre una impresión al pasar. Pues bien, esto, que algún significado ha de tener, estimula y da vivacidad al espíritu. Mientras yo estoy aquí, dudando, cientos de personas y de cosas han pasado ya frente a mis ojos y por mi cabeza, demostrándome lo perezoso, lerdo e incumplido que soy. La prisa aquí se ha generalizado porque se piensa que tiene un encanto luchar por conseguir algo, que así la vida cobra un cariz más excitante. Las heridas y sufrimientos ganan en profundidad, la alegría se torna más jubilosa y dura más que en otras partes, pues el que aquí se alegra parece haber conquistado siempre su derecho al gozo con agrura y dureza, a base de fatigas y esfuerzos. Y luego están los jardines, tan silenciosos y perdidos tras las elegantes verjas, como esos rincones secretos que hay en los parques ingleses. Muy cerca de ellos truena y resuena el tráfago del comercio, como si nunca en la vida hubieran existido los paisajes o los ensueños. Los trenes retumban sobre los puentes, que tiemblan a su paso. Por la noche refulgen los escaparates, ricos y elegantes como en los cuentos de hadas, y ríos y oleadas serpenteantes de seres humanos se agitan ante las tentaciones de la riqueza industrial allí expuesta. Sí, todo esto me parece bueno y grande. Resulta beneficioso verse en medio del hormigueante torbellino. Se experimenta una agradable sensación en piernas, brazos y pecho al abrirse paso hábilmente y sin mayores miramientos por entre aquel tráfago viviente. Por la mañana todo parece renacer, y por la tarde todo cae en los apasionados brazos de un ensueño nuevo y desconocido hasta entonces. Es muy poético. Fräulein Benjamenta me llamaría a capítulo si leyese lo que estoy escribiendo. Y no hablemos de Kraus, que no diferencia con tanto apasionamiento la aldea de la ciudad. Kraus percibe en primer lugar seres humanos; en segundo lugar, obligaciones, y en tercer lugar, a lo sumo, los ahorros que piensa guardar para enviárselos a su madre. Escribe todo el tiempo a su casa. Su formación es tan simple como puramente humana. El ajetreo de la gran ciudad,

con todo su oropel de absurdas promesas, lo deja totalmente frío. ¡Qué alma tan formal, delicada y firme!

Por fin están listas mis fotografías. Miro el mundo con un aire muy, muy enérgico desde esta foto, sin duda bastante lograda. Por fastidiarme, Kraus dice que parezco un judío. Y por fin, ¡por fin se ríe un poco! «Kraus —le digo—, recuerda que los judíos también son seres humanos». Disputamos sobre la valía o no valía de los judíos, lo cual nos divierte extraordinariamente. Me asombra la bondad de sus opiniones. «Los judíos poseen todo el dinero», dice. Yo declaro mi conformidad con un gesto y le digo: «Es el dinero lo que hace judíos a los hombres. Un judío pobre no es judío, y los cristianos ricos —¡Dios me libre!— son los peores judíos». Él asiente. ¡Oh, por fin he conseguido la aprobación de este hombre! Pero ya vuelve a enfadarse y me dice muy serio: «Basta de tanta palabrería. ¿Qué quieres decir con esto de los judíos y los cristianos? No hay tal. Hay gente honrada y gente pilla. Eso es todo. ¿Y tú? ¿A cuál de ambos bandos crees pertenecer?». Y así nos enredamos en una larguísima conversación. Oh, a Kraus le encanta charlar conmigo, lo sé muy bien. Un alma buena y delicada. Sólo que no quiere reconocerlo. ¡Cómo me gusta la gente poco propensa a hacerse confesiones! Es más que evidente que Kraus tiene carácter. Por fin logré escribir mi curriculum, pero después lo rompí. Fräulein Benjamenta me exhortó ayer a ser más atento y obediente. Tengo ideas muy elevadas sobre la atención y la obediencia, y, cosa extraña: se me escapan de las manos. En teoría soy virtuoso, pero cuando se trata de practicar la virtud..., ¿qué ocurre? ¿Verdad que entonces cambia todo, que uno flaquea y se deja dominar por la desgana? Además, soy un mal educado. Me fascinan la caballerosidad y la cortesía, pero cuando se trata de adelantarse a la maestra y abrirla la puerta con todo respeto, ¿quién es el mastuerzo que se queda pegado a la mesa? ¿Y quien, en cambio, vuela como un torbellino a dar ejemplo de cortesía? Kraus, naturalmente. Kraus es un caballero de pies a cabeza. Su verdadera época es la Edad Media, y es una lástima que no tenga a su disposición el siglo XII. Es la encarnación de la fidelidad, la diligencia y el altruismo discreto y desinteresado. Sobre las mujeres no tiene juicio alguno, se limita a venerarlas. ¿Quién recoge del suelo lo que deja caer la señorita y se lo alcanza con la rapidez de una ardilla? ¿Quién sale corriendo a hacer cualquier recado? ¿Quién carga la cesta de compras de la maestra? ¿Quién friega la escalera y la cocina sin que haga falta ordenárselo? ¿Quién hace todo esto sin pedir siquiera que se lo agradezcan? ¿Quién está tan deliciosa y poderosamente contento de sí mismo? ¿Cómo se llama? Ah, yo lo sé. A veces me gustaría que Kraus me pegase, pero ¿acaso podría pegar alguien como él? Kraus sólo quiere lo bueno, lo justo. Y esto que digo no es una exageración. Jamás tiene malas intenciones. Sus ojos son aterradoramente bondadosos. ¿Qué puede desear un personaje así en un mundo como éste, adiestrado y programado para vivir de la garrulería, el engaño y la vanidad? Al observar a Kraus uno siente, sin quererlo, hasta qué punto la modestia se halla irremisiblemente perdida en este mundo.

He vendido mi reloj para poder comprar tabaco. Sin reloj puedo vivir; sin tabaco, no; es vergonzoso, pero ineluctable. De algún modo he de

ganarme unos reales, si no, pronto me quedaré sin ropa interior limpia. Y llevar cuellos limpios es para mí necesarísimo. La felicidad de un ser humano depende y no depende de estas cosas. ¿Felicidad? No. Pero hay que guardar el buen tono. La limpieza es ya de por sí una dicha. Estoy hablando sin ton ni son. ¡Cómo detesto las palabras pertinentes! Hoy ha llorado la señorita. ¿Por qué? De repente, a mitad de la clase, sus ojos se llenaron de lágrimas. Es algo que me conmovió extrañamente. En cualquier caso, quiero tener los ojos bien abiertos. Me divierte permanecer a la escucha de eso que se niega a ser oído. Mi atención embellece la vida, pues si no hay necesidad de estar atento, deja de haber vida. Es evidente: Fräulein Benjamenta tiene una preocupación, y debe ser grave, ya que, en general, nuestra maestra sabe dominarse bastante bien. Necesito dinero. Pasando a otra cosa, ya he escrito mi curriculum. Helo aquí:

Curriculum.

El que suscribe, Jakob von Gunten, hijo de buena familia, nacido el día tal del año tal, educado en tal y tal lugar, ha ingresado como alumno en el Instituto Benjamenta a fin de adquirir los escasos conocimientos necesarios para entrar al servicio de alguien. El infrascrito no espera absolutamente nada de la vida. Desea ser tratado con severidad para saber qué significa tener que dominarse. Jakob von Gunten no hace grandes promesas, pero se propone comportarse de manera honesta y encomiable. Los von Gunten son un antiguo linaje. En otros tiempos fueron guerreros, pero al menguar su belicosidad se han convertido, hoy día, en altos consejeros y comerciantes. Y el último retoño de la estirpe, objeto del presente informe, ha decidido repudiar por completo cualquier tradición envirotada. Quiere ser educado por la vida y no por principios hereditarios o aristocráticos. Sin duda es orgulloso, ya que le es imposible renegar de su naturaleza innata, pero por orgullo entiende algo totalmente nuevo, algo que corresponde, en cierto modo, a la época en que vive. Confía en ser moderno y de alguna manera apto para prestar servicios, además de no demasiado tonto e inútil; pero miente, pues no sólo confía, sino que lo afirma y sabe. De carácter rebelde, en él perviven todavía ciertos rasgos del espíritu indomable de sus antepasados; sin embargo, pide ser reconvenido si da muestras de obstinación, y si esto no surtiera efecto, ser castigado, pues cree que entonces sí resultaría. Sea como fuere, ya sabrán cómo tratarlo. El infrascrito cree poder adaptarse a cualquier situación, por eso le es indiferente lo que se le ordene hacer; está firmemente convencido de que cualquier trabajo hecho con cuidado le supondrá más honor que llevar una vida ociosa y angustiada junto a la estufa de su casa. Un von Gunten no puede permanecer junto a la estufa. Si los abuelos del que respetuosamente suscribe ciñeron la espada de caballeros, su descendiente prolonga la tradición al desear con toda el alma hacerse útil de algún modo. Su modestia no conoce límites cuando halagan su valor, y su celo por servir iguala a su ambición, que le ordena despreciar cualquier sentimiento de honor molesto y pernicioso. En su casa, el infrascrito ha vapuleado a su profesor de historia, el respetable doctor Merz, infamia de la cual se arrepiente. En la actualidad aspira a vencer el orgullo y la arrogancia que aún lo animan parcialmente,

arrojándolos contra el inexorable roquedal de un trabajo duro. Es parco en palabras y jamás divulgará las confidencias que se le hagan. No cree en un reino de los cielos ni tampoco en un infierno. La satisfacción de quien lo emplee será su paraíso, y la triste reacción contraria, su infierno aniquilador; pero está convencido de que no habrá quejas contra él ni contra sus servicios. Esta firme certidumbre le da valor para ser lo que es.

Jakob von Gunten

He entregado mi curriculum al señor director, lo ha leído entero, creo que hasta dos veces, y parece que le ha gustado, pues en sus labios pude ver algo así como un destello de sonrisa. Oh, claro que he observado atentamente a mi hombre. Esbozó una ligera sonrisa, es un hecho incontestable. Por fin un signo en cierto modo humano. ¡Cuántas piruetas hay que hacer para provocar aunque sólo sea un brevísimo gesto de simpatía en personas a las que quisiéramos besar las manos! Adrede, sí, adrede he escrito la historia de mi vida en forma tan arrogante y desvergonzada: «¡Toma, léela! ¿Cómo? ¿No te entran ganas de tirármela a la cara?». Tales eran mis pensamientos. Y él me ha sonreído muy fina y astutamente, sí, ese fino y astuto señor director, ese hombre al que, lamentablemente, venero por sobre todo. Y me he dado cuenta. He vencido en un combate de avanzadas. Es imprescindible que hoy vuelva a cometer otra locura. Si no, me moriré de alegría, de risa. Pero... ¿cómo? ¿La señorita directora está llorando? ¿Por qué me siento tan extrañamente feliz? ¿Estaré loco?

Ahora debo contar algo que tal vez despierte ciertas dudas. Y, sin embargo, lo que voy a decir es la pura verdad. En esta imponente ciudad vive un hermano mío, el único que tengo, un hombre, en mi opinión, extraordinario. Se llama Johann y es lo que se dice un artista renombrado. Sobre su situación actual en el mundo no sé nada concreto, porque he evitado visitarle. Y no iré a verle. Si nos encontrásemos casualmente en la calle y él me reconociera y se me acercara, entonces sí que me encantaría estrechar con fuerza su mano fraterna. Pero no seré yo quien provoque tal encuentro: nunca, por nada en el mundo. ¿Quién soy yo y quién es él? Sé perfectamente lo que es un alumno del Instituto Benjamenta, de esto no cabe duda. Un alumno semejante no es otra cosa que un magnífico y redondo cero a la izquierda. Pero lo que actualmente sea mi hermano no puedo saberlo. Quizá viva rodeado de gente refinada y culta, sujeto a Dios sabe qué formalidades, y como yo respeto las formalidades, prefiero no ir en busca de un hermano y que me salga un señor distinguidísimo sonriendo forzosamente. Pues a Johann von Gunten me lo conozco hace ya tiempo. Es un hombre calculador, tan frío e interesado como yo y todos los von Gunten, pero es mucho mayor que yo, y tras la diferencia de edad entre dos hombres, que encima son hermanos, pueden alzarse barreras infranqueables. En cualquier caso, no soportaría que me diese buenos consejos, y es justamente, me temo, lo que haría si me viera tan pobre e insignificante frente a él: estaría sin duda tentado, él, hombre de buena posición, a hacerme sentir ligeramente la inferioridad de la mía, y esto

me resultaría insoportable. Yo sacaría a relucir todo el orgullo de los von Gunten y me mostraría decididamente grosero, lo que después no podría serme sino doloroso. No, mil veces no. ¿Cómo? ¿Aceptar un favor de mi hermano, de mi propia sangre? Lo siento, pero es imposible. Me lo imagino muy elegante, fumando los mejores cigarrillos del mundo, reclinado en las alfombras y cojines de la comodidad burguesa. Bueno ¿y qué? Pues que en este momento hay en mí algo muy antiburgués, algo diametralmente opuesto al bienestar, mientras que mi señor hermano quizá yaza en medio de la más bella y fastuosa de las mundanidades. Decidido: no nos veremos ¡tal vez nunca! Además, no hay ninguna necesidad. ¿Ninguna necesidad? Bueno, dejémosle estar. Idiota de mí, estoy hablando en primera persona del plural como si representase a un respetable y digno gremio docente. Seguro que mi hermano vive rodeado del mejor y más selecto de los ambientes sociales. Merci. Oh, sí, gracias. No faltarán señoras que asomen la cabeza por la puerta entornada y pregunten con altivez: «¿Se puede saber quién es ese? ¿Algún mendigo quizá?». Gracias de todo corazón por semejante acogida. Soy demasiado bueno para que me compadezcan. Fragancia de flores en la habitación. ¡Oh, las flores no me gustan nada! ¿Y esa flema de hombre de mundo? Horrenda. Sí, verlo me haría muy, muy feliz. Pero si lo viese así, si lo viese entre tanto lujo y tantas comodidades, se me borraría la impresión de estar frente a un hermano y ya sólo podría fingir alegría, no menos que él. De manera que no.

Los alumnos nos pasamos las horas de clase sentados, con la mirada fija ante nosotros, inmóviles. Ni siquiera está permitido, creo, sonarse la propia nariz. Nuestras manos reposan sobre las rodillas y no se dejan ver durante la lección. Las manos, con sus cinco dedos, constituyen otras tantas pruebas de la vanidad y la concupiscencia humanas, de ahí que permanezcan convenientemente ocultas bajo la mesa. Nuestras narices escolares ofrecen la máxima semejanza espiritual unas con otras; todas parecen, más o menos, aspirar a las alturas donde campea luminosamente la visión profunda en el caos de la vida. Las narices de los alumnos deberán ser romas y algo levantadas, así lo exigen los reglamentos, que todo lo prevén; y de hecho, nuestros instrumentos olfativos presentan en su totalidad una curvatura humilde y pudibunda, como si un cuchillo de gran filo los hubiera rebanado. Nuestros ojos contemplan siempre un vacío lleno de ideas, cosa que también prescribe el reglamento. A decir verdad, no deberíamos tener ojos, pues los ojos son curiosos y descarados, y el descarado y la curiosidad son condenables desde casi cualquier perspectiva sana. Bastante divertidas son nuestras orejas escolares. Apenas se atreven a escuchar, a fuerza de estar tensas y a la escucha. Siempre se contraen un poquito, como si temieran que bruscamente alguien tirase de ellas por detrás, zarandeándolas de un lado a otro. ¡Pobres orejas, víctimas perpetuas de semejante miedo! Cuando el sonido de una llamada o de una orden repercute en ellas, vibran y tiemblan como arpas que alguien hubiera perturbado al rozar. Y ocurre también que las orejas escolares tienden a dormitar un poco, ¡y cómo las despiertan entonces! Es un verdadero gozo. Lo más adiestrado en nosotros es, sin embargo, la boca, siempre dócil y devotamente fruncida. Hay una verdad indiscutible: una boca abierta constituye la bostezante prueba de que, las más de las veces, su

poseedor deambula con dos o tres ideillas por zonas muy alejadas del ámbito paradisíaco de la atención. Una boca bien cerrada indica orejas abiertas y en tensión, de ahí que las puertas situadas bajo las ventanas de la nariz tengan que estar siempre cuidadosamente atrancadas. Una boca abierta es un hocico y nada más que un hocico, y cada uno de nosotros lo sabe muy bien. Los labios no deben brillar ni florecer lascivamente en su cómoda posición natural, sino que han de mantenerse fruncidos y apretados en señal de enérgica renuncia y expectativa. Y así lo hacemos todos los alumnos: según el reglamento en vigor, damos a nuestros labios un tratamiento sumamente cruel y duro, con el que adquirimos el feroz aspecto de un suboficial en jefe. Y, como es sabido, un suboficial quiere ver las caras de sus soldados tan ceñudas y enfurruñadas como la suya, lo cual le gusta porque en general tiene sentido del humor. Hablando en serio: los que obedecen suelen ser una copia exacta de los que mandan. Un criado no tiene más opción que adoptar las máscaras y modales de su amo para, digamos, perpetuarlas de buena fe. Ciertamente es que nuestra venerada señorita en nada puede compararse a uno de esos suboficiales; muy al contrario, sonrío frecuentemente y a veces hasta se permite burlarse de esas marmotas respetuosas del reglamento que somos nosotros; pero a la vez espera que la dejemos reír en paz, sin el menor pestañeo, cosa que por lo demás hacemos, fingiendo no oír el dulce y argentino sonido de su risa. Somos una auténtica partida de bichos raros. Llevamos siempre el pelo limpio, bien peinado y cepillado, y cada cual ha de trazar en ese mundo que corona su cabeza una raya bien recta, un canal que divida la tierra rubia o negro azabache de su cabellera. Es de rigor. Hasta las rayas tienen que ajustarse al reglamento. Lo cual explica que con nuestras rayas y peinados tan encantadores parezcamos todos realmente iguales, hecho que haría morir de risa a un escritor si, por ejemplo, nos visitase para estudiarnos en todo nuestro esplendor e insignificancia. Que este señor escritor se quede más bien en casa. Esos que no hacen sino estudiar, pintar y hacer observaciones son una tira de trápalas. Vivamos primero, que las observaciones vendrán luego por sí solas. Además, Fräulein Benjamenta trataría con un autoritarismo tal a cualquiera de esos escritorzuelos que se presentase aquí como llovido o nevado del cielo, que el tipo se desplomaría a tierra, espantado ante la mala acogida. Y tal vez la maestra, afecta a los tratamientos despóticos, nos diría entonces: «Rápido, ayuda al señor a levantarse». Y nosotros, los alumnos del Instituto Benjamenta, le enseñaríamos la puerta al indeseable visitante y el exponente del chismoso mundo de las letras desaparecería por donde había venido. Pero no, todo esto son fantasías. A esta casa sólo vienen señorones que desean contratarnos, no tipos con la pluma detrás de la oreja.

O los profesores de nuestro Instituto no existen en absoluto, o bien están dormidos todavía, o parecen haber olvidado su profesión. O quizá se han declarado en huelga al no cobrar sus sueldos. Extraños sentimientos me invaden cada vez que pienso en esa pobre gente soñolienta y distraída. Ahí los vemos, sentados o acurrucados contra las paredes de una habitación expresamente acondicionada para gente que necesita reposo. Este es Herr Wächli, el presunto profesor de ciencias naturales. Hasta cuando duerme conserva su pipa entre los dientes.

Lástima, quizá le hubiera valido más ser apicultor. ¡Qué roja es su cabeza y qué gorda su mano avejentada y blandengue! Y el que está a su lado ¿no es acaso Herr Blösch, nuestro venerabilísimo profesor de francés? Claro que sí, el mismo que viste y calza, un gran embustero que miente al hacerse el dormido. Hasta sus lecciones no han sido nunca más que mentiras y trucos de prestidigitador. ¡Qué pálido es y qué aire de malvado tiene! Una cara pérfida, labios gruesos y duros, rasgos severos e implacables. «¿Duermes, Blösch?». Pero él no oye. Francamente repugnante. Y aquel otro ¿quién es? ¿El señor pastor Strecker? ¿El largo y descarnado pastor Strecker, nuestro profesor de religión? ¡Diantre! Pues sí que es él. «¿Duerme usted, reverendo? Está bien, siga durmiendo. Así no le hace mal a nadie. Sus clases de religión sólo le sirven para perder tiempo. Hoy en día, ¿comprende?, la religión no tiene ningún valor. El sueño es más religioso que toda su religión. Acaso durmiendo es cuando más cerca estamos de Dios. ¿Qué le parece?». No oye. Llamaré a otra puerta. ¡Eh! ¿Quién será aquél que elige puestos tan cómodos? ¿Será Merz, el doctor Merz, el que enseña historia de Roma? Sí, es él, lo reconozco por la perilla. «Parece usted enfadado conmigo, Herr Doktor Merz. ¡Vamos, siga durmiendo, olvide las innoble escenas que se han producido entre nosotros y no maldiga para su perilla! Por otra parte, hace usted bien en dormir. Hace algún tiempo que el mundo gira en torno al dinero, ya no en torno a la historia. Todas esas heroicas virtudes del pasado que usted tanto ventila no desempeñan ya, como habrá podido notar, papel alguno. Le debo unas cuantas impresiones fabulosas. Que duerma usted bien». Aquí, según veo, parece haberse instalado Herr von Bergen, el torturador de muchachos von Bergen. Finge estar soñando, pero en realidad reparte «tortas» con una complacencia celestial escabrosa. O bien ordena: «¡Flexionar el tronco hacia adelante!». ¡Y cómo goza entonces decorando el trasero del pobre muchacho con un regalito de su caña de bambú! Un tipo parisiense muy elegante, pero cruel. ¿Y quién es ese otro? ¿Wyss, el director de instituto? Muy simpático. Con gente honesta no hace falta entretenerse mucho. ¿Y éste? ¿Será Bur? ¿El profesor Bur? «Encantado de verle». Bur es el profesor de aritmética más genial de todo el continente. Sólo que demasiado inteligente y liberal para el Instituto Benjamenta. Ni Kraus ni los demás son alumnos dignos de él. Es demasiado conspicuo y sus exigencias resultan excesivas. Aquí, en nuestro Instituto, no se dan exageraciones semejantes. Pero ¿no estaré soñando con los profesores de mi anterior escuela? Allí, en la primaria, abundaban los conocimientos; aquí hay algo muy distinto. Lo que aquí se nos enseña es algo totalmente diferente.

¿Conseguiré pronto un empleo? Espero que sí. Mis fotografías y solicitudes de trabajo producen, según creo, una impresión favorable. Hace poco fui con Schilinski a un café concierto de primera. ¡Cómo le temblaba todo el cuerpo de timidez! Yo me comporté con él como un padre cariñoso, más o menos. El camarero nos miró de arriba abajo y tuvo la osadía de dejarnos plantados; pero cuando yo, con aire de extrema severidad, le pedí que por favor nos sirviera, se transformó al punto en un ser educado y nos trajo cerveza rubia en dos jarras altas y primorosamente talladas. ¡Ah! Hay que saber actuar. Quien echa el pecho al agua con el debido recato, recibe un trato señorial. Hay que

aprender a dominar las situaciones. Yo soy habilísimo en echar la cabeza atrás como si estuviera indignado; no, simplemente asombrado por algo. Miro a mi alrededor como queriendo decir: «¿Y esto qué es? ¿Cómo? ¿Se han vuelto aquí todos locos?». El efecto es seguro. Además, gracias a Dios, en el Instituto Benjamenta he logrado adquirir cierta apostura. Oh, a veces me figuro poder jugar a voluntad con la Tierra y todo cuanto existe en ella. De golpe entiendo la entrañable especificidad de las mujeres. Sus coqueterías me divierten y descubro un sentido profundo en sus triviales ademanes y modismos. Si no las entendemos cuando se llevan una taza a los labios o se levantan la falda, no las entenderemos nunca. Sus almas discurren al mismo pasito trotón que sus deliciosos botines de taco alto, y su sonrisa es dos cosas a la vez: una costumbre insensata y un fragmento de historia universal. Su arrogancia y escaso entendimiento resultan fascinantes, más fascinantes que las obras de los clásicos. Sus vicios suelen ser lo más virtuoso que existe bajo el sol, ¿y cuando montan en cólera y se enojan? Sólo las mujeres saben enojarse. Aunque ¡silencio! Pienso en mamá. ¡Qué sagrado es para mí el recuerdo de los instantes en que se enfadaba! Pero basta: ¡tranquilo! ¡Silencio! ¿Qué puede saber de todo esto un alumno del Instituto Benjamenta?

No he podido contenerme: he ido al despacho, he hecho, como de costumbre, una profunda reverencia y le he comunicado lo siguiente a Herr Benjamenta: «Tengo brazos, piernas y manos, Herr Benjamenta, y desearía trabajar, motivo por el cual me permito rogarle que, lo antes posible, me consiga trabajo y salario. Usted es una persona muy relacionada, lo sé. A usted lo visitan señores distinguidísimos, gente que lleva coronas cosidas al forro del abrigo, oficiales que hacen rechinar sus afilados sables, damas cuyos vestidos de crujiente cola simulan las risitas zumbonas de las olas al acercarse, ancianas señoras de inmensa fortuna, viejos que compran media sonrisa con un millón, personas de categoría, pero sin un ápice de espíritu, gente que viaja en automóvil: en una palabra, señor director, a usted lo visita el mundo entero». «Cuidado con insolentarse», me advirtió, pero no sé... no sentí miedo alguno de sus puños y continué hablando, con palabras que salían espontáneamente de mi boca: «Consígame sin falta alguna actividad estimulante. Además, cualquier actividad resulta, creo yo, estimulante. ¡He aprendido tantas cosas en su escuela, señor director!». Y él me contestó muy tranquilo: «Aún no has aprendido nada». Yo entonces retomé el hilo y le dije. «Es Dios mismo quien me ordena enfrentarme a la vida. Pero ¿qué es Dios? Usted, señor director, será mi dios si me autoriza a ir en busca de dinero y consideraciones». Permaneció un instante en silencio y luego dijo: «Ahora sal de mi despacho. En el acto». Estas palabras me irritaron terriblemente y exclamé a gritos: «Le tenía por un hombre eminente, pero me equivoco; es usted tan trivial como la época en que vive. Saldré a la calle a detener al primero que pase. Me verá obligado a convertirme en delincuente». Era consciente del peligro en que me hallaba. Y diciendo esto di un salto hasta la puerta, desde donde chillé, furibundo: «Adiós, señor director», y me escabullí con sorprendente agilidad. Una vez en el pasillo, me detuve y pegué la oreja al ojo de la cerradura. Silencio absoluto en el despacho. Me dirigí al

salón de clase y me entregué a la lectura del libro *¿Qué objetivo persigue la escuela de muchachos Benjamenta?*

La enseñanza que recibimos comprende dos partes: una, teórica, y otra, práctica. Pero ambas me siguen produciendo, aún hoy, la impresión de un sueño, de un cuento de hadas absurdo y, no obstante, lleno de significado. Aprender de memoria es una de nuestras principales tareas. A mí me resulta muy fácil, a Kraus, muy difícil, de ahí que esté siempre estudiando. Las dificultades que debe superar configuran el enigma de su laboriosidad y la solución del mismo. Tiene una memoria tarda en la que, sin embargo, a costa de grandes esfuerzos, todo se va imprimiendo con firmeza. Lo que aprende se le graba en la cabeza como sobre metal, por así decirlo, y nunca más puede olvidarlo. De olvidos y esas cosas no puede hablarse a propósito de él. Un Kraus estará en su lugar allí donde se enseñe poco, por eso se ha amoldado tan perfectamente al Instituto Benjamenta. Uno de los postulados de nuestra escuela es: «Poco, pero a fondo». Pues bien, a este principio vive aferrado Kraus, que vino al mundo con un cráneo un tanto duro. ¡Aprender poco! ¡Rumiar siempre lo mismo! Gradualmente, hasta yo empiezo a intuir la vastedad del mundo que se oculta tras estas palabras. ¡Grabarse firmemente algo en la cabeza, y para siempre! Me doy cuenta de que es muy importante y, sobre todo, bueno y respetable. La parte práctica o física de nuestra enseñanza consiste en la incesante repetición de una especie de baile o de gimnasia, como quiera llamársela. Nos enseñan a saludar, a entrar en una habitación, a comportarnos con las mujeres, y otras cosas semejantes, todo ello de manera prolija, a menudo tediosa, aunque también en esto —ahora lo veo y lo siento— hay un significado profundamente oculto. Nos quieren formar y modelar, me doy cuenta, no atiborrarnos de conocimientos. Nos educan obligándonos a conocer punto por punto la naturaleza de nuestra propia alma y de nuestro propio cuerpo. Nos dan a entender claramente que la coacción y las privaciones, ya son formativas por sí solas, y que en un ejercicio simplísimo y en cierto modo necio, hay más beneficios y conocimientos verdaderos que en el aprendizaje de una larga serie de conceptos y significados. Vamos captando una cosa tras otra y acabamos casi poseídos por lo que acabamos de captar. No somos nosotros quienes lo poseemos, sino que, por el contrario, aquello que parece ser una conquista nuestra, acaba dominándonos. Nos inculcan que adaptarse a unas cuantas cosas firmes y seguras tiene un efecto benéfico, es decir: acostumbrarse y amoldarse a las leyes y mandamientos impuestos por una estricta autoridad exterior. Tal vez quieran estupidizarnos; en cualquier caso, pretenden apocarnos. Mas no por ello se nos intimida. Los alumnos sabemos todos, sin excepción, que la timidez es condenable. El que tartamudea y exterioriza su miedo se expone al desprecio de nuestra señorita, pero debemos ser apocados y saberlo, tener la plena certeza de que no somos nada grande. La ley que ordena, la coacción que obliga y los numerosos e inexorables reglamentos que nos prescriben la orientación y el gusto: eso es lo grande y no nosotros, los alumnos. Ahora bien, todos y cada uno —yo incluido— tenemos la impresión de no ser más que pobres enanitos dependientes, sometidos a una obediencia perpetua. Y así nos comportamos: humildemente, pero con absoluta confianza. Todos, sin excepción, somos un poco enérgicos,

pues la mediocridad y la miseria en que vivimos nos llevan a creer firmemente en las pocas conquistas que podamos hacer. Nuestra fe en nosotros mismos es nuestra modestia. Si no creyéramos en nada, no sabríamos cuan poquita cosa somos. Pues aunque pequeños y jovencitos, algo somos de todas formas. No se nos permite divagar ni fantasear, nos prohíben mirar a lo lejos, y todo esto nos pone contentos, dejándonos expeditos para cualquier trabajo urgente. Conocemos muy mal el mundo, pero ya lo iremos conociendo al estar expuestos a la vida y sus tormentas. La escuela Benjamenta es la antecámara que conduce a los aposentos y fastuosos salones de la extensa vida. Aquí aprendemos a sentir respeto y comportarnos como quienes han de alzar la mirada hacia algo. Yo, por ejemplo, estoy un poco por encima de todo eso; mejor, tanto más provechosas serán para mí estas impresiones. Justamente un tipo como yo necesita aprender a sentir aprecio y respeto por los objetos del mundo, pues, ¿adonde iría a parar si se me permitiera desprestigiar la edad, renegar de Dios, escarnecer las leyes y meter mi juvenil nariz en todo lo sublime, importante y grandioso? En mi opinión, éste es precisamente el punto débil de la actual generación joven que lanza llamadas de auxilio y clama por mamá y papá en cuanto tiene que inclinarse un poco ante las obligaciones, órdenes y restricciones. No, no, en este sentido los Benjamenta son mi brillante y bienamada estrella polar, tanto el señor director como la señorita, su hermana. En ellos pensaré mi vida entera.

He encontrado a mi hermano Johann en medio de una densa multitud. Nuestro reencuentro acabó tomando un giro muy cariñoso, espontáneo y cordial. Johann estuvo muy amable, y yo también, probablemente. Entramos en un restaurancito discreto y nos pusimos a hablar. «Sigue siendo el que eres, hermano», me dijo, «comienza desde muy abajo, es lo mejor. Si necesitaras ayuda...». Hice un ligero gesto negativo con la mano y él continuó: «Porque mira, una vez arriba apenas si vale la pena vivir. Es una manera de hablar. Entiéndeme bien, querido hermano». Asentí con vivacidad, pues ya intuía lo que iba a decirme, pero le rogué que prosiguiera y él me dijo: «En las alturas se respira un aire... Predomina la sensación del haber hecho bastante, y eso oprime y paraliza. Espero que no me entiendas del todo, pues si me entendieras, hermano, serías realmente un ser monstruoso». Nos echamos a reír. ¡Oh, poder reírse con un hermano es maravilloso! Luego dijo: «Por ahora, querido hermano, eres como quien dice un cero a la izquierda. Pero cuando se es joven hay que ser un cero a la izquierda, pues no existe nada más perjudicial que destacar pronto, prematuramente, en cualquier cosa. Cierto es que algo significas tú para ti mismo. Bravo. Estupendo. Pero para el mundo todavía no eres nada, y esto es casi igualmente estupendo. Sigo esperando que no me entiendas del todo, pues si me entendieras...». «Sería un ser monstruoso», dije completando su frase. Volvimos a reírnos. Era divertidísimo. Un extraño calor empezó a invadirme. Los ojos me ardían. Es algo que además me gusta mucho, sentir que me abraso por dentro. La cabeza entera se me pone roja, y me asaltan pensamientos llenos de pureza y magnanimidad. Johann continuó hablando: «Hermano, te ruego no interrumpirme a cada rato. Tu joven y tonta risa tiene algo que sofoca las ideas. ¡Escucha! Y pon mucha atención. Lo que voy a decirte quizá acabe siéndote útil algún

día. Sobre todo: jamás te sientas marginado. La marginación, hermano, no existe, ya que en este mundo tal vez no haya nada, disolutamente nada digno de desearse. Y, no obstante, has de tener aspiraciones, y hasta diría que apasionadamente. Aunque para no consumirte de deseos, métete esto en la cabeza: no existe nada, nada a lo cual valga la pena aspirar. Todo está podrido. ¿Entiendes esto? Como ves, aún espero que no puedas entenderlo del todo. Me preocupa». Yo le dije: «Por desgracia, soy demasiado inteligente para no entenderte bien, como lo esperas. Pero no te preocupes. Tus revelaciones no me asustan en absoluto». Intercambiamos una sonrisa. Luego pedimos algo más de beber y Johann, que dicho sea de paso estaba elegantísimo, prosiguió diciendo: «Sí, sin duda existe en el mundo eso que llaman progreso, pero no es sino una de las numerosas mentiras divulgadas por los hombres de negocios para poderle exprimir dinero a la masa con mayor cinismo y desparpajo. La masa es el esclavo de nuestro tiempo, y el individuo, el esclavo de la grandiosa idea de masa. Ya no hay nada bello ni excelente. Lo bello, lo bueno y lo justo has de soñártelo tú mismo. Dime, ¿sabes soñar?». Me limité a asentir dos veces con la cabeza y dejé que Johann continuara hablando mientras yo escuchaba muy atento: «Trata de ingeniártelas para ganar mucho, mucho dinero. Sólo el dinero no se ha echado a perder, todo el resto sí. Todo, absolutamente todo está corrompido, demediado, desprovisto de gracia y esplendor. Nuestras ciudades desaparecen irrevocablemente de la corteza terrestre. Grandes moles ocupan el espacio reservado antes a casas y palacios principescos. ¡El piano, querido hermano, y el martilleo ligado a él...! Los conciertos y el teatro van bajando progresivamente a un nivel cada vez peor. Aún queda algo así como una sociedad que da el tono, sin duda, pero es incapaz de accionar los registros de la dignidad y del refinamiento. También hay libros... en una palabra, jamás te desalientes. Permanece pobre y despreciado, querido amigo. Aleja de ti incluso la idea del dinero. Lo más hermoso y triunfador es ser un auténtico pobre diablo. Los ricos, Jakob, son muy descontentos e infelices. La gente rica de hoy en día nada tiene: son ellos los verdaderos hambrientos». Yo volví a asentir. Es verdad que a todo digo sí muy fácilmente. Por otra parte, lo que Johann estaba diciendo me gustaba y convenía. Había arrogancia en sus palabras. Y tristeza. Y la arrogancia y la tristeza armonizan siempre bien. Pedimos más cerveza, y mi interlocutor prosiguió: «Has de esperar sin esperar al mismo tiempo nada. Apunta hacia algún objetivo, pues siendo tan joven como eres, Jakob, tan escandalosamente joven, no cabe duda de que te conviene; pero no dejes de repetirte que desprecias aquello a lo cual apuntas respetuosamente. Pero ¿ya estás diciéndome otra vez que sí? ¡Qué oyente tan comprensivo eres! Decididamente, eres un árbol cargado de comprensión. Sé feliz, querido hermano, proponte una meta, aprende y, de ser posible, haz algo bueno y hermoso en favor de alguien. Ven, tengo que ir. Dime, ¿cuándo volveremos a vernos? Sinceramente, me interesas». Salimos, y una vez en la calle, nos despedimos. Seguí un buen rato a mi querido hermano con la mirada. Sí, es mi hermano. ¡Cómo me alegra que lo sea!

Mi padre tiene carruajes, caballos y un criado, el viejo Fehlmann. Mamá tiene un palco propio en el teatro. ¡Cómo se lo envidian las señoras de esta ciudad de veintiocho mil habitantes! Pese a sus años, mi madre es

todavía una mujer bonita, hasta diría bella. Recuerdo un vestido azul claro y muy ceñido que se puso una vez. Llevaba abierto su parasol, de un blanco tierno. Hacía un magnífico tiempo primaveral y el sol brillaba. En las calles se aspiraba perfume de violetas. La gente se paseaba y, bajo el verdor de los árboles del parque, la banda municipal daba un concierto. ¡Qué dulce y diáfano era todo! Una fuente murmuraba, y un grupo de niños con trajes claros reían y jugaban. Y una brisa ligera, acariciadora, traía y llevaba aromas, despertando inefables nostalgias. En la plaza del barrio nuevo había gente asomada a las ventanas. Mamá llevaba unos largos guantes amarillo pálido que cubrían sus finas manos y sus queridos brazos. En esa época Johann vivía ya en el extranjero. Pero papá estaba allí. No, nunca aceptaré una ayuda (dinero) de estos padres a los que tan tiernamente venero. Mi orgullo herido me tumbaría en una cama de hospital, y ¡adiós sueños de una posición conquistada con mis propias manos, adiós para siempre a todos estos proyectos de autoformación que hierven en mi pecho! Pues de eso se trata: para educarme casi yo mismo o prepararme a una futura autoformación me he hecho alumno de este Instituto Benjamenta, porque aquí nos preparan a afrontar situaciones sombrías y difíciles que han de sobrevenir. De ahí que tampoco escriba a casa, pues el simple hecho de dar noticias me desorientaría en cuanto a mí mismo, estropeando totalmente mi proyecto de comenzar desde abajo. Las empresas grandes y audaces han de realizarse con la máxima discreción y en silencio, de lo contrario se corrompen y desvirtúan, volviendo a extinguirse el fuego que ya empezaba a brotar. Conozco mis gustos, y esto basta. Ahora me acuerdo. Sobre nuestro viejo criado Fehlmann, que aún vive y sigue a nuestro servicio, tengo una anécdota divertida. Ocurrió lo siguiente: Fehlmann se había hecho en cierta ocasión culpable de una falta grave y tenían que despedirlo. «Fehlmann», dijo mamá, «puede usted irse. Ya no lo necesitamos». Y el pobre viejo, que poco antes había enterrado a un joven muerto de cáncer (hecho éste nada divertido), se arrojó a los pies de mi padre y le imploró clemencia, literalmente clemencia. Pobre diablo: tenía sus viejos ojos llenos de lágrimas. Mamá lo perdonó y yo, al día siguiente, les conté la escena a unos compañeros míos, los hermanos Weibel, que se burlaron de mí en forma horrible y me despreciaron, retirándome su amistad porque, según ellos, en nuestra casa imperaban costumbres demasiado monárquicas. El arrojarse a los pies de alguien les pareció sospechoso, y han ido difundiendo las calumnias más disparatadas sobre mí y sobre mamá. Como auténticos chiquillos, claro está, pero también como auténticos pequeños republicanos para quienes la práctica de la clemencia o la inclemencia en el plano personal o señorial es una monstruosidad aborrecible. ¡Qué divertido me parece ahora todo esto! Y, sin embargo, ¡qué sintomático de los tiempos que corren es éste mínimo incidente! Hoy en día todo un mundo juzga como los chiquillos Weibel. Así es: ya no se tolera nada que recuerde al gran señor o a la gran dama. No existen ya señores que puedan hacer lo que quieran, y en cuanto a las grandes damas, han desaparecido hace muchísimo tiempo. ¿Deben entristecerme estas cosas? Ni se me ocurre. ¿Soy acaso responsable del espíritu de la época? Acepto mi época tal cual es, reservándome sólo el derecho a

hacer mis observaciones en silencio. ¡El bueno de Fehlmann! ¡Todavía alcanzó a ser perdonado a la usanza patriarcal!

A partir de las tres de la tarde, los alumnos quedamos abandonados casi por entero a nuestra suerte. Nadie se ocupa ya de nosotros. Los directores se recluyen en sus aposentos interiores y en el aula reina la desolación, una desolación casi enfermante. No debe oírse ningún ruido. Sólo podemos deslizarnos furtivamente y hablar en susurros. Schilinski se contempla en el espejo, Schacht mira por la ventana o bien se comunica por gestos con la cocinera de la casa de enfrente, y Kraus memoriza lecciones recitándolas en voz baja. Por todas partes reina un silencio de tumba. El patio queda abandonado como una eternidad cuadrangular, y yo me paso gran parte del tiempo allí, intentando mantenerme erguido sobre una pierna. A veces, por variar, retengo largo rato el aliento. Un ejercicio más, e incluso, como en cierta ocasión me dijo un médico, beneficioso para la salud. O bien escribo. O cierro los ojos, aunque no estén cansados, para no ver nada. Los ojos transmiten ideas, por eso los cierro de vez en cuando, a fin de no verme obligado a pensar. Permaneciendo así, en total inactividad, uno siente de pronto cuan penosa puede ser la existencia. No hacer nada y, sin embargo, guardar la compostura, es algo que exige energía; el que hace cosas lo tiene, en comparación, muy fácil. Nosotros, los alumnos, somos maestros en esta especie de urbanidad. El aburrimiento induce a los ociosos a portarse groseramente, mover los pies, descoyunturarse bostezando o suspirar. Nosotros, los alumnos, no hacemos nada de esto. Apretamos los labios con firmeza y permanecemos inmóviles. Sobre nuestras cabezas aletean siempre los hoscos reglamentos. A veces, cuando estamos allí de pie o sentados, se abre la puerta y la señorita atraviesa el aula lentamente, mirándonos de forma extraña. En esos momentos me parece un fantasma, alguien que llegase desde muy, muy lejos. «¿Qué estáis haciendo, muchachos?», pregunta luego; pero, sin esperar respuesta, sigue su camino. ¡Qué bella es! ¡Qué exuberante la masa de sus negrísimo cabellos! En general, la vemos con los ojos bajos. Sus ojos se prestan maravillosamente a esta posición. Sus párpados (¡con qué atención observo tantos detalles!), de voluptuosa curvatura, poseen una extraña rapidez de movimiento. ¡Y esos ojos! Contemplantolos es como sumergir la mirada en algo profundo, angustiosamente abisal. Con su brillante negrura, esos ojos parecen no decir nada y expresar, a la vez, lo inexpresable, a tal punto resultan conocidos y desconocidos al mismo tiempo. Sobre ellos, las cejas, tenues hasta casi quebrarse, dibujan un arco redondo y regular. Quien las contempla, siente punzadas. Son como medias lunas en un cielo vespertino, de mórbida palidez; como heridas leves, pero tanto más dolorosas, interiormente lacerantes. ¡Y sus mejillas! La silenciosa nostalgia y la vacilación parecen celebrar fiestas sobre ellas. La delicadeza y la ternura incomprendidas vierten allí sus lágrimas. Por entre el níveo centelleo de esas mejillas asoma a ratos un leve rubor suplicante, un tímido y rosado signo de vida, un sol... no, tan sólo un débil reflejo de luz solar. Y es como si las mejillas sonrieran de repente, o les viniera un poco de fiebre. Al mirar las mejillas de Fräulein Benjamenta se te van las ganas de seguir viviendo, pues tienes la impresión de que la vida sólo puede ser una vorágine infernal llena de

indignas ramplonerías. Un espectáculo tan tierno evoca, casi imperiosamente, perspectivas difíciles y amenazadoras. Y, ¿qué decir de sus dientes, tan relucientes cuando sonrío la opulenta y bondadosa boca? ¡Y cuándo llora...! Se diría que la misma Tierra debiera saltar de su eje, dolida y avergonzada de verla llorar. ¿Y cuando se la oye... llorar? Ah, es para morir. Hace poco la oímos llorar en medio de una clase. Todos nos pusimos a temblar como una hojita. Sí, todos nosotros la amamos. Es nuestra maestra, nuestra criatura superior. Y es evidente que sufre de algo. ¿Estará enferma?

Fräulein Benjamenta ha intercambiado unas palabras conmigo, en la cocina. Me disponía a entrar en mi cuartito, cuando ella, sin dignarse siquiera mirarme, preguntó: «¿Cómo te va, Jakob? ¿Estás bien?». Yo me cuadré en el acto, como debe ser, y repliqué en tono sumiso: «Por supuesto, señorita. Sólo puede irme bien». Ella sonrió débilmente y volvió a preguntar: «¿Qué quieres decir con eso?». Me lo preguntó hablando por sobre el hombro. Yo le respondí: «Que no me falta nada». Me lanzó una breve mirada y guardó silencio. Al cabo de un rato dijo: «Puedes irte, Jakob. Eres libre. No necesitas quedarte ahí de pie». Le rendí los honores reglamentarios inclinándome, y me escabullí a mi cuartito. No habían pasado cinco minutos cuando llamaron a la puerta. Me precipité a abrir. Conocía esa manera de llamar. La vi ante mí. «Dime, Jakob —preguntó—, cuéntame un poco cómo te llevas con tus compañeros. Son simpáticos, ¿verdad?». Le respondí que todos, sin excepción, me parecían dignos de afecto y estimación. La maestra me guiñó sus bellos ojos con aire astuto y añadió: «¡Ajá! Y, sin embargo, riñas con Kraus. ¿Reñir con los demás es para ti una prueba de afecto y estimación?». «En cierto sentido, sí, señorita», repliqué sin titubear. «Además, son riñas que no deben tomarse muy en serio. Si Kraus tuviera algo de perspicacia, notaría que hasta lo prefiero a todos los demás. Siento un gran, gran cariño por él, y me apenaría que usted no me creyese». Ella me cogió la mano, me la apretó ligeramente y dijo: «Vamos, cálmate. Mira cómo te acaloras. ¡Atolondrado! Si es verdad lo que dices, debo estar contenta de ti. Y lo estaré si continuas portándote bien. Sí, no lo olvides: Kraus es un muchacho excelente, y me hierde que lo trates de mala manera. Sé amable con él. Lo deseo expresamente. Pero no te pongas triste. No te estoy reprochando nada. ¡Qué señorito tan mimado y majadero! ¡Con lo bueno que es Kraus! ¿No es cierto, Jakob, que Kraus es un chico bueno?». Yo le contesté: «Sí». Solamente un «sí», y de repente, sin saber por qué, me vino un ataque de risa. Ella sacudió la cabeza y se fue. ¿Por qué me vendrían esas ganas de reír? Aún sigo sin saberlo. De todas formas, fue un incidente sin importancia. ¿Cuándo tendré dinero? Esta cuestión sí me parece importante. En este momento, el dinero posee un valor absolutamente ideal a mis ojos. Me vuelvo casi loco con sólo imaginar el sonido de una moneda de oro. Tengo que comer: ¡qué asco! Quisiera ser rico y que me destrocen la cabeza. Dentro de poco ya no me apetecerá comer nada.

Si fuera rico, ni en sueños se me ocurriría dar la vuelta al mundo. Cierto es que no estaría nada mal. Pero la perspectiva de conocer tan fugazmente otros países no me entusiasma en absoluto. En general, desdeñaría la idea de ampliar mis conocimientos, como suele decirse.

Más que el espacio y las distancias me atraerían la profundidad, el alma. Indagar lo que tengo al lado me seduciría. Tampoco me compraría nada. Ni adquiriría propiedades. Trajes elegantes, ropa interior fina, un sombrero de copa, unos modestos gemelos de oro, zapatos de charol con puntera: éste sería, más o menos, todo mi equipaje. Nada de casa, jardín, ni criados; bueno, sí, un criado, me conseguiría un tipo digno y valeroso como Kraus. Y con esto, en marcha. Deambularía por las calles, entre la niebla humeante. El melancólico frío invernal se avendría perfectamente con mis monedas de oro. Llevaría los billetes en una simple cartera. Andaría a pie, como de costumbre, con la intención secreta e inconsciente de no poner muy en evidencia mis principescas riquezas. Quizás hasta estuviera nevando. Me daría lo mismo, o más bien me gustaría. Una suave nevada crepuscular entre las farolas encendidas. Aquello refulgiría fabulosamente. En la vida se me ocurriría subir a un carruaje. Eso lo hacen quienes tienen prisa o pretenden darse importancia. A mí, en cambio, no me atraería nada la idea de darme importancia, y menos aún la de ir con prisas. Me vendrían pensamientos al ir caminando. De repente saludaría a alguien muy cortésmente, y ¡hala!: sería un hombre. Yo entonces miraría con gran gentileza a ese hombre y vería que las cosas le van mal. Lo notaría, no lo vería, ese tipo de cosas se notan, apenas podrían verse, salvo por algún detalle revelador. Pues bien, ese hombre me preguntaría qué deseo, y su pregunta denotaría cierta cultura. Me haría la pregunta con una dulzura y sencillez totales, y esto me sobrecogería, pues yo hubiese esperado una auténtica grosería. «Este hombre debe tener una herida profunda», me diría a mí mismo en el acto, «de lo contrario, se habría enfadado». Después ya no diría nada, absolutamente nada, y me limitaría a mirarlo más y más cada vez. No con miradas penetrantes, no, con la máxima simplicidad, tal vez hasta con cierta alegría. Y entonces sabría quién es. Abriría mi cartera, sacaría diez mil marcos en diez billetes de mil y le entregaría esa suma. Hecho lo cual me quitaría el sombrero con la misma cortesía que antes, le desearía buenas noches y me iría. Y la nieve seguiría cayendo. Al caminar no volvería a pensar en nada más; no podría, me sentiría demasiado bien para hacerlo. Le habría dado ese dinero —estaría totalmente seguro de ello— a un artista que vegetaba en la más penosa de las miserias. Sí, estaría seguro, pues no hubiera podido equivocarme. Y en el mundo habría así una enorme, ardiente y sincera preocupación menos. Y a la noche siguiente, quizá se me ocurrieran cosas muy distintas. En cualquier caso, no daría la vuelta al mundo, sino cometería más bien unas cuantas locuras y desatinos. Así, por ejemplo, podría dar un festín desmesuradamente opíparo y divertido, y organizar orgías nunca vistas, aunque me costasen centenares de miles. El dinero, sin duda, tendría que gastarse en la forma más demencial, pues sólo el realmente despilfarrado hubiera sido... un buen dinero. Y un día me pondría a mendigar, y el sol brillaría y yo me sentiría tan dichoso... ¿de qué?, no tendría el menor deseo de saberlo. Y entonces vendría mamá y se me echaría al cuello... ¡Vaya fantasías tan agradables!

Kraus tiene algo arcaico en su persona y en su rostro, y ese aire de antigüedad que emana de él transporta a Palestina a quien lo mira. Los tiempos de Abraham reviven en la cara de mi discípulo. La antigua

era patriarcal vuelve a surgir con sus costumbres y parajes misteriosos, y lo observa a uno con mirada paternal. Tengo la sensación de que sólo existían padres en aquella época, padres de viejos rostros pétreos y largas y enmarañadas barbas pardas, lo cual no es más que un disparate, claro está, aunque algo en esta sensación tan absolutamente ingenua pueda, quizá, corresponder a hechos reales. ¡Sí: en aquel tiempo! Esta simple locución, «en aquel tiempo», ¡cómo evoca un mundo parental y doméstico! En los viejos tiempos de Israel no debía ser difícil encontrarse aquí y allá con algún papá Isaac o Abraham que, respetado por todos, pasaba su vejez en medio de una riqueza natural, consistente en propiedades rurales. Una especie de majestad aureolaba entonces a la gris ancianidad. Los ancianos eran como reyes, y sus años de vida significaban otros tantos derechos de soberanía adquiridos. Y ¡qué jóvenes se mantenían esos viejos! A los cien años seguían procreando hijos e hijas. Como a la sazón no había aún dentistas, cabe suponer que los dientes tampoco se picaban. Y qué bello era, por ejemplo, José en Egipto. Kraus tiene algo de José en casa de Putifar. De joven lo vendieron como esclavo, y un buen día es conducido ante un hombre riquísimo, honesto y refinado. Se convierte en esclavo de la casa, pero lleva una vida muy placentera. Las leyes de entonces quizá fueran inhumanas, pero los usos, costumbres y modos de ver las cosas eran, en compensación, mucho más tiernos y refinados. Hoy en día un esclavo se las pasaría bastante peor, ¡Dios lo libre! Por otra parte, existen muchos, muchísimos esclavos entre nosotros, hombres modernos, carcomidos por nuestro orgullo. Tal vez los hombres de hoy seamos todos una especie de esclavos, dominados por una concepción del mundo enojosa, innoble, fustigante. Pues bien, un buen día la dueña de casa le exige a José una prueba de obediencia. ¡Es extraño que todavía se recuerden con tanta precisión esas viejísimas historias de puertas adentro, que se sigan transmitiendo de boca en boca a través de los tiempos! Se enseña esta historia en todas las escuelas primarias, y ¿quién tendría algo que objetar a los escrupulosos? Desprecio a quienes subestiman la noble escrupulosidad: es gente totalmente obtusa, de escasísima capacidad de juicio. Pues bien, resulta que Kraus..., perdón, quiero decir José, se niega a obedecer. Aunque podría muy bien haber sido Kraus, pues tiene algo de José en Egipto. «No, mi estimada señora, yo no hago esas cosas. Le debo lealtad a mi amo». Y la dama, ser absolutamente encantador, acusa al joven criado de haber cometido una infamia incitando a su dueña y señora a perpetrar un desliz. No sé nada más. Es curioso, pero ni siquiera sé lo que Putifar dijo e hizo en aquel momento. Sin embargo, sigo viendo con toda claridad el Nilo. Sí, Kraus podría haber sido José no menos que cualquier otro personaje. Su compostura, aspecto, rostro, peinado y gestos se prestan a ello de maravilla. Hasta su enfermedad de la piel, por desgracia aún no curada. Las pústulas son algo bíblico, oriental. ¿Y la moral, el carácter, la firme posesión de sus castas virtudes de adolescente? Todo encaja a la perfección. También José en Egipto debió de haber sido un escrupuloso a machamartillo, de lo contrario hubiera obedecido a la lasciva dama, quebrantando la lealtad debida a su señor. Kraus actuaría exactamente igual que su antiguo modelo egipcio. Alzaría los brazos al cielo en actitud conjurante, y

exclamaría con una cara entre suplicante y condenatoria: «No, no, yo no hago esas cosas», etc.

¡Querido Kraus! Mis pensamientos me conducen incesantemente hacia él. Nadie mejor que Kraus para dar una idea de lo que en verdad significa la palabra «cultura». Dondequiera que la vida lo lleve en el futuro, siempre será considerado un hombre útil, pero inculto; aunque a mis ojos es justamente un hombre cultísimo, sobretodo porque representa una totalidad sana y compacta. Podría definírsele, sin más, como un caso de cultura humana. Y no porque lo rodeen alados y susurrantes conocimientos, sino porque en su interior algo reposa, y él mismo se apoya y reposa en algo. Es un chico en quien se puede confiar con toda el alma. Jamás embaucará ni calumniará a nadie, y es sobre todo esto, esta total discreción, lo que yo llamo cultura. Quien chismorre es un embaucador; puede ser un tipo simpático, pero esa debilidad de ir pregonando todo cuanto le pasa por la cabeza lo convierte en un compañero pérfido y mezquino. Kraus es recatado, se reserva siempre algo para sí mismo, cree no tener necesidad de hablar por hablar, y esto deja una impresión de bondad y de vivo respeto. Es lo que yo llamo cultura. Kraus es muy poco amable y a veces hasta grosero con la gente de su misma edad y sexo; justamente por eso es que lo quiero tanto, porque su actitud me demuestra que es incapaz de cometer una traición brutal e irreflexiva. Con todos es fiel y honesto. Pues resulta que la simpatía ramplona nos conduce las más de las veces a difamar del modo más horrible la reputación y la vida de nuestro vecino, compañero e incluso hermano. Kraus sabe poco, pero nunca, nunca actúa irreflexivamente; se somete siempre a determinadas normas que él mismo establece, y a esto llamo yo cultura. Lo que de entrañable y juicioso hay en un hombre, eso es la cultura. Y hay tantas cosas más. El hecho de estar tan alejado de todo egoísmo, por mínimo que sea, y tan próximo, en cambio, a la autodisciplina, es lo que a mi juicio hizo decir a Fräulein Benjamenta: «¿No es cierto, Jakob, que Kraus es bueno?». Sí, es bueno. Cuando pierda a este compañero, lo sé, habré perdido el reino de los cielos. Y ahora me da casi miedo seguir riñendo con Kraus en forma tan desenfadada. Sólo quisiera mirarlo, contemplarlo todo el tiempo pues más tarde tendré que contentarme con su imagen: sí, la vida, fuerte y violenta, acabará separándonos.

Ahora entiendo también por qué Kraus no posee ningún encanto exterior, ningún atractivo físico, por qué la naturaleza lo ha achatado y desfigurado, dándole ese aspecto de enano. Algo querrá con él, algo se propondrá... o quizá se haya propuesto ya con él desde un principio. Este ser quizá le resultara demasiado puro a la naturaleza, que por ello lo confió en un cuerpo nada agraciado, mínimo, feo, a fin de preservarlo de los perniciosos éxitos exteriores. Tal vez las cosas ocurrieran de otro modo, y la naturaleza, furibunda, se ensañase pérfidamente con Kraus al crearlo. Pero ¡cuánto debe deplorar ahora el haberlo tratado como una madrastra! Aunque ¿quién sabe? Puede que se regocije de la desagraciada obra maestra que ha engendrado; motivos no le faltarían para hacerlo, pues este Kraus sin gracia es más bello que los más bellos y agraciados entre los seres humanos. No brilla por sus dones, sino por el resplandor de un corazón íntegro y bueno, y sus modales toscos y

sencillos acaso sean, pese a toda la rudeza que los caracteriza, lo más hermoso que la sociedad humana es capaz de ofrecer en materia de gestos y ademanes. No, Kraus nunca tendrá éxito, ni con las mujeres, que lo encontrarán árido y feo, ni en la vida mundana en general, que pasará a su lado sin considerarlo. ¿Sin considerarlo? Sí, Kraus jamás será considerado, y justamente el hecho de que, sin gozar de consideración alguna, siga viviendo su vida, constituye la admirable prueba de un proyecto que recuerda al Creador. Dios entrega un Kraus al mundo para proponerle en cierto modo un profundo e insoluble acertijo. Acertijo que nunca será comprendido, pues nadie —la verdad sea dicha— se tomará siquiera la molestia de resolverlo; precisamente por ello resulta tan grandioso y profundo este enigma Kraus: porque su solución no atraerá a nadie, porque a ningún ser vivo se le ocurrirá suponer, tras este Kraus anónimo e insignificante, la existencia de alguna misión, de algún enigma o de un significado más sutil. Kraus es una verdadera obra de Dios, una nada, un criado. Todos verán en él a un ser inculto, apenas bueno para realizar los trabajos más duros, y, cosa curiosa: no será éste un juicio equivocado, sino más bien acertadísimo; pues lo cierto es que Kraus, personificación de la modestia, corona y palacio de la humildad, desea realizar trabajos inferiores, sí, lo puede y lo desea. No tiene más proyectos que ayudar, obedecer y servir, y cualquiera lo advertirá en seguida y explotará a Kraus. Y en este hecho de ser explotado se pondrá de manifiesto una justicia áurea y divina, radiante de bondad y luminosidad. Sí, Kraus es la imagen misma de la existencia honesta, total y absolutamente monocorde, monosilábica, unívoca. Nadie podrá ignorar la simplicidad de este hombre, por eso nadie lo respetará y él no podrá obtener ningún éxito. Algo fascinante, fascinante, triplemente fascinante en mi opinión. ¡Oh, lo que Dios crea está tan lleno de gracia y de encantos, tan cargado de fascinación y de ideas! Se pensará que estoy exagerando. Pues bien, debo confesar que esto no es, ni de lejos, lo más exagerado. No, ni el éxito, ni la fama ni el amor florecerán nunca para Kraus; y está bien que así sea, pues los éxitos tienen por única e inseparable compañía la dispersión y unas cuantas cosmovisiones baratas. Se nota en seguida: cuando los hombres empiezan a contabilizar éxitos y reconocimiento, se ponen casi gordos de autosatisfacción saturadora, y la fuerza de la vanidad los va inflando hasta convertirlos en un globo irreconocible. ¡Libre Dios a un hombre honrado del reconocimiento de la masa! Si no lo vuelve malo, sólo servirá para confundirlo y quitarle fuerzas. La gratitud, sí. La gratitud es algo totalmente distinto. Pero a un tipo como Kraus ni siquiera le agradecerían, lo cual tampoco es necesario. Quizá alguien le diga «Gracias, Kraus» una vez cada diez años, y él sonreirá con cara de necio, con una incurable cara de necio. Mi querido Kraus jamás se entregará al libertinaje, porque se lo impedirán grandes e inexorables dificultades. Yo, creo, soy uno de los poquísimos —tal vez el único, tal vez sean dos o tres personas— que saben lo que poseen, o han poseído, en la persona de Kraus. La señorita sí lo sabe. Quizá también el señor director. Sí, sin duda. Herr Benjamenta tiene la suficiente perspicacia para apreciar la valía de Kraus. Pero basta de escribir por hoy. Me pone demasiado eufórico. Y salvaje. Y las letras bailan y revolotean ante mis ojos.

Detrás de nuestra casa hay un viejo jardín abandonado. Por las mañanas, cuando miro hacia abajo desde la ventana del despacho (una mañana sí y otra no tenemos que arreglarlo yo y Kraus), me da lástima verlo tan descuidado, y cada vez me entran ganas de bajar y ocuparme de él. Son puros sentimentalismos, ya lo sé. ¡Al diablo con estos remilgos desorientadores! En nuestro Instituto Benjamenta hay otros jardines, muy distintos. Entrar en el jardín real está prohibido. A ningún alumno le permiten visitarlo, ¿por qué?, lo ignoro. Pero, como ya he dicho, tenemos otro jardín, quizá más hermoso que el verdadero. En nuestro manual *¿Qué objetivo persigue la escuela de muchachos Benjamenta?*, página ocho, se lee: «La buena conducta es un jardín florido». Y es en estos jardines, sensibles y espirituales, donde se nos permite retozar libremente a los alumnos. No está mal. Si alguno de nosotros observa mala conducta, se diría que, como por voluntad propia, sale a pasearse a través de un repugnante y lóbrego infierno. Si, en cambio, se porta bien, emprende —sin quererlo— un paseo por un vergel umbroso y tachonado de sol. ¡Qué tentador es todo esto! Y a mi juicio, el mísero juicio de un adolescente, hay algo de verdad en esta encantadora máxima. Si alguien se comporta neciamente, tendrá que avergonzarse y enojarse, y éste será el penoso infierno en el cual ha de sudar. Si, por el contrario, se muestra atento y dócil, una especie de genio familiar, un ser invisible lo cogerá de la mano, y éste es el jardín, el feliz encuentro, y el afortunado deambulará espontáneamente por campiñas acogedoras y verdeantes. Si a un alumno del Instituto Benjamenta le permiten estar contento consigo mismo —cosa muy rara, pues los reglamentos llueven, granizan, relampaguean y nievan sobre nosotros—, todo se perfuma a su alrededor con el dulce aroma del elogio modesto, pero audazmente conquistado. Si Fräulein Benjamenta nos elogia, el ambiente se perfuma, y si nos riñe, el aula se oscurece. ¡Qué mundo tan extraño, nuestra escuela! Cuando un alumno ha sido correcto y bien educado, sobre su cabeza se forma en seguida una especie de bóveda que viene a ser el cielo azul e insustituible, situado encima del jardín imaginario. Si hemos sido alumnos pacientes y damos pruebas de firmeza soportando valientemente el esfuerzo, si hemos logrado practicar aquello que reluce de pronto ante nuestros ojos, algo fatigados, y sabemos que se trata del sol celestial. El sol brilla para quien se siente honesta y legítimamente cansado. Y si no hemos necesitado sorprendernos accediendo a algún deseo impuro, cosa que siempre acongoja tanto, aguzamos el oído y ¿qué nos llega? ¡Cantos de pájaros! Pues sí, son esos felices pequeños cantores de hermoso plumaje que pueblan nuestro jardín y se han puesto a gorjear y armar tan delicioso ruido. Y ahora preguntémosnos: ¿tenemos necesidad, los alumnos del Instituto Benjamenta, de otros jardines que los que nosotros mismos nos creamos? Cuando actuamos con decoro y educación, pasamos a ser propietarios ricos. Cuando, por ejemplo, me entran ganas de tener dinero —cosa bastante frecuente, por desgracia—, en seguida caigo en las profundas simas de una codicia desesperanzada y rabiosa, ¡oh, cómo sufro y languidezco y pierdo toda esperanza de salvarme! Pero si luego miro a Kraus, me invade una maravillosa sensación de bienestar, profunda y dulce como el murmullo de una fuente. Es la pacífica fuente de la modestia, cuyas aguas susurrantes

recorren nuestro jardín de un extremo a otro. ¡Qué feliz soy entonces, qué bien dispuesto me siento, qué proclive a hacer el bien! ¡Ah!, ¿cómo no amar a Kraus? Si uno de nosotros fuera —o, mejor dicho, hubiese sido— un héroe que hubiera realizado alguna hazaña arriesgando su vida (así dice nuestro manual), tendría derecho a entrar en el pórtico de mármol, ornado de frescos, que yace oculto en la verde espesura de nuestro jardín, y allí lo besaría una boca. Qué boca, no lo dice el libro. Pero nosotros no somos héroes. ¿Con qué objeto, además? En primer lugar, nos faltan ocasiones para actuar heroicamente, y en segundo lugar, no sé muy bien si, por ejemplo, Schilinski o Peter el larguirucho estarían dispuestos a sacrificarse. Pero aun sin besos, héroes ni columnatas, nuestro jardín es, creo yo, una institución preciosa. Siento escalofríos cada vez que hablo de héroes. Será mejor que me calle.

Hace poco le pregunté a Kraus si también él siente, a ratos, algo parecido al aburrimiento. Me miró con ojos cargados de reproches y reconvenciones, pensó un poco y me dijo: «¿Aburrimiento? No pareces muy en tus cabales, Jakob. Y permíteme decirte que tus preguntas son tan ingenuas como pecaminosas. ¿Quién puede aburrirse en este mundo? Quizá tú. Yo no, te lo aseguro. Mira, estoy aprendiéndome este libro de memoria. ¿Qué? ¿Crees que tengo tiempo de aburrirme? ¡Qué preguntas más tontas! Tal vez la gente elegante se aburra, Kraus no; y tú te aburres, de lo contrario no pensarías en estas cosas ni vendrías aquí a preguntármelas. Siempre se puede estar un poquitín activo, si no de cara al exterior, sí al menos interiormente, mascullando cosas, Jakob. Seguro que ya habrás querido burlarte de mí por mi manía de mascullar, pero escúchame y dime: ¿sabes qué cosas mascullo? Palabras, querido Jakob. Yo mascullo todo el tiempo, repitiendo palabras. Es muy sano, te lo aseguro. ¡Al cuerno con tu aburrimiento! Se aburren quienes se pasan la vida esperando que algo los estimule desde fuera. Donde hay mal humor y nostalgia, hay aburrimiento. Y ahora vete, no me fastidies y déjame estudiar. Búscate alguna tarea, haz algo que te cueste y verás cómo no te aburres. Y por favor, evita en el futuro este tipo de preguntas tontas, tontísimas, que sacan de quicio a cualquiera». Yo le pregunté: «¿Has terminado, Kraus?», y me eché a reír. Pero él se limitó a mirarme con aire compasivo. No, Kraus no podrá aburrirse nunca. Yo lo sabía perfectamente, sólo que quise provocarlo una vez más. ¡Qué mezquino por mi parte, y qué absurdo! Decididamente, debo corregirme. ¡Qué maldad esto de querer burlarme siempre de Kraus y enfurecerlo! Y sin embargo: ¡qué estimulante! ¡Son tan divertidos sus reproches! ¡Hay algo tan abrahámicamente patriarcal en sus exhortaciones!

¡Qué sueño más horrible tuve hace unos días! Soñé que me había convertido en un hombre muy malo, perverso, ¿cómo así?, no lograba explicármelo. Era un ser brutal de pies a cabeza, un trozo de carne humana emperejillado, torpe, cruel. Estaba gordo y, por lo visto, las cosas me iban viento en popa. Anillos centelleaban en los dedos de mis deformes manos, y de mi barriga pendían, negligentemente, quintales de carnosa dignidad. Me sentía plenamente autorizado a impartir órdenes y dar rienda suelta a mis caprichos. A mi lado, sobre una mesa ricamente servida, brillaban objetos dignos de una voracidad y

dipsomanía insaciables, botellas de vino y licores, así como los más refinados platos fríos. Me bastaba con estirar la mano, cosa que de rato en rato hacía. En los cuchillos y tenedores se habían pegado las lágrimas de mis enemigos ajusticiados, y al tintineo de los vasos se unían los sollozos de innumerables desgraciados; sin embargo, las estelas de las lágrimas me daban risa, mientras que los sollozos de desesperación adquirirían un sonido musical a mis oídos. Necesitaba música para amenizar el banquete, y la tenía. En apariencia, había hecho excelentes negocios a costa del bienestar de otros, lo cual me producía un gozo profundo y visceral. ¡Oh, cómo me complacía la idea de haber dejado en el aire a varios de mis congéneres! Y cogí una campanilla y llamé. Un anciano entró..., perdón, se introdujo a rastras —era la sabiduría de la vida—, y a rastras se llegó hasta mis botas, para besármelas. Y yo se lo permití a ese ser degradado. Pensad un poco: la experiencia, principio noble y bueno entre todos, lamiéndome los pies. Es lo que yo llamo ser rico. Y como me vino en gana, volví a llamar, pues sentía, no sé bien dónde, un acuciante deseo de divertirme; y apareció una tierna jovencita, un auténtico bocado para un libertino como yo. Dijo llamarse inocencia infantil y, mirando furtivamente el látigo que había a mi lado, empezó a besarme, lo que me reanimó a un grado increíble. El miedo y la corrupción precoz aleteaban en sus hermosos ojos de cierva. Cuando tuve bastante, volví a llamar y entró un joven esbelto y bello, pero pobre: el lado serio de la vida. Era uno de mis lacayos, y yo, frunciendo el ceño, le ordené que hiciera pasar a esa fulana, ¿cómo se llamaba?, ahí sí, las ganas de trabajar. Poco después hizo su entrada el empeño, y me di el gusto de asestarle a ese hombre íntegro, a ese trabajador de extraordinario físico, un sonoro latigazo en el centro de la plácida y expectante cara: ¡para morirse de risa! Y él, que era el afán, la prístina energía creadora, lo toleró sin protestar. Cierto es que luego le invité a un vaso de vino con gesto perezoso y altanero, y el pobre idiota bebió a sorbos el vino de la vergüenza. «Anda, trabaja para mí», le dije, y él obedeció. Luego compareció la virtud, figura fémina de una belleza avasalladora para todo el que no tenga completamente helado el corazón. Entró llorando; yo me la senté en las rodillas e hice disparates con ella. Cuando le hube robado su inefable tesoro, el ideal, la eché entre expresiones de sarcasmo y, a un silbido mío, se presentó Dios en persona. «¿Cómo? ¿Tú también?», grité, y me desperté bañado en sudor... ¡Cómo me alegré de que fuera sólo una pesadilla! Dios mío, aún me queda la esperanza de llegar a ser algo en esta vida. ¡Cómo en el sueño todo roza los confines de la locura! Los ojos que pondría Kraus si se lo contase.

Nuestra manera de venerar a la señorita resulta francamente divertida. Pero es que yo, por ejemplo, soy muy partidario de la comicidad, que sin duda tiene cierta magia. Las lecciones empiezan siempre a las ocho. Diez minutos antes los alumnos ya estamos en nuestros puestos, cargados de tensión y expectativa, mirando fijamente la puerta por la que hará su aparición la directora. También tenemos normas muy precisas sobre esta manera de testimoniar anticipadamente nuestro respeto. Es una ley prestar oído y ver si está por llegar la que entrará tarde o temprano. Como auténticos tontucios, los alumnos tenemos que prepararnos, durante diez minutos, a levantarnos de nuestros asientos.

Hay un punto de deshonor en todas estas exigencias menudas y ciertamente ridículas; pero nada debe importarnos nuestra honorabilidad personal, sino sólo la del Instituto Benjamenta, lo cual probablemente sea justísimo, pues ¿puede un alumno tener honor? Ni hablar. Vivir bajo tutela y ser maltratados es el máximo honor al que podemos aspirar. El adiestramiento es algo honroso para los alumnos, esto es más claro que el agua. Aunque tampoco nos rebelamos. Jamás se nos ocurriría. ¡Sumamos tan pocas ideas entre todos! Tal vez sea yo el que más tenga, muy posible, pero en el fondo desprecio toda mi capacidad intelectual. Sólo valoro la experiencia, y ésta, por regla general, es totalmente independiente de cualquier pensamiento y comparación. Así, por ejemplo, valoro en mí la forma de abrir una puerta. En el hecho de abrir una puerta hay más vida oculta que en una pregunta. Es cierto que todo nos mueve a recordar, a hacer preguntas y comparaciones. También es preciso pensar, y mucho. Pero someterse es muchísimo más refinado que pensar. Quien piensa se subleva, y esto es siempre tan feo, tan nocivo... ¡Si los pensadores supieran cuántas cosas echan a perder! El que evita pensar por principio, está haciendo algo, y esto es mucho más necesario. Hay en el mundo decenas de miles de cabezas que realizan trabajos superfluos. Está claro, claro como la luz del sol. La humanidad pierde las ganas de vivir entre tanta ciencia, discusión y clasificación. Cuando un alumno del Instituto Benjamenta, por ejemplo, no sabe que es juicioso, lo es. Y si en cambio lo sabe, perderá toda su gracia y buen juicio, y acabará cometiendo alguna falta. Me encanta bajar corriendo las escaleras. ¡Qué verborrea!

Es bueno vivir con cierto desahogo y tener mínimamente organizados nuestros asuntos prácticos. Estuve en el apartamento de mi hermano Johann y debo decir que me he llevado una agradable sorpresa: se lo ha montado según el viejo estilo de los von Gunten. El simple hecho de que el piso esté todo cubierto por una alfombra suave, de color azul pálido, me produjo una impresión extraordinaria. En todas las habitaciones impera el buen gusto, pero no un gusto llamativo, sino sólo una manera precisa y elegante de elegir. Los muebles están distribuidos armoniosamente, de modo que ya al entrar parece como si nos recibieran con un tierno y cortés saludo. Hay espejos en las paredes. Uno de ellos, enorme, va del suelo al techo. Los distintos objetos son y no son viejos, son y no son elegantes, son y no son lujosos. En los cuartos se siente —y sentirlo es un placer— calor y esmero. Una voluntad libre y cuidadosa ha colgado los espejos y le ha asignado un lugar al sofá, de graciosas curvas. No sería yo un von Gunten si no advirtiera estos detalles. Todo está limpio y sin polvo, y, sin embargo, las cosas no brillan, sino que lo miran a uno alegre y sosegadamente. Nada hiere la vista. Sólo el armonioso conjunto adquiere una expresividad entrañablemente significativa. Sobre un sillón de terciopelo rojo oscuro reposaba un hermoso gato negro; era el suave y negruzco bienestar, ovillado en rojo. Precioso. Si fuera pintor, reproduciría la plácida intimidad de ese animal. Mi hermano me salió muy cordialmente al encuentro y nos quedamos de pie frente a frente, como dos comedidos hombres de mundo conscientes del placer que pueden producir las conveniencias sociales. Nos pusimos a charlar. Un esbelto perrazo, blanco como la nieve, se acercó de repente a nosotros dando graciosos

saltos que expresaban su júbilo. Yo lo acaricié, por supuesto. Todo es bonito en el apartamento de Johann. El mismo, con amor y paciencia, ha ido desempolvando uno por uno esos objetos y muebles en varias tiendas de antigüedades, hasta reunir los más cómodos y agradables. Ha sabido crear, recurriendo a la sencillez, algo perfecto dentro de límites más bien modestos, de modo que en su casa lo útil y lo oportuno se unen a lo bello y armonioso hasta casi componer un cuadro de ambiente. Poco después, mientras seguíamos hablando, apareció una joven a la que Johann me presentó. Más tarde tomamos el té y nos pusimos muy contentos. El gato empezó a maullar, pidiendo leche, y el hermoso perrazo quería comerse las galletas que quedaban sobre la mesita de té. Los deseos de ambos animales fueron, por último, satisfechos. Cayó la tarde, y tuve que irme a casa.

Aquí, en el Instituto Benjamenta, se aprende a sentir y a soportar las pérdidas, y esto, en mi opinión, es una facultad, un ejercicio sin los cuales el hombre, por importante que sea, seguirá siendo siempre un niño grande, una especie de berreón quejumbroso. Nosotros, los alumnos, no esperamos nada; es más, nos está terminantemente prohibido albergar esperanzas en nuestro corazón, pese a lo cual vivimos muy alegres y tranquilos. ¿Cómo es esto posible? ¿Sentimos, quizá, aletear sobre nuestras cabezas, impecablemente peinadas, algo parecido a los ángeles custodios? No sabría decirlo. Tal vez seamos alegres y despreocupados por pura estrechez de espíritu. También es posible. Pero ¿valen por eso menos la jovialidad y frescura de nuestros corazones? ¿Seremos acaso estúpidos? Vibramos. Consciente o inconscientemente nos vamos haciendo cargo de muchas cosas, dejamos vagar nuestro espíritu de un lado a otro y enviamos nuestras sensaciones en todas las direcciones posibles, cosechando observaciones y experiencias. Nos consuelan tantas cosas porque somos, en general, gente muy afanosa y buscadora, y porque nos valoramos poco a nosotros mismos. Quien se autovalora en exceso nunca está a salvo de desalientos y degradaciones, pues el hombre consciente de sí mismo tropieza siempre con algo hostil a su conciencia. Y, sin embargo, los alumnos no carecemos de dignidad, aunque es una dignidad muy, muy movible, pequeña, dúctil, acomodaticia. Por lo demás, nos la ponemos y quitamos según lo exija el caso. ¿Somos productos de una civilización superior, o bien hijos de la naturaleza? Tampoco sabría decirlo. De una cosa estoy seguro: ¡esperamos! En esto radica nuestro valor. Sí, esperamos y prestamos, como quien dice, oído a la vida, prestamos oído a esa llanura que llaman mundo, al mar y a sus tempestades. Fuchs, dicho sea de paso, se ha retirado. Lo cual me alegra muchísimo. No sabía qué hacer con ese chico.

He hablado con Herr Benjamenta, o, mejor dicho, él ha hablado conmigo. «Jakob —me dijo—, dime, ¿no encuentras mezquina la vida que llevas aquí, realmente mezquina? ¿Cómo? Me encantaría saber tu opinión. Habla sin tapujos». Yo preferí callarme aunque no por deseo de provocación. Hace ya tiempo que lo he perdido. Sin embargo, callé, un poco como queriendo decir: «Señor, permítame guardar silencio. A semejante pregunta podría responder a lo sumo con un desatino». Herr Benjamenta me miró con atención, y yo creí que había comprendido mi

silencio. Y así era, en efecto, porque de repente sonrió y dijo: «¿No es cierto, Jakob, que te asombra un poco la inercia en la que vegetamos en este Instituto, como si nuestros espíritus estuvieran, en cierto modo, ausentes? ¿Verdad que sí, que lo habías notado? Y conste que no quiero incitarte a que me des respuestas insolentes. Debo confesarte una cosa, Jakob. Escúchame: te considero un muchacho inteligente y bien educado. Y ahora, por favor, insoléntate. Hasta me siento impulsado a hacerte otra confesión: yo, tu director, sólo pretendo tu bien. Y hay una tercera confesión: he llegado a sentir por ti una extraña predilección, totalmente peculiar y ahora ya irrefrenable. Espero que esta vez te insolentes conmigo, ¿verdad que sí, Jakob? ¿Verdad que ahora que te he mostrado mi punto flaco te atreverás a tratarme con desprecio, muchacho? ¿Y me desafiarás? ¿Verdad que sí, dime, verdad que sí?». Ambos, el hombre barbudo y yo, el muchacho, nos miramos a los ojos. Aquello parecía un combate interior. Ya iba yo a abrir la boca y soltar alguna frase sumisa, pero logré dominarme y callé. Y entonces advertí que el gigantesco señor director temblaba, temblaba ligeramente. A partir de aquel momento se creó una especie de vínculo entre ambos, lo intuí, y no solamente lo intuí, sino que lo supe. «Herr Benjamenta me aprecia», me dije a mí mismo, e iluminado por aquella súbita revelación como por un rayo, juzgué conveniente, casi diría indispensable, guardar silencio. ¡Pobre de mí si hubiera dicho una sola palabra! Decirla me habría rebajado a la categoría de alumnillo insignificante, mientras que minutos antes acababa de trepar a unas alturas nada escolares y sí absolutamente humanas. Todo esto lo sentí muy a fondo, y estoy seguro de haberme comportado como debía en aquel momento. El director, que se me había acercado muchísimo, añadió entonces lo siguiente: «Hay en ti algo notable, Jakob». Se interrumpió, y al punto intuí por qué. Sin duda quería ver mi reacción. Yo lo noté y no moví un solo músculo de la cara, sino que permanecí con los ojos fijos frente a mí, como ausente. Luego volvimos a mirarnos. Yo clavé en mi director una mirada severa y dura. Fingí cierta frialdad, cierta superficialidad, cuando en realidad hubiera querido reírme en su cara, de pura alegría. Pero al mismo tiempo observé que estaba contento de mi reacción. Por último dijo: «Vuelve a tu trabajo, muchacho. Ponte a hacer algo. O vete a charlar con Kraus. ¡Vete!». Le hice una profunda reverencia, tal como ordena el reglamento, y me alejé. Una vez fuera, en el pasillo, me detuve, como ya lo había hecho en otra ocasión por cumplir también con el reglamento, y pegué la oreja al ojo de la cerradura, por si algo se movía allí dentro. Pero el silencio era total. Me entró una risa ligera y feliz, perfectamente tonta, y luego me encaminé al aula, donde vi a Kraus sentado en la penumbra, como aureolado por un rayo de luz parduzca. Permanecí de pie largo rato, sí, largo rato, pues había algo que no lograba entender del todo. Me sentía como en casa. No, tenía la sensación de no haber nacido todavía, de estar flotando en un limbo prenatal. Me entró calor y ante mis ojos se abrió algo así como un mar turbio. Me acerqué a Kraus y le dije: «Oye, Kraus, te quiero mucho». Qué palabras eran ésas, le oí mascullar. Me retiré de prisa a mi cuartito. ¿Y ahora qué? ¿Somos amigos? ¿Somos Herr Benjamenta y yo amigos? En cualquier caso, existe una relación entre ambos, pero ¿de qué tipo? Me prohíbo intentar

esclarecerlo. Quiero conservar mi lucidez, serenidad y ligereza. ¡Fuera pensamientos!

Todavía no he encontrado empleo. Herr Benjamenta me asegura que se está ocupando del asunto. Lo dice en un tono brusco y autoritario, y añade: «¿Qué pasa? ¿Impaciente? Ya te llegará. Espera un poco». Entre los alumnos se rumorea que quizá Kraus hará mutis pronto. Hacer mutis: divertida esta expresión ligada a una profesión. ¿Que Kraus se irá pronto? Ojalá sean sólo falsos rumores, sensacionalismos típicos del Instituto. También se da entre nosotros, los alumnos, una especie de chismorreos periodísticos que surge del aire, de la nada. Los mundos, constato, son los mismos en todas partes. Por lo demás, he vuelto a estar donde mi hermano Johann von Gunten, y el tipo ha tenido el valor de presentarme en sociedad. He comido a la mesa de gente rica, y nunca olvidaré la manera como me comporté. Llevaba puesta una levita vieja y, sin embargo, solemne. Las levitas dan cierto aire de persona mayor e importante. Y actué como un hombre que percibiera al menos veinte mil marcos de renta anual. Estuve hablando con gente que me habría vuelto la espalda de haber sospechado quién soy realmente. Mujeres que me despreciarían si les dijera que soy un simple colegial, me sonrieron y hasta me guiñaron el ojo para, en cierto modo, darme ánimos. Y me quedé pasmado de mi apetito. ¡Con qué tranquilidad nos servimos en las mesas de ricos desconocidos! Observaba cómo hacían todos y los imitaba hábilmente. ¡Qué bajeza! Siento algo así como vergüenza por haber mostrado allí, en aquellos círculos, una alegre carota de bebedor y tragaldabas. Modales refinados vi muy pocos. Sí observé, en cambio, que me tenían por un jovencuelo tímido, cuando la verdad es que yo (a mis ojos) reventaba de desfachatez. Johann sabe comportarse en sociedad. Tiene ese trato agradable y ligero del hombre que vale y sabe que vale. Sus modales son un deleite para el observador. ¿Estaré hablando demasiado bien de Johann? Oh, no. No estoy en absoluto enamorado de mi hermano, pero me esfuerzo por verlo íntegramente, no sólo a medias. Acaso esto sea amor, después de todo. No me importa. En el teatro también nos lo pasamos estupendamente, aunque prefiero no extenderme al respecto. Luego me quité mi elegante levita. Oh, es fantástico ir por ahí revoloteando y zumbando en el traje de un hombre distinguido. Sí, zumbando es la palabra. En los círculos de gente culta se grilla y se zumba de un lado a otro. Después regresé al Instituto y a mi uniforme de alumno. Me encuentro a gusto aquí, lo siento, y es probable que más tarde, cuando me haya convertido en un hombre importante, me venga una estúpida nostalgia por los Benjamenta; aunque nunca, nunca llegaré a ser un hombre importante, y esta profética certidumbre me hace temblar con extraña satisfacción. Un día me vendrá un ataque, uno de esos ataques que fulminan de verdad, y entonces todo se habrá acabado: se acabará este caos, esta nostalgia, esta ignorancia, todo, todo, esta gratitud e ingratitud, estas mentiras e ilusiones, este creer-saber y este nunca-saber-nada-sin-embargo. Pero yo quiero vivir, sea como sea.

Me ha ocurrido algo incomprensible. Quizá tampoco tenga mayor importancia. Soy muy poco propenso a dejarme embelesar por los misterios. Estaba solo en el aula —ya había sonado la medianoche—,

cuando de pronto Fräulein Benjamenta apareció detrás de mí. No la había oído entrar, debió de abrir muy suavemente la puerta. Me preguntó qué hacía allí, pero en un tono tal que no sentí necesidad de contestarle. Al preguntármelo me dio a entender en cierto modo que ya lo sabía. Y en esos casos, claro está, no se responde. Puso una mano en mi hombro como si estuviera cansada y tuviese necesidad de apoyarme. Y en ese momento sentí que de verdad le pertenecía. ¿Cómo que le pertenecía? Sí, eso, que pura y simplemente le pertenecía. Siempre he desconfiado de las sensaciones. Pero que en ese momento yo casi pertenecía a aquella señorita era una sensación auténtica. Nos completábamos el uno al otro. Claro que con ciertas diferencias. Pero de buenas a primeras nos acercamos muchísimo. Aunque siempre, siempre con ciertas diferencias. Me resulta francamente odioso sentir pocas diferencias o no sentir ninguna. El hecho de que Fräulein Benjamenta y yo fuésemos dos seres de naturaleza y funciones tan distintas, ese hecho y el poder sentirlo me llenaba de alegría. Por lo demás, considero desdeñable engañarme y veo como algo hostil las distinciones y ventajas que no sean absoluta y totalmente puras. Había allí, pues, una enorme diferencia. Bien, pero ¿qué significa todo esto? ¿Seré incapaz de superar determinadas diferencias? En ese instante la señorita me dijo: «Ven conmigo. Levántate y sígueme. Quiero mostrarte una cosa». Y salimos juntos. Ante nuestros ojos —al menos ante los míos (tal vez no ante los suyos)— todo estaba envuelto en una oscuridad impenetrable. «Son los aposentos interiores», pensé, y no andaba equivocado. En esas estábamos, y mi querida maestra parecía decidida a mostrarme un mundo que hasta entonces me había sido ocultado. Pero necesito tomar aliento.

Al principio, como ya he dicho, la oscuridad era total. La señorita me cogió por una mano y me dijo en tono afable: «Mira, Jakob, todo será así de negro a tu alrededor. Y alguien te conducirá de la mano, y eso te alegrará y, por vez primera, sentirás una profunda gratitud. No te desalientes. Ya vendrán momentos de claridad». No bien hubo dicho estas palabras, una luz blanca y deslumbradora nos salió al encuentro. Se dibujó el perfil de una puerta y ambos penetramos, ella por delante, yo siguiéndola de cerca, en una fascinante hoguera luminosa. En mi vida había visto algo tan resplandeciente y sugestivo, de ahí que me quedara como aturdido. Sonriendo, la señorita me dijo en un tono más amable todavía: «¿Te deslumbra la luz? Pues haz un esfuerzo por soportarla. Significa alegría y hay que aprender a sentirla y tolerarla. Por mí puedes pensar también que representa tu felicidad futura, pero mira, ¿qué pasa ahora? Se está apagando. La luz se dispersa. Así, pues, Jakob, parece que tu dicha no será larga, ni duradera. ¿Te duele mi sinceridad? Espero que no. Sigamos. Tenemos que darnos cierta prisa, porque todavía hemos de caminar y temblar a través de varias apariciones. Dime, Jakob, ¿entiendes mis palabras? No, calla. No debes hablar aquí. ¿Me crees una hechicera? Pues no, no lo soy. Cierto es que entiendo un poquitín de embrujos y seducciones. Cualquiera muchacha lo entiende. Pero ahora ven conmigo». Y diciendo esto, la venerada joven abrió una trampilla —tarea en la que tuve que ayudarla— y ambos bajamos juntos, siempre ella por delante, a un profundo sótano. Al final, cuando se acabaron los peldaños de piedra, empezamos a avanzar

sobre un terreno húmedo y blando. Tenía la impresión de encontrarme en el centro de la tierra, a tal punto era profundo y solitario aquel lugar. Caminamos por un corredor largo y tenebroso; de pronto Fräulein Benjamenta dijo: «Ahora estamos en las criptas y pasillos de la privación y la pobreza, y como es probable que tú, querido Jakob, sigas siendo pobre toda tu vida, trata ya desde ahora, te lo ruego, de acostumbrarte un poco a la oscuridad y al olor frío y penetrante que aquí reinan. No te asustes ni te ofendas. Dios también está aquí, como en todas partes. Hay que aprender a amar la necesidad, a cuidarla. Besa la húmeda tierra de este sótano, por favor, sí, hazlo. Esta será la prueba tangible de tu sumisión voluntaria a la pesadumbre y la congoja que, según parece, han de constituir la mayor parte de tu vida». Yo la obedecí, me arrojé sobre la tierra fría y la besé con gran fervor, al tiempo que un indefinible estremecimiento, frío y ardiente a la vez, recorría todo mi cuerpo. Seguimos avanzando. Oh, aquellos corredores del sufrimiento-miseria y la terrible renuncia me parecían interminables, y tal vez lo fueran. Los segundos duraban como vidas enteras, y los minutos adquirían proporciones de siglos de dolor. Hasta que por fin llegamos ante una muralla de aspecto lastimero, y la señorita dijo: «Ve y acaricia ese muro. Es el muro de las preocupaciones. Se alzarán siempre ante tus miradas, y sería absurdo de tu parte odiarlo. Ah, hay que intentar ablandar justamente lo rígido, lo irreconciliable. Anda y pruébalo». Me acerqué al muro como impulsado por una prisa apasionada, y me arrojé a su pecho. Sí, contra aquel pecho de piedra, y le dije unas cuantas palabras buenas, casi bromeando. Y el muro, como era de esperar, permaneció inmóvil. Representé una comedia en honor a mi maestra, sin duda, y, no obstante, lo que estaba haciendo no era, ni mucho menos, una comedia. Pese a todo, ambos sonreímos, tanto ella, la maestra, como yo, su alumno inmaduro. «Ven —dijo—, concedámonos ahora algo de libertad, un poco de movimiento». Y al decir esto tocó el muro con su blanca varita de mando, que yo tan bien conocía, y el horrible subterráneo se desvaneció de golpe y nos encontramos sobre una pista de hielo o de vidrio, lisa, abierta y delgada. Nos deslizábamos por ella como sobre unos maravillosos patines, y al mismo tiempo bailábamos, pues la pista subía y bajaba bajo nuestros pies como una ola. Era encantador. Nunca había visto nada parecido, y de puro contento exclamé: «¡Qué maravilla!». Por encima de nosotros titilaban las estrellas en un cielo que, extrañamente, era de un azul muy pálido y al mismo tiempo oscuro, y la luna, con luminosidad ultraterrena, nos miraba patinar aquí abajo. «Esto es la libertad —dijo la maestra—, algo invernal, algo que no se puede soportar mucho tiempo. Hay que moverse siempre, como lo hacemos ahora, hay que bailar en la libertad. Es fría y hermosa. Pero no te enamores de ella. No haría más que entristecerte, pues sólo por breves momentos, y no más, podemos detenernos en las moradas de la libertad. Ya llevamos demasiado tiempo aquí. Mira cómo esta maravillosa pista sobre la que nos deslizamos empieza a derretirse lentamente. Ahora, si abres los ojos, podrás ver morir la libertad. Este angustiante espectáculo te será ofrecido varias veces más en el transcurso de tu vida». Apenas había terminado de hablar cuando nos precipitamos desde las gozosas cimas conquistadas poco antes, hasta un espacio de cansino intimismo. Era una alcoba pequeña, llena hasta los topes de refinadas comodidades, con un

delicioso aroma a ensoñación, tapizada con toda clase de escenas y cuadros lascivos. Era una alcoba realmente acogedora. Muchas veces había yo soñado con alcobas de verdad, y ahora me encontraba en una de ellas. Como nieve finísima rezumaba de los abigarrados muros una música cuya creación podía verse directamente: sus sonidos evocaban los de una fascinante tempestad de nieve. «Aquí —dijo la señorita— puedes descansar. Decide tú mismo cuánto tiempo». Ambos sonreímos al oír sus enigmáticas palabras, y aunque me sentí invadido por una inquietud de inefable ternura, no vacilé en instalarme a mis anchas sobre una de las alfombras que ante mí se extendían. Un cigarrillo de exquisito gusto voló de las alturas a mi boca, involuntariamente abierta, y empecé a fumar. A mis manos llegó una novela y pude empezar a leerla con toda tranquilidad. «Eso no es para ti. No leas esos libros. Levántate. O mejor ven aquí. La molicie conduce a la irreflexión y a la crueldad. ¿Oyes ese fragor sordo y furioso, como de truenos que se avecinan? Es la desgracia. En esta alcoba acabas de disfrutar del reposo. Ahora la desgracia lloverá sobre ti y la duda y la inquietud te empaparán. Ven. Hay que afrontar valientemente lo inevitable». Así habló la maestra, y no bien hubo dicho estas palabras me encontré nadando en una espesa corriente de dudas, sumamente desagradable. Desmoralizado hasta los huesos, no me atreví a mirar alrededor y ver si aún seguía a mi lado. Pero no, la maestra, la hechicera que había convocado todos esos estados y apariciones, había desaparecido. Me vi nadando solo. Quise gritar, pero el agua amenazaba con llenar mi boca. ¡Oh, qué desgracia! Rompí a llorar, lamentando amargamente haberme entregado a tan voluptuosa comodidad. Y de repente me volví a encontrar en el Instituto Benjamenta, en el aula invadida por las sombras, y Fräulein Benjamenta seguía detrás de mí y me acariciaba las mejillas, pero no como si tuviera que consolarme a mí, sino a sí misma. «Es desdichada», pensé. En ese momento llegaron Kraus, Schacht y Schilinski, que volvían de dar un paseo. La joven retiró presurosamente su mano de mis mejillas y se fue a preparar la cena en la cocina. ¿Había yo soñado? Pero ¿a qué viene esta pregunta si ahora vamos a cenar? Hay momentos en los que comer me fascina. Soy capaz de engullir los platos más disparatados como un joven obrero hambriento, y entonces no vivo como un hombre civilizado en una época civilizada, sino como en un cuento de hadas.

Muy divertidas resultan a veces nuestras lecciones de gimnasia y de baile. Tener que demostrar habilidad no está libre de riesgos. Podemos caer fácilmente en el ridículo. Aunque los alumnos nunca nos reímos unos de otros. ¿Que no? Claro que sí. Nos reímos con las orejas al no poder hacerlo con la boca. Y con los ojos..., pues sí, es perfectamente posible, aunque bastante difícil. Aquí, por ejemplo, están prohibidos los guiños; guiñar el ojo es un gesto burlón y por tanto hay que evitarlo; pero a veces se nos escapa una guiñada. No se puede reprimir tan drásticamente la naturaleza. Y, sin embargo, lo hacen. Aunque por más que uno se desacostumbre totalmente de la naturaleza, siempre queda un vestigio, algún resto, y eso se ve. A Peter el larguirucho, por ejemplo, le cuesta mucho desacostumbrarse de esa naturaleza suya tan personal y particularísima. A veces, cuando le toca bailar y moverse con cierta gracia, parece hecho de madera, y la madera, en el caso de Peter, es

precisamente una disposición natural, una especie de don divino. Oh, ¿cómo no troncharme de risa viendo un poste de madera convertido en figura humana? ¿Cómo no reírse con toda el alma? Una carcajada es la contrapartida exacta de un trozo de madera, es un trozo de yesca, algo que enciende nuestros fósforos interiores. Los fósforos producen un chasquido idéntico al de la risa sofocada. Me gusta mucho, muchísimo, que a mi risa se le impida estallar. No poder liberar lo que tanto desearía escaparse, produce una comezón deliciosa. Aprecio lo que no debe existir, lo que debe volver a mi interior. Lo no liberado se convierte en algo más penoso, pero a la vez más valioso. Sí, sí, confieso que me agrada sentirme oprimido. Es cierto. No, no siempre es cierto. Que el señor Cierto se vaya de paseo. Lo que quería decir es esto: no estar autorizado a hacer algo significa hacerlo doblemente en otro sitio. No hay nada más insípido que una autorización indiferente, expeditiva, y fácil. Me gusta merecer las cosas, experimentarlas, y una carcajada, por ejemplo, también se ha de experimentar. Cuando por dentro estoy muerto de risa, cuando ya casi no sé dónde meter toda esa sibilante pólvora, entonces sé lo que es la risa y me río con la máxima intensidad, entonces me hago una idea perfecta de aquello que me emocionaba. Así, pues, me veo obligado a suponer —y a mantener esta suposición como una firme certeza— que los reglamentos platean la existencia y quizá hasta la doran, en pocas palabras: que la llenan de atractivos. Pues lo que ocurre con esta encantadora risa prohibida seguro que ocurre con casi todas las cosas y apetencias. La prohibición de llorar, por ejemplo, engrandece el llanto. Carecer de amor significa, en realidad, amar. Si me prohíben amar, amaré diez veces más. Todo lo prohibido vive de cien maneras distintas; de modo que sólo vive más intensamente lo que debería estar muerto. Y esto vale para lo pequeño no menos que para lo grande. Muy bien dicho, y con palabras de lo más cotidianas, pero es en lo cotidiano donde residen las verdades auténticas. Vuelvo a ponerme un poco parlanchín, ¿verdad? Reconozco que lo soy, pero con algo hay que llenar las líneas. ¡Qué fascinantes, que fascinantes son los frutos prohibidos!

Tal vez exista ahora entre Herr Benjamenta y yo algo similar a un fruto prohibido, visible para ambas partes. Pero ninguno de los dos se expresa claramente. Rehuimos el lenguaje abierto, lo que sin duda es digno de aprobación. Yo, por ejemplo, no tengo simpatía alguna por los tratamientos amistosos. Hablo en términos generales. Hay gente que me tiene aprecio y me resulta, sin embargo, odiosa; es un hecho que no puedo resaltar aquí con la intensidad que quisiera. Claro que también me agradan la dulzura, el calor humano. ¿Quién podría ser tan duro como para aborrecer por completo toda intimidad, toda presencia cálida? No obstante, me guardo siempre de acercarme a los demás; no sé, pero debo tener cierto talento para convencer a la gente de la imprudencia de ciertas aproximaciones; al menos pienso que es difícil ganarse mi confianza. Y mi calor humano lo valoro mucho, muchísimo, de modo que quien desee conquistarlo habrá de proceder con la máxima cautela. Y es lo que ahora pretende el señor director. Según parece, este Herr Benjamenta quiere poseer mi corazón y entablar amistad conmigo.

Pero yo, de momento, lo trato con una frialdad glacial, y quién sabe si a lo mejor tampoco quiero saber nada de él.

«Eres joven —me dice el señor director— y tu vida rebosa de perspectivas. Espera, quería decirte algo y se me ha olvidado. Has de saber, Jakob, que tengo un montón de cosas que decirte, pero hasta las más bellas y profundas se te pueden olvidar de un momento a otro. Y tu aspecto, sabes, evoca la memoria buena y fresca, la memoria misma, mientras que la mía empieza a envejecer. Mi cabeza, Jakob, se acerca a su fin. Disculpa si adopto un tono excesivamente tierno y confidencial. Lo cierto es que me vienen ganas de reír. Te pido excusas cuando en realidad podría apalearte si lo creyese necesario. ¡Con qué dureza me miran tus jóvenes ojos! Oh, oh, y pensar que podría golpearte contra la pared hasta dejarte sordo y ciego para toda la vida... No sé cómo he podido despojarme ante ti de toda mi autoridad. Supongo que te reirás de mí en secreto. Te lo advierto en voz baja: ten cuidado. Has de saber que me vienen accesos de rabia y, antes de que pueda dominarme, pierdo todos los estribos. Oh, no, chiquillo mío, no te asustes. Me es total y absolutamente imposible hacerte ningún daño; pero veamos, ¿qué quería preguntarte? Dime, ¿no sientes ni un poquitín de miedo? Eres joven y estás lleno de esperanzas, y pronto encontrarás un puesto que te convenga, ¿verdad que sí? Porque verás, es justamente esto, sí, es esto lo que me aflige; oye, que a veces tengo la impresión de que eres mi hermano menor o alguien muy próximo a mí: ¡tanta es la afinidad que descubro en tus gestos, en tu lenguaje, en tu boca, en todo, en una palabra: en ti! Yo soy un rey destronado. ¿Sonrías? Encuentro simplemente delicioso, sabes, que justo ahora, cuando te hablo de reyes que han perdido su trono, dejes escapar una sonrisa, una sonrisa tan picarona. Eres juicioso, Jakob. ¡Oh, qué agradable es conversar contigo! Mostrarse un poco débil y más tierno que de costumbre en tu presencia tiene un burbujeante atractivo. Sí, tú incitas abiertamente a la indolencia, al relajamiento, al abandono de la dignidad. Se te atribuye, ¿lo creerías?, nobleza de espíritu, lo cual es un poderosísimo acicate para perderse haciéndote toda suerte de hermosos comentarios y benéficas confesiones, tal como las hago, por ejemplo, yo, tu amo, ante ti, mi pobre gusanito, al que podría pulverizar si quisiera. Dame la mano. Así. Déjame decirte que has sabido infundirme respeto. Te tengo en muy alta estima, y... tengo derecho a decírtelo. Y ahora una súplica: ¿quisieras ser mi amigo, mi pequeño confidente? Acepta, te lo ruego. Aunque quiero dejarte tiempo para que te lo pienses; puedes irte. Vete, por favor, déjame solo». Así me ha hablado mi señor director, ese hombre que, como él mismo dice, podría pulverizarme si quisiera. Ahora ya no me inclino ante él, le resultaría doloroso. ¿Qué habrá querido decirme con eso de los reyes destronados? No malgastaré mis pensamientos con este asunto, como él me lo aconseja, sino que seguiré guardando compostura. En cualquier caso, hay que estar alerta. ¿Ha hablado de accesos de rabia? Algo muy desagradable, debo reconocerlo. Me considero demasiado valioso para morir aplastado contra una pared. ¿Contárselo a la señorita? ¡Qué va, ni pensarlo! Tengo suficiente valor como para guardar silencio sobre una extravagancia, y bastante juicio para salir solo a flote en un caso de duda. Tal vez Herr Benjamenta esté loco. En todo caso, él es ahora el

león, y yo, el ratón. Simpática situación ésta que acaba de producirse en el Instituto. Sobre todo no decirle nada a nadie. Asunto silenciado es, a veces, asunto ya ganado. Todo esto son tonterías. Basta.

¡Las cosas que soy capaz de imaginar! Casi rayanas en lo absurdo. De golpe, sin que pudiese impedirlo, me vi convertido en un capitán de principios del siglo XV, no, un poco más tarde, la época de las campañas de Lombardía. Yo y mis oficiales estábamos sentados a la mesa. Acabábamos de ganar una batalla y nuestra fama iba a extenderse por toda Europa en los días siguientes. Bebíamos, presa de gran alegría. No celebrábamos el festín en un salón, sino al aire libre. El sol ya iba a ponerse cuando ante mis ojos, que irradiaban destellos de ataques y victorias, fue conducido un individuo, un pobre diablo cogido en flagrante delito de traición. El infeliz temblaba con la mirada fija en el suelo, sabiendo sin duda que le estaba prohibido alzar los ojos hacia el capitán. Lo miré con aire despreocupado, luego miré con la misma rapidez y despreocupación a quienes lo habían traído, y por último concentré mi atención en la copa llena de vino que tenía delante, y estos tres gestos significaban: «Ahora idos. Y ahorcadlo». Al punto lo asieron con fuerza, pero el miserable rompió a chillar como un desesperado, más aún, como si lo estuvieran despedazando, despedazando anticipadamente entre mil espantosos suplicios. En las batallas y combates que llenaban mi vida, mis oídos habían escuchado toda clase de alaridos y mis ojos estaban más que acostumbrados a ver escenas horribles y desgarradoras; sin embargo, cosa extraña, no pude soportar ese espectáculo. De nuevo me volví hacia el condenado y, haciendo una señal a los soldados, dije con la copa en los labios, para ser breve: «Dejadlo ir». Y entonces ocurrió algo conmovedor y al mismo tiempo repulsivo. El hombre al que había regalado la vida, aquella vida de traidor y delincuente, se arrojó a mis pies como un loco y besó el polvo de mis botas. Yo lo rechacé, asqueado y lleno de horror. El poder que ejercía, ese poder con el que podía jugar a mi antojo como el viento con las hojas, empezaba a oprimirme penosamente, de modo que me reí y le ordené al tipo que se alejara. Parecía haber perdido la razón: una alegría bestial se abrió paso por sus ojos y su boca, balbuceó «¡Gracias, gracias!» y desapareció de mi vista. Nosotros nos abandonamos, hasta muy entrada la noche, a toda suerte de excesos en el comer y el beber; a la mañana siguiente —aún seguíamos con la francachela— recibí al enviado del Papa con una dignidad y una solemnidad que por poco me hacen sonreír a mí mismo. Yo era el gran señor, el héroe del día. De mi humor y mi satisfacción dependía la paz de media Europa. Sin embargo, frente a los señores diplomáticos adopté el papel del tonto bonachón; me convenía, estaba algo cansado y anhelaba volver a mi patria. Dejé que me despojasen de todos los privilegios obtenidos en la guerra. Por supuesto que más tarde se me concedió el título de conde, me casé y ahora he caído tan bajo que no me molesta en absoluto ser un pequeño y humilde alumno del Instituto Benjamenta y tener condiscípulos como Kraus, Schacht, Hans y Schilinski. Si me arrojasen desnudo a una calle helada, tal vez me imaginaría que soy Dios, el Señor omnipotente. Ya es hora de que deje la pluma.

Para seres tan bajos y humildes como nosotros, los alumnos, no existe nada cómico. La criatura degradada se lo toma todo en serio, pero también a la ligera, frívolamente casi. La lección de baile, urbanidad y gimnasia es para mí como la vida misma, esa vida pública, grande, importante, y el aula se transforma ante mis ojos en una alcoba señorial, en una calle concurridísima, en un castillo de antiguos y largos corredores, en una oficina pública, en el despacho de un sabio, en los salones de una dama, en cualquier cosa, según las posibilidades. Tenemos que entrar, saludar, inclinarnos, hablar, despachar asuntos o encargos imaginarios, atender pedidos; y de repente nos sentamos a una mesa y comemos a la usanza capitalina, atendidos por criados. Schacht, o incluso Kraus, representa el papel de una gran dama de la aristocracia a la que yo me encargo de entretener. Luego somos todos grandes señores, sin exceptuar a Peter, el larguirucho, que siempre se ha sentido un caballero. Después bailamos, dando saltitos de un lado a otro, seguidos por la sonriente mirada de la maestra, hasta que nos precipitamos a socorrer a un herido, víctima de un atropello callejero. Regalamos cualquier pequeñez a supuestos mendigos, escribimos cartas, gritamos a nuestros subalternos, asistimos a la asamblea, buscamos lugares donde se hable francés, practicamos el deporte de quitarse el sombrero, hablamos de caza, finanzas y arte, besamos, con humildad, los cinco preciosos dedos que graciosamente nos tiende una que otra dama... queremos creer que bien dispuesta hacia nosotros, vagabundeamos como vagabundos, bebemos el café a sorbitos, comemos jamón al Borgoña, dormimos en camas imaginarias y, también aparentemente, nos levantamos con las primeras luces diciendo: «Buenos días, señor juez de primera instancia», nos pegamos, porque esto también es muy frecuente en nuestro mundo, y hacemos todo lo que acaece en la vida. Si nos cansamos de todas estas necesidades la señorita golpea el borde de la mesa con su varita y dice: «¡*Allons*, muchachos! ¡A trabajar!». Y se reanuda el trabajo. Revoloteamos en el aula, como avispas —imposible describir bien la escena—, y si volvemos a cansarnos, la maestra exclama: «¿Qué? ¿Tan rápido os hartáis de la vida pública? Vamos, vamos. Enseñadme cómo es la vida. Es muy fácil, pero hay que estar despiertos, de lo contrario nos aplasta». Y venga a empezar de nuevo. Nos vamos de viaje, lo que permite a nuestros criados hacer sandeces. Estudiamos en bibliotecas. Somos soldados, auténticos reclutas, y nos echamos boca abajo y disparamos. Entramos a comprar en las tiendas; en los baños públicos, a bañarnos; en las iglesias, a rezar: «Y no nos dejes caer en la tentación». Y un instante después nos debatimos en el error más craso y pecamos. «Basta por hoy», dice luego, cuando llega el momento, la señorita. Y al punto se apaga la vida, y el sueño que denominamos vida humana toma otro rumbo. En esos casos suelo irme a pasear por media hora. Me siento en un banco del parque y siempre me encuentro con una chica. Parece ser vendedora. Todo el tiempo vuelve hacia mí su cabeza y se queda largo rato mirándome. Suspira demasiado. Además, me cree un caballero con un sueldo mensual. Tengo tan buen aspecto, tan de persona bien situada. Pero se equivoca, y por eso la ignoro.

También hacemos teatro de vez en cuando, comedias que degeneran en farsas, hasta que la maestra nos indica por señas que paremos. La madre: «No puedo darle a mi hija por esposa. Es usted demasiado pobre». El héroe: «La pobreza no es un vicio». La madre: «¡Tate, tate! ¡Pura cháchara! ¿Qué perspectivas tiene?». La enamorada: «Mamá, con todos mis respetos por usted, me veo obligada a pedirle que se dirija en términos más corteses al hombre que amo». La Madre: «¡Silencio! Algún día me agradecerás que lo haya tratado con tan inexorable rigor. Dígame, caballero, ¿dónde cursó usted sus estudios?». El héroe (es polaco, y el papel ha sido confiado a Schilinski): «Mi estimada señora, soy ex alumno del Instituto Benjamenta. Disculpe el orgullo con que se lo digo». La hija: «Ah, mamá, mire cómo se comporta. ¡Qué modales tan finos!». La madre (con severidad): «Déjame en paz con los modales. Hace ya tiempo que a nadie le importan los modales aristocráticos. Pero usted mismo, señor, tenga la bondad de decirme, ¿qué ha aprendido en el Instituto Bagnamenta?». El héroe: «Disculpe, pero el Instituto se llama Benjamenta, no Bagnamenta. ¿Qué he aprendido? Pues, para ser sincero, debo decir que muy poco. Pero hoy en día no tiene mayor importancia saber mucho, usted misma tendrá que admitirlo». La hija: «¿Oyes, mamá querida?». La madre: «¡Calla, mala hija! ¡Como si una pudiera escuchar o tomar en serio semejantes disparates! Mi apuesto caballero, me haría usted un favor inmenso alejándose y no volviendo nunca más por aquí». El héroe: «¡Qué osadía, darme esas órdenes! Pues bien, sea. Me marcho, adiós». Hace mutis, etc. En el texto de nuestros pequeños dramas hay siempre alguna referencia al Instituto y los alumnos. El alumno conoce toda suerte de destinos, buenos y malos entreverados. Tiene éxito en la vida o bien fracasa rotundamente. Toda pieza concluye siempre con la glorificación y exaltación simbólica de los que sirven con modestia. La felicidad consiste en servir: tal es la moraleja de nuestra literatura dramática. Durante las representaciones, la señorita suele desempeñar el papel del público. Supuestamente instalada en un palco, observa con sus gemelos el escenario, es decir, a nosotros, los que actuamos. El peor de los actores es Kraus. No le van nada este tipo de cosas. El mejor es, sin duda, Peter el larguirucho. También Heinrich resulta encantador en escena.

Tengo la sensación, un tanto ofensiva, de que nunca me faltará qué comer en este mundo. Soy sano, seguiré siéndolo y siempre resultaré útil para algún trabajo. Jamás seré una carga para mi país ni para mi comunidad. Esta idea, es decir, la de que, como todo hombre humilde, siempre podré comer mi pan cotidiano, me dejaría profundamente herido si aún fuese el antiguo Jakob von Gunten, el descendiente, el retoño de mi estirpe, pero me he convertido en algo totalmente distinto, en un hombre común y corriente, y esta transformación en un hombre común y corriente, que debo a los Benjamenta, me llena de una confianza indecible, perlada por el rocío de la satisfacción. He cambiado mi orgullo, mi sentido del honor. ¿Cómo he podido degenerar así siendo tan joven? Aunque ¿será esto degeneración? En cierto sentido, sí; pero por otro lado es conservación de la especie. Así, como ser humano olvidado y perdido en algún rincón de la vida, quizá sea un Von Gunten más puro y orgulloso que si, alardeando de mi árbol

genealógico, hubiera permanecido en casa deteriorándome, marchitándome, anquilosándome. En cualquier caso, que venga lo que ha de venir. He hecho mi elección y la mantendré. En mi interior mora una extraña energía que me impulsa a conocer la vida a fondo, y un deseo indomable de agujonear a la gente y a las cosas para que se me abran. Al decir esto pienso en Herr Benjamenta. Pero quiero pensar en otra cosa o, más bien, no tengo ganas de pensar en nada.

He conocido a muchísima gente gracias a la gentileza de Johann. Entre ellos a varios artistas, aparentemente muy simpáticos. Pero ¿qué puede decirse después de un contacto tan efímero? En realidad, los que se esfuerzan por tener éxito en el mundo se asemejan terriblemente unos a otros. Todos tienen la misma cara. La verdad es que no, pero sí. Tienen en común cierta afabilidad fugaz y evanescente, y es el desasosiego, creo yo, lo que domina a esa gente. Se desentienden rápidamente de las cosas y personas conocidas, sólo para poder atender, al minuto siguiente, aquellas novedades que también parezcan exigir su atención. A nadie desprecian estas almas buenas; aunque sí, tal vez lo desprecien todo, pero no pueden dejarlo entrever por temor a cometer, de buenas a primeras, alguna imprudencia. Son amables por melancolía y simpáticos por desasosiego. Y encima cada cual quiere sentir estima por sí mismo. Son unos caballeros. Y nunca parecen hallarse enteramente a gusto. ¿Cómo podría sentirse a gusto alguien que da importancia a las distinciones y testimonios de admiración del mundo? Y luego, creo yo, este tipo de personajes, no siendo ya criaturas naturales, sino seres sociales, husmean siempre algún posible sucesor a sus espaldas. Cada cual siente al siniestro usurpador que caerá de sorpresa, al furtivo ladrón que llegará, a hurtadillas y provisto de algún nuevo talento, a sembrar en torno suyo toda clase de desprestigios y calamidades. Por eso todo talento novísimo es siempre, en estos círculos, el personaje más buscado y favorecido, y ¡ay de los mayores si este novísimo llega a distinguirse por su espíritu, capacidades o genio natural! Pero me estoy expresando con excesiva simpleza. También hay algo muy distinto. En estos ambientes de cultura progresista predomina un sentimiento de fatiga que apenas es posible ignorar o entender mal. No se trata del desencanto sofisticado y formal de la nobleza de sangre, por ejemplo, no... es una fatiga auténtica y real, que reposa en un sentimiento más vivo y elevado: la fatiga del hombre enfermo-sano. Todos son personas cultivadas, pero ¿se aprecian entre sí? Si lo piensan honestamente, están contentos con su posición social, pero ¿están de verdad contentos? Además, entre ellos hay gente rica de la que no pienso hablar aquí, pues el dinero que posee un hombre obliga a formular hipótesis totalmente nuevas y distintas para poder juzgarle. En cualquier caso, son todas personas amables y, a su manera, importantes, y le estoy muy, muy agradecido a mi hermano por haberme hecho conocer una porción de mundo. Allí, me refiero a aquellos círculos, se complacen ya en llamarme el pequeño Von Gunten, para distinguirme de Johann, al que han bautizado como el gran Von Gunten. Son bromas; el gran mundo, ya se sabe, ama las bromas. Yo no, pero todo esto tiene muy poca importancia. Siento cuan poco me concierne aquello que se denomina mundo, y qué grande y fascinante me parece lo que yo, en mi fuero más interno, llamo mundo. Sin embargo, mi

hermano se ha tomado la molestia de presentarme en sociedad, y es mi obligación tenerlo muy en cuenta. Porque la verdad es que representa mucho. Todo es mucho para mí, hasta las cosas más ínfimas. Conocer perfectamente a dos o tres personas exigiría una vida entera. Pero esto ya suena a principios benjaménticos, y ¡qué distintos son los Benjamenta de todo cuanto significa mundo! Quiero irme a dormir.

Nunca olvido que soy un vástago ilustre que empieza desde abajo, desde muy abajo, pero no posee las cualidades necesarias para encumbrarse. O tal vez sí. Todo es posible, aunque descreo de esas horas vanas en las que me ilusiono con una felicidad unida al esplendor del prestigio. Carezco de todas las virtudes del arribista social. Cierto es que a veces soy un descarado, mas sólo por capricho. El arribista, en cambio, es de una desvergüenza permanente que se finge modesta, o bien adopta gestos de una descarada —insistentemente descarada— vocación de insignificancia. Y trepadores hay muchos, y se aferran como idiotas a lo que han conquistado, cosa, por lo demás, excelente. También pueden ser nerviosos, descontentos, amargados y estar «hartos de todo», pero el hastío jamás penetra muy a fondo en el verdadero arribista. Los arribistas son señores, y yo, vástago de un ilustre linaje —o lo que sea—, serviré a uno de esos señores, a uno quizá algo presumido, y lo serviré honesta y fielmente, como un criado digno de confianza, firme, sin ningún tipo de ideas y con absoluto desinterés por mi provecho personal, pues sólo así, de forma irreprochable, podré servir a alguien. Y ahora noto en mí ciertas similitudes con Kraus, lo cual me avergüenza un poco. Con sentimientos como los que yo tengo frente al mundo nadie obtendrá jamás algo grande, a menos que se burle del brillo de la grandeza y llame grande a lo que es totalmente gris, silencioso, duro y bajo. Sí, serviré, aceptaré siempre más y más obligaciones cuyo cumplimiento nada tenga de brillante, sí, cada vez más, y como un reverendo idiota, me pondré rojo de felicidad cuando, a la ligera, alguien me diga «gracias». Suena absurdo, pero es la pura verdad, y soy incapaz de entristecerme por esta constatación. Debo confesarlo: nunca estoy triste, y jamás, jamás me siento solo; lo cual también es absurdo, pues con la sentimentalidad, con aquello que se denomina el grito, se hacen los mejores negocios, los más provechosos y aptos para trepar. Pero gracias por las fatigas y esfuerzos innobles que permiten acceder al honor y a la fama. En casa, junto a papá y mamá, la cordura rezumaba de todas las paredes. Bueno, es una manera de hablar. El buen tono reinaba en nuestra casa. Y la claridad. Todo el hogar era una especie de sonrisa bonachona y graciosa. Mamá es una mujer tan fina... Pero ya basta. Conque vástago ilustre y condenado a servir y a desempeñar papeles de quinto orden en la vida... En mi opinión está bien, pues... ¿cómo decía Johann?... «Los poderosos son los verdaderos hambrientos». No me gusta creer en tales cosas. Además, ¿qué necesidad tengo de que me consuelen? ¿Se puede consolar a un Jakob von Gunten? Imposible, mientras tenga miembros sanos.

Cuando quiero, cuando me lo ordeno, puedo adorar cualquier cosa, hasta la mala conducta, siempre que rebose de oro. Los malos modales deben ir dejando tras de sí monedas de veinte marcos para que yo me incline a su paso, o incluso cuando hayan pasado. Además, Herr

Benjamenta también comparte esta opinión. Dice que es injusto despreciar el dinero y las ventajas que provienen de manos innobles. Un alumno del Instituto Benjamenta debe precisamente apreciar, no despreciar, la mayoría de las cosas. Pasemos a otro tema. La gimnasia, ¡qué joya! La amo apasionadamente y soy, desde luego, un buen gimnasta. Entablar amistad con un ser noble y hacer gimnasia son, sin duda, dos de las cosas más bellas del mundo. Bailar y conocer a una persona que me inspire aprecio viene a ser, para mí, exactamente lo mismo. ¡Me gusta tanto mover la mente y las extremidades! El simple hecho de agitar las piernas ¿no es ya precioso? Pero la gimnasia es también una idiotez, no conduce a nada. ¿Será mi destino que todo lo que me gusta y prefiero no conduzca a nada? Pero ¡escucha! ¿Qué es eso? Me llaman. Debo hacer una interrupción.

«¿Sigues trabajando con el mismo empeño, Jakob?», me ha preguntado la maestra. Era casi de noche y de algún lugar llegaba una luz rojiza, como el reflejo de un grandioso crepúsculo. Estábamos ante la puerta de mi cuartito. Yo me disponía a entrar y abandonarme un rato a mis presentimientos. «Fräulein Benjamenta —le dije—, ¿duda usted de la seriedad y la sinceridad de mi empeño? ¿Soy acaso un embustero o un estafador a vuestros venerables ojos?». Creo que adopté una mirada particularmente trágica al hablarle. Y ella, volviendo hacia mí su bello rostro, me dijo: «Claro que no. Pero ¿qué dices? Eres un chico simpático. Algo fogoso, aunque te encuentro simpático, puro, honesto y agradable. ¿Estas contento? ¿Eh? ¿Cómo? ¿Sigues haciendo tu cama todas las mañanas? ¿No? ¿Y hace mucho que no cumples con los reglamentos? ¿Tampoco? ¿O sí? Oh, eres un chico excelente, estoy segura. Y todos los elogios del mundo no bastarían para cubrirte. No bastarían. Cubos enteros repletos de elogios halagüeños, imagínate, ¡cubos y cántaros repletos! Habría que juntar con una escoba todas las bellísimas palabras de reconocimiento sobre tu conducta. No, Jakob, ahora voy a hablarte en serio, escúchame. Debo decirte algo al oído. ¿Quieres oírlo? ¿O prefieres refugiarte en tu cuartito?». «Hable, señorita, la escucho», repuse en un tono de angustiosa expectación. La maestra tuvo un escalofrío súbito, pero se recuperó rápidamente y dijo: «Se me va la vida, Jakob, se me va la vida. Me acerco al final. Pero no puedo explicártelo. En otra ocasión, tal vez. ¿Sí? ¿Verdad que sí? Quizá mañana, o dentro de ocho días. Ya habrá tiempo de decírtelo. Dime Jakob, ¿me quieres un poco? ¿Significo algo para tu joven corazón?». Estaba de pie ante mí, con los labios apretados en un gesto de ira. Me incliné veloz hacia su mano, que con indecible melancolía colgaba a lo largo del vestido, y se la besé. ¡Qué felicidad poder decirle de ese modo lo que siempre había sentido por ella! «¿Me aprecias?», preguntó en voz muy aguda, de tan aguda ya casi ahogada, muerta. Yo repliqué: «¿Cómo puede dudarlo? Me siento muy desdichado». Pero me indignó estar casi al borde de las lágrimas. Solté bruscamente su mano y adopté una actitud respetuosa. Y ella, mirándome con aire casi suplicante, se alejó. ¡Cómo ha cambiado todo aquí, en este Instituto Benjamenta, tan autoritario en otros tiempos! Todo se va reduciendo a nada, los ejercicios, la energía, los reglamentos. ¿Vivo en una casa de muertos o

en un palacio de gozos y delicias ultraterrenas? Algo ha pasado, pero aún no logro comprenderlo.

Me atreví a hacerle a Kraus un comentario sobre los Benjamenta. Tenía la impresión, le dije, de que el esplendor que siempre había irradiado el Instituto Benjamenta se hallaba como empañado. ¿Qué podía ser? ¿Sabía Kraus alguna cosa? El se enfadó y me dijo: «Oye, ¿estás preñado de estupideces o qué? ¡Vaya ideas! ¡Trabaja! Haz algo y ya verás cómo nada extraordinario te llamará la atención. ¡Qué figón! ¡Husmeando pareceres y opiniones por todos lados! Desaparece de mi vista, no sea que pronto ya no pueda soportarte». «¿Desde cuándo te has vuelto tan grosero?», le dije, pero preferí dejarlo en paz. En el transcurso del día tuve oportunidad de conversar sobre él con Fräulein Benjamenta. «Sí, Kraus no es como los demás chicos —me dijo—. Se queda sentado hasta que lo necesitan, pero si lo llaman, se pone en marcha en seguida y llega de un salto. Nadie hace mayor caso de la gente como él. La verdad es que nunca se elogia a Kraus, y apenas se le agradece. Sólo se le piden cosas: haz esto, y luego, haz aquello. Y uno casi ni advierte que ha sido servido: ¡tan perfecto es su servicio! La persona de Kraus no es nada, solamente es algo el artífice, el ejecutor Kraus, pero éste no se hace notar por nadie. A ti, por ejemplo, Jakob, se te alaba, da gusto hacerte bien. A Kraus nadie le reserva una palabra amable, alguna inclinación. Comparado con Kraus, tú, Jakob, eres la desorganización en persona. Pero también el más simpático. No te lo digo en otros términos, pues no lo entenderías. Y Kraus nos dejará muy pronto. Será una pérdida, Jakob, una verdadera pérdida. Cuando ya no esté Kraus, ¿quién nos quedará? Tú, claro. Muy cierto; y ahora debes de estarme odiando, ¿verdad? Sí, estás molesto conmigo porque la partida de Kraus me entristece. ¿Estás celoso?». «Claro que no. También yo lamento muchísimo que Kraus nos deje», respondí, usando adrede un tono muy formal. Era cierto que estaba apenado, pero me pareció oportuno mostrar cierta frialdad. Más tarde intenté entablar un diálogo con Kraus, pero él adoptó una actitud increíblemente negativa. Sentado a la mesa con aire sombrío, no intercambié palabra con nadie. También él siente que algo no va bien aquí, pero no dice nada, sólo a sí mismo se lo dice.

A menudo tengo la sensación de sufrir una derrota interior enorme. En esos casos me instalo en el centro de la habitación y empiezo a hacer disparates, totalmente infantiles, por lo demás. Me pongo la gorra de Kraus, o sostengo un vaso lleno de agua en la cabeza, y cosas así. O bien está Hans y nos entretenemos lanzando sombreros de modo que encajen y queden sujetos a alguna cabeza. ¡Cómo nos desprecia Kraus cada vez que nos ve! Schacht consiguió un empleo por tres días, pero al final ha vuelto lleno de amargura y toda suerte de pretextos, airados y dolorosos. ¿No he dicho ya antes que Schacht será muy maltratado por la vida? Irá todo el tiempo de puesto en puesto, y en ningún lugar se hallará a gusto. Esta vez, dice, tuvo que trabajar muy duramente, y habla de unos superiores astutos, pérfidos y ociosos que, desde que entró, se dedicaron a agobiarlo con toda suerte de tareas injustas, atormentándolo y explotándolo sin ningún escrúpulo. Ah, y se lo creo. Con demasiada facilidad incluso; es decir, que considero totalmente cierto lo que cuenta, pues con la gente enfermiza y sensible el mundo es

de una rudeza, autoritarismo, veleidad y crueldad incomprensibles. De modo que Schacht se volverá a quedar aquí por ahora. Nos burlamos un poco de él cuando llegó, y así debe ser: Schacht es joven y tampoco tiene por qué creerse con derecho a rangos, ventajas, tratamientos y deferencias especiales. Acaba de vivir su primera decepción, y estoy convencido de que vivirá otras veinte seguidas. La vida, con sus feroces leyes, no es para algunos sino una cadena de desalientos y de impresiones malas y aterradoras. Los seres como Schacht nacen para sentir una aversión permanente y dolorosa. Le gustaría aceptar y dar la bienvenida a lo que se le vaya presentando, pero no puede hacerlo. La dureza y la crueldad le salen al encuentro diez veces más duras e implacables, por eso las siente con mayor intensidad. ¡Pobre Schacht! Es un niño y debería poder retozar al son de alegres melodías y arrojarse en cosas buenas, suaves y exentas de preocupaciones. Para él debería haber murmullos y gorjeos secretos. Tiernas y pálidas nubes vespertinas debieran trasladarlo al reino del «Ah, ¿qué sientes, alma mía?». Sus manos son buenas para los gestos delicados, no para el trabajo. Ante él debieran soplar brisas, y a sus espaldas susurrar dulces voces amigas. Sus ojos debieran permanecer cerrados en beatífica actitud, y Schacht debería poder dormirse de nuevo cuando, por la mañana, se despertase entre la voluptuosa tibieza de unos almohadones. En el fondo no existe ninguna actividad que le convenga, ya que, por su aspecto, cualquier ocupación le resultará inadecuada, antinatural e inconveniente. En comparación con Schacht, yo soy un auténtico palurdo encallecido. Ah, lo aplastarán y un buen día acabará sus días en el hospital, o bien se consumirá, podrido de cuerpo y alma, en una de nuestras modernísimas prisiones. Por ahora se acurruca en los rincones del aula, avergonzado y temblando ante un futuro desconocido y, para él, repulsivo. La señorita lo observa preocupada, pero sus propios problemas la absorben demasiado y no le permiten preocuparse mucho por Schacht. Además, no podría ayudarlo. Un dios debería y quizá podría hacerlo, pero no hay dioses, sólo existe uno y es demasiado sublime para prestar ayuda. Ayudar y aliviar no le convendría en absoluto al Todopoderoso; al menos yo así lo siento.

Ahora, Fräulein Benjamenta intercambia cada día unas cuantas palabras conmigo, ya sea en la cocina, ya sea en el aula, silenciosa y solitaria a ratos. Kraus actúa como si fuera a quedarse unos diez años más aquí, en el Instituto. Estudia sus lecciones fríamente... y sin desanimarse, o más bien sí, con cierto desánimo, aunque siempre ha tenido cara de desánimo, lo cual no significa nada. Es un ser incapaz de la más mínima precipitación o impaciencia. «Esperar» es el lema que aparece escrito, casi con sublimidad, en su plácida frente. Sí, la señorita también lo dijo en una ocasión, dijo que Kraus tiene algo majestuoso, y es verdad; la insignificancia de su persona tiene un no sé qué de invisible autoritarismo. Ayer me atreví a decirle a mi señorita: «Si alguna vez, una sola y pequeñísima vez me he presentado ante usted con más aires de altivez que de sujeción a los sentimientos y ataduras del más puro respeto, quisiera ahora odiarme a mí mismo, perseguirme, colgarme de una cuerda, envenenarme con las pócimas más mortíferas y degollarme con cualquier tipo de cuchillo. No, es totalmente imposible, señorita. Jamás podría herirla. Ya sus ojos... ¿no han sido siempre para mí como

una orden, un mandamiento de intangible belleza? No, no, no le miento. Y cuando aparecía usted en la puerta... Aquí dentro nunca he necesitado el cielo, ni la luna, el sol o las estrellas. Usted, sí, usted ha sido para mí la aparición suprema. Le estoy diciendo la verdad, señorita, y espero que sienta cuan lejos de todo intento de adulación se hallan mis palabras. Detesto cualquier forma de bienestar futuro, aborrezco la vida. Sí, sí. Y no obstante, también yo, como Kraus, tendré que irme pronto de aquí, integrarme en esa abominable vida. Usted ha sido para mí la salud corporal. Cuando leía un libro, era a usted a quien leía, no el libro: usted era el libro. De veras. De veras. Con frecuencia me he portado mal. Y en más de una ocasión usted ha tenido que ponerme en guardia contra el orgullo, que intentaba devorarme y sepultarme bajo los escombros de indecorosas fantasías. ¡Y cómo se desinflaba ese orgullo, con qué rapidez! ¡Con qué atención seguía yo entonces las palabras de Fräulein Benjamenta! ¿Sonríe? Sí, esa sonrisa me ha impulsado siempre hacia el bien, el valor y la verdad. ¡Qué buena ha sido usted conmigo en todo momento! Demasiado, sí, demasiado buena con un cabeza dura como yo. Y nada más verla, mis múltiples defectos se arrojaban a sus pies, implorándole perdón. No, no quiero salir a la vida, ni al mundo. Desprecio todo lo futuro. Cuando entraba usted en la clase, me ponía contento; después yo mismo me trataba de idiota. Y fíjese que muchas veces —sí, debo confesarlo— he deseado en secreto arrebatarse su dignidad y su grandeza, pero por más que me fustigaba el cerebro, no conseguía encontrar una sola palabra, ni una mínima palabrita con la cual criticar y denigrar aquello que estaba dispuesto a herir un poco. Y mi castigo, era siempre la inquietud y el remordimiento. Sí, señorita, nunca he podido dejar de venerarla. ¿Le molestan mis palabras? Yo, en cambio, me alegro mucho de decírselas». Ella me miró parpadeando y sonrió. Se burló un poquito, pero estaba muy contenta. Además, advertí que mentalmente se hallaba concentrada en algo muy lejano. Estaba como ausente, y por eso, sólo por eso me atreví a hablarle así. Me guardaré bien de volver a hacerlo.

No es algo que me concierna, de acuerdo, pero observo asombrado que no ingresan alumnos nuevos en el Instituto. ¿Será tal vez que la reputación pedagógica de la que goza o ha gozado Herr Benjamenta en nuestro medio se halla en baja o, sencillamente, en vías de desaparición? Sería triste. Aunque quizá todo sea producto de mi sensibilidad sobreexcitada. Me he vuelto un poco nervioso aquí dentro, si se puede llamar así a cierta tensión acompañada de un debilitamiento de la capacidad de observación. Todo es aquí tan delicado, y uno vive como flotando en el aire, no con los pies en tierra firme. Y ese estar constantemente prevenido y consciente quizá también influya. Muy posible. Aquí siempre se está a la espera de algo, y esto acaba debilitando. Aparte de que nos prohibimos severamente escuchar y esperar, porque resulta inadmisibles. Esto también consume energías. La señorita suele pasarse ratos largos mirando por la ventana, como si ya viviera en otro sitio. Sí, es esto lo que no hace del todo sano y natural el aire que aquí se respira: todos nosotros, directores y alumnado, vivimos ya casi en otro sitio. Es como si sólo provisionalmente respirásemos, comiésemos, durmiésemos, vigilásemos y diésemos o recibiésemos lecciones. Algo parecido a una fuerza motriz implacable bate aquí

ruidosamente las alas. ¿Estaremos todos a la escucha de lo por venir, de algún Después? Igualmente posible. Y ¿qué ocurrirá cuando los actuales alumnos nos hayamos ido todos y no lleguen otros nuevos? ¿Qué pasará entonces? ¿Sucumbirán los Benjamenta al abandono y la miseria? Con sólo imaginárselo me siento enfermo, simplemente enfermo. No, nunca, nunca. Algo así jamás podrá ocurrir. Y, sin embargo, tendrá que ocurrir. ¿Tendrá que ocurrir realmente?

Ser fuerte y enérgico significa no reflexionar mucho tiempo, sino emprender rápida y tranquilamente las tareas que han de realizarse. Dejarse empapar por los chubascos del esfuerzo, endurecerse y robustecerse con los golpes y fricciones de aquello que la necesidad exige. Odio esta fraseología sabihonda. Quería pensar en algo totalmente distinto. Ah, sí, se trata de Herr Benjamenta. He vuelto a estar en su despacho. Siempre lo embromo con eso del empleo que ha de conseguirme pronto. De modo que esta vez también le pregunté qué tal iba mi asunto, si podía esperar algo, etc. Estuvo a punto de montar en cólera. Oh, ahora está todo el tiempo a punto de montar en cólera, y yo soy más que audaz al provocarlo. Hice mi pregunta en un tono de voz muy alto, brusco e insolente. El director quedó desconcertadísimo, y hasta empezó a rascarse detrás de sus grandes orejas. Claro que no tiene lo que suele denominarse orejas grandes, las suyas no son, proporcionalmente, demasiado grandes, pero como todo es grande en este hombre, sus orejas también lo son. Por último se me acercó, me sonrió con extraña benevolencia y dijo: «¿Quieres irte a trabajar fuera de aquí, Jakob? Mi consejo, sin embargo, es que te quedes. Tú y la gente como tú os lo pasáis muy bien aquí dentro. ¿O me equivoco? Retrasa un poco más tu decisión. Y hasta te aconsejaría volverte un poco descuidado, olvidadizo y mentalmente perezoso. Porque las llamadas malas costumbres, sabes, desempeñan un gran papel en la existencia humana, un papel primordial y, casi diría, necesario. Si no hubiera defectos ni malas costumbres, al mundo le faltaría encanto, calor, riqueza. La mitad del mundo, y en el fondo quizá la más bella, perecería con las negligencias y debilidades. No, sé perezoso. Y, por favor, entiéndeme bien: sigue siendo el que eres y has llegado a ser aquí, pero juega un poco al indolente, te lo ruego. ¿Quieres? ¿Dirás que sí? Me alegraría verte parcialmente entregado a la ensoñación. Deja caer la cabeza, ponte pensativo, ten la mirada triste, ¿lo harás? Pues para mi gusto tienes casi demasiada voluntad, demasiado carácter. Y eres orgulloso, Jakob. ¿Qué te has propuesto realmente? ¿Piensas obtener grandes éxitos en la vida pública? ¿Te sientes obligado a ello? ¿Tienes serias intenciones de hacer cosas importantes? Es casi esta impresión algo violenta la que, por desgracia, me produces. ¿O acaso quieres, por espíritu de contradicción quizá, seguir siendo un tipo humilde, muy humilde? También te veo en este papel. Eres un poco demasiado solemne, impetuoso y triunfalista. Mas nada de esto importa; te quedarás, Jakob. No te daré ningún empleo, por ahora, ni se me ocurriría algo semejante. Y necesito tenerte aquí más tiempo, ¿sabes? Vamos, muchacho, ¿apenas te poseo y ya quieres escaparte? Ni hablar. Abúrrete en el Instituto como mejor puedas. Mi pequeño conquistador, ya verás cómo en el mundo, en ese mundo de fuera, cuando ejerzas tu profesión y aspiras y luchas, ya verás cómo se te abrirán océanos de

aburrimiento, vacío y soledad. Quédate aquí. Cultiva un poquito más tu nostalgia. No puedes imaginarte qué felicidad, que grandeza hay en la nostalgia, es decir, en la espera. De modo que aguarda. Deja actuar dentro de ti ciertas presiones. Aunque no demasiado. Oye, tu partida me dolería, me abriría una herida totalmente incurable, me mataría casi. ¿Matarme? Te lo ruego: búrlate de mí, pero de veras. Ríete de mí descaradamente, Jakob. Te lo permito. Aunque, dime, ¿qué puedo yo prohibirte o permitirte en el futuro, yo, que acabo de convencerte de que casi, casi dependo de ti? Lo que acabo de hacer me aterra, me indigna y me hace muy feliz al mismo tiempo, Jakob. Por primera vez amo a un ser humano. Pero tú no lo entiendes. Vamos. Lárgate. Vete de aquí. Maleducado, recuerda que aún puedo castigarte. ¡Cuidado!». Y ya está, una vez más se había enfurecido. Velozmente desaparecí de sus ojos que, sombríos, me traspasaban. Esos sí que son ojos, los del señor director. Debo anotar aquí que poseo una habilidad increíble para desvanecerme de un local. Salí volando —o mejor dicho, silbando, como silba el viento— del despacho en cuanto el amo me dijo: «¡Cuidado!». Oh, sí, a veces hay que cuidarse de él. Me parecería indecoroso no tener miedo, pues entonces tampoco tendría valor, que no es sino la superación del miedo. Ya en el pasillo, volví a pegar la oreja contra el ojo de la cerradura, y una vez más reinó el silencio. Llegué incluso a sacar la lengua como un colegial idiota, tras lo cual me entraron ganas de reír. Creo que nunca me he reído tanto. Por lo bajo, naturalmente. Fue la risa sofocada más auténtica que pueda imaginarse. Cuando me rio de este modo ya no queda nada sobre mí. Y en esos casos soy algo insuperable en cuanto a dominar y abarcar. En momentos así soy, simplemente, grande.

Sí, así es: todavía sigo en el Instituto Benjamenta; aún debo temer los reglamentos que aquí rigen; todavía tenemos clases, nos hacen preguntas y respondemos; aún volamos todos a cumplir la menor orden, y cada mañana Kraus llama a la puerta de mi cuarto con su dedo arqueado por la rabia y su irritado «Levántate, Jakob»; aún decimos los alumnos «Buenos días, señorita», cuando ella aparece, y «Buenas noches» cuando se retira por la noche. Aún seguimos presos en las férreas garras de los numerosos reglamentos y nos entregamos a toda suerte de repeticiones monótonas y doctrinarias. Además, por fin he estado en los mismísimos aposentos interiores y debo decir que no existen. Hay dos habitaciones, pero ninguna de ellas evoca aposentos de lujo. Amuebladas como por la parsimonia y el más corriente de los gustos, tampoco encierran nada misterioso. Muy extraño. ¿Cómo pudo ocurrírseme la delirante idea de que los Benjamenta vivían en aposentos de lujo? ¿O he estado soñando y ahora mismo salgo del sueño? Lo que sí hay son peces dorados, y Kraus y yo tenemos que vaciar regularmente la pecera en la que viven y nadan esos animales, para luego limpiarla y volverla a llenar de agua fresca. Pero ¿hay el más remoto atisbo de magia en todo esto? Cualquier familia media de funcionarios prusianos puede tener peces dorados, y en las familias de funcionarios no suele producirse nada incomprensible ni insólito. ¡Curioso! ¡Y yo que creía tan firmemente en esos aposentos interiores! Pensaba que detrás de la puerta por la que entraba y salía Fräulein Benjamenta tendría que haber infinidad de alcobas y aposentos. Me imaginaba elegantes escaleras de caracol y otras de piedra, anchas y cubiertas de alfombras,

detrás de esa simple puerta. También veía una antiquísima biblioteca y muchos corredores; largos y alegres corredores cubiertos de esterillas que, en mi imaginación, se extendían de un extremo a otro del «edificio». Con todas mis ideas y necedades podré fundar muy pronto una sociedad anónima para la difusión de ilusiones hermosas, pero nada fiables. Habrá capital suficiente, creo yo; los fondos no escasearán, y los compradores de ese tipo de acciones surgirán allí donde la idea de lo bello y la fe en él aún no hayan muerto del todo. ¡La de cosas que llegué a imaginarme! Un parque, por supuesto. Sin un parque no podría ni existir. También una capilla, pero, aunque parezca raro, no una en ruinas según el gusto romántico, sino una pequeña iglesia protestante pulcramente restaurada y con el pastor tomando el desayuno. Y muchas cosas más. Cenas, partidas de caza. Bailes nocturnos en el salón de ceremonias, de cuyas altas paredes, recubiertas de madera oscura, colgaban retratos de los ancestros familiares. ¿De qué familia? Aquí empiezo a balbucear, pues la verdad es que no sabría decirlo. Y me arrepiento de haber soñado y fantaseado tanto. También veía nevar en el patio del castillo: caían grandes copos húmedos cuando empezaba a clarear, y eran siempre amaneceres invernales y oscuros. Ah, y algo muy hermoso: un salón; sí, veía un gran salón, fabuloso, y a tres nobles ancianas haciendo ganchillo en torno al crepitante y risueño fuego de una chimenea. ¡Vaya imaginación, no ver más allá del lugar donde alguien teje y hace ganchillo! Pero esto era justamente lo que me entusiasma. Si tuviera enemigos me acusarían de morbosidad y creerían tener motivos para detestarme junto con mi querido y entrañable ganchillo. Después se celebraba una cena espléndida, con velas que relucían en candelabros de plata. La alegría de los comensales centelleaba, deslumbraba, parloteaba. Una escena realmente preciosa en mi imaginación. Y las mujeres, ¡qué mujeres! Una de ellas parecía una princesa de verdad, y lo era. También había un inglés. ¡Qué frufú de ropas femeninas, qué ondulación de senos desnudos! Los perfumes recorrían la sala del festín como líneas serpenteantes. La suntuosidad se aunaba a la decencia, el buen tono al gozo, el júbilo al refinamiento, y la elegancia provenía de la nobleza de sangre. Luego se desvanecía todo aquello y llegaban otras cosas nuevas. Sí, esos aposentos interiores vivían, mientras que ahora es casi como si me los hubieran robado. ¡Qué bribona puede ser la cruda realidad algunas veces! Roba cosas con las que después no sabe qué hacer. Hay, según parece, momentos en que se divierte difundiendo melancolía. Y ésta, por otra parte, me resulta muy querida, sí, muy, pero muy estimable. La melancolía forma.

Heinrich y Schilinski se han marchado. Un apretón de manos, un adiós... y a la calle. Muy probablemente para no volvernos a ver más. ¡Qué breves son los adioses! Uno quiere decir algo, pero como se le olvida la frase apropiada, no dice nada o bien suelta alguna tontería. Despedir y despedirse es horroroso. Son momentos en los que la vida humana se estremece y uno siente vivamente su propia nada. Las despedidas rápidas son desamoradas; las lentas, insoportables. ¿Qué hacer? Pues soltar cualquier simpleza. Fräulein Benjamenta me ha dicho algo muy extraño. «Jakob —dijo—, me estoy muriendo. No te asustes. Déjame hablarte con toda tranquilidad. Dime, ¿cómo así te has convertido en confidente mío? Desde un principio, desde que llegaste, me pareciste

simpático y tierno. Por favor, no me hagas objeciones falsamente sinceras. Eres vanidoso. ¿Lo eres de verdad? Oye, mi final se acerca. ¿Podrás guardar silencio? Pues tendrás que guardarlo sobre lo que vas a oír ahora. Y sobre todo métete esto bien en la cabeza, que no se entere tu señor director, mi hermano. Yo estoy perfectamente tranquila y veo que tú también lo estás; sé también que mantendrás tu palabra y no abrirás la boca. Algo me corroe, me voy hundiendo en algo y sé lo que es. ¡Resulta tan triste, mi querido y joven amigo, tan triste! Supongo que sabrás ser fuerte, ¿verdad, Jakob? Aunque sé positivamente que lo eres. Tú tienes corazón. Kraus no podría escucharme hasta el final. Me parece tan hermoso que no llores. Oh, me molestaría muchísimo ver que tus ojos empiecen ya, ahora mismo, a humedecerse. Habrá tiempo para todo. Y encima eres tan buen oyente. Escuchas mi lamentable historia como si fuese algo ínfimo, delicado, habitual, como algo que exigiera simplemente atención y nada más, así me escuchas. Puedes comportarte estupendamente bien cuando haces el esfuerzo. Es cierto que eres orgulloso, ya lo sabemos, ¿verdad? ¡Silencio! No digas nada. Sí, Jakob, la muerte (¡oh, qué palabra!) está aquí mismo, detrás de mí. Mira, así como ahora tú sientes mi aliento, así siento yo a mis espaldas el suyo, frío y terrible, y ese aliento me va hundiendo más y más. Es como si me arrancase el pecho. ¿Te he entristecido? Dímelo. ¿Te resulta triste todo esto? Un poco, ¿verdad que sí? Pero ahora debes olvidarlo, ¿me oyes? ¡Olvidarlo! Volveré a verte como hoy día y te diré qué tal me va. ¿Verdad que intentarás olvidarlo? Pero ven aquí. Déjame tocarte la frente. Eres un buen chico». Me atrajo suavemente hacia ella e imprimió en mi frente algo parecido a un hálito. De tocarme, como había dicho, ni el más remoto intento. Luego se alejó en silencio, abandonándome a mis pensamientos. ¿Pensamientos? ¡Qué va! Volví a pensar en mi falta de dinero. Ese era mi pensamiento. Así soy yo, así de primario e irreflexivo. Además, lo cierto es que las emociones fuertes me dejan un frío glacial en el alma. Toda incitación directa a la tristeza anula totalmente en mí la sensación de tristeza. No me gusta mentir. Y menos aún mentirme a mí mismo, ¿qué sentido tendría? Miento en otros sitios, pero no aquí, ante mí mismo. No, y a ver quién entiende algo de todo esto; yo aquí, vivo, y Fräulein Benjamenta diciendo cosas terribles; y yo, que la adoro, no vierto una sola lágrima. Soy vulgar, eso es. Pero cuidado. Tampoco quiero rebajarme demasiado. Estoy desconcertado, de ahí que... Mentira, todo esto es pura mentira. La verdad es que ya lo sabía. ¿Lo sabía? Otra mentira. Me resulta imposible decirme la verdad. En cualquier caso, obedeceré a la señorita y nada diré sobre esta historia. ¡Poder obedecerla! Mientras la obedezca seguirá viva...

Suponiendo que fuera soldado (y soy, por naturaleza, un soldado excelente), un simple soldado de infantería, y sirviese bajo las banderas de Napoleón, un día me pondría en marcha hacia Rusia. Me entendería bien con mis compañeros, pues la miseria, las privaciones y las innumerables fechorías cometidas en común nos unirían como eslabones de hierro. Miraríamos ante nosotros con firmeza y encono. Sí, el encono, la rabia inconsciente y sorda nos uniría. Y marcharíamos con el fusil siempre en bandolera. En las ciudades que atravesáramos, una multitud ociosa e indolente nos observaría con la boca abierta, desmoralizada por el fervor de nuestra marcha. Pero luego ya no habría

más ciudades, o sólo unas cuantas, y ante nuestros ojos y piernas desfilaban enormes extensiones de terreno limitadas por un tenue horizonte. La tierra parecería arrastrarse y deslizarse literalmente. Y entonces vendría la nieve y nos cubriría, pero nosotros seguiríamos marchando. Las piernas lo serían todo ahora. Durante horas mis ojos permanecerían fijos en la tierra húmeda. Y yo dispondría de tiempo para arrepentirme, para autoacusarme al infinito. Pero siempre mantendría el paso, moviendo acompasadamente las piernas sin dejar de avanzar. Por lo demás, nuestra marcha evocaría más bien un trote. De rato en rato aparecería a lo lejos, muy a lo lejos, un trasunto de cordillera, fina como la hoja de un cuchillo, una especie de bosque. Y entonces sabríamos que más allá de aquel bosque, a cuyas lindes llegaríamos después de muchas horas, se extenderían nuevas e infinitas llanuras. De vez en cuando se oirían disparos, y esos ruidos aislados nos recordarían lo que nos aguardaba, la batalla que algún día habríamos de librar. Y nuestra marcha seguiría. Los oficiales cabalgarían con cara triste, mientras que los ayudantes, fustigando sus caballerías, flanquearían velozmente la columna en movimiento, como impulsados por un terror premonitorio. Pensaríamos en el emperador, en el capitán, de manera difusa, claro está, pero imaginándonos sus rasgos, y eso nos consolaría. Y continuaríamos marchando. Un sinnúmero de interrupciones cortas, pero terribles, detendrían la marcha por breves momentos. Aunque apenas lo notaríamos y seguiríamos avanzando. Luego me asaltarían los recuerdos, no muy claros y, sin embargo, nitidísimos. Me devorarían el corazón como bestias feroces cebándose en una succulenta presa, transportándome al ámbito familiar de la patria, de la redonda y dorada colina de viñedos coronada por dóciles nieblas. Oiría repicar en mi alma los cencerros de las vacas. Un cielo cariñoso se abriría sobre mí como una bóveda ricamente coloreada a la acuarela. El dolor estaría a punto de enloquecerme, pero la marcha proseguiría. Mis compañeros de la izquierda y la derecha, el cabo de fila y el que me siguiera, lo significarían todo para mí. Y mis piernas trabajarían como una máquina vieja, aunque dócil todavía. Las aldeas en llamas, a fuerza de repetirse diariamente, ofrecerían un espectáculo desprovisto de todo interés a nuestros ojos, y las atrocidades más inhumanas ya no nos sorprenderían. Y una tarde, en medio de un frío cada vez más crudo, mi compañero, que podría llamarse Tschanner, se desplomaría a tierra. Yo querría ayudarlo a levantarse, pero el oficial me ordenaría: «¡Déjelo ahí!». Y seguiríamos marchando. Luego, un mediodía, veríamos a nuestro emperador, su rostro. Pero él sonreiría, dejándonos fascinados. Sí, a este hombre nunca se le ocurriría desalentar ni desmoralizar a sus soldados adoptando una expresión sombría. Seguros de la victoria, vencedores anticipados de futuras batallas, continuaríamos avanzando sobre la nieve. Y al final, después de interminables marchas, se produciría el ataque y es posible que yo quedase vivo y siguiera marchando. «¡Ahora rumbo a Moscú!», diría uno de mis compañeros de fila. Y, sin saber muy bien por qué, yo renunciaría a responderle. Ya no sería un hombre, sino sólo una pieza mínima en la maquinaria de una gran empresa. Nunca más sabría nada de mis padres, ni de mis parientes, ni de mis canciones, tormentos o esperanzas personales, nada sobre el sentido y el encanto de mi patria. La disciplina y la paciencia propias del soldado convertirían mi cuerpo

en una masa sólida y compacta, impenetrable, casi vacía de contenido. Y así proseguiría, en dirección a Moscú. No maldeciría la vida, a esas alturas demasiado digna de ser maldecida, ni sentiría dolor alguno, pues habría agotado ya todas las sensaciones de dolor y sus bruscos sobresaltos. Esto, creo yo, significaría más o menos ser soldado bajo Napoleón.

«¡Vaya amigo el que tengo! —me ha dicho Kraus, en realidad sin justificación alguna—. Eres de esos que, aunque no valgan nada, se creen por encima de los buenos preceptos. Calla, que lo sé perfectamente. Pretendes haber descubierto en mí a un pedagogo ácido, a uno que quiere tener razón a toda costa. ¡Por favor...! ¿Qué sabéis tú y los fanfarrones de tu calaña sobre lo que realmente significa ser serio y estar alerta? Seguro que tu frivolidad de saltimbanqui y bailarín te lleva a imaginar, con no menos razón, que posees reinos enteros, ¿verdad que sí? Oh, bailarín, te he calado a fondo. Burlarte todo el tiempo de lo que es justo y decente, eso sí que sabes, ¿eh?, en eso eres un experto: ¡sí, sí, en eso sois auténticos maestros tú y tus hermanos de raza! Pero cuidado, ¡cuidado! Por amor a vosotros no se han abolido aún las tempestades, rayos, truenos y reveses de fortuna. No es gracias a vuestra gracia de artistas —pues eso sois, después de todo— que al hombre que trabaja y está vivo se le han de presentar de repente menos dificultades. Aprende de memoria lo que debiera servirte de lección en vez de querer demostrarme que puedes reírte de mí. ¡Valiente señorito! Quiere probarme que es capaz de ir por ahí pavoneándose cuando le conviene. Déjame decirte que Kraus desprecia simple y llanamente esas payasadas mezquinas. ¡Haz algo! No basta con repetírselo una y diez veces a tu altiva narizota. ¿Sabes una cosa, Jakob, dueño y señor de la existencia? ¡Déjame en paz! Sal a hacer conquistas. Estoy convencido de que a tus pies caerán unas cuantas y tú no tendrás sino que recogerlas. Ya sabes que todo son halagos para vosotros, mequetrefes; que todo os sale bien. ¿Qué, sigues con las manos en los bolsillos? Claro, lo comprendo. Si a uno le presentan la mesa ya servida, ¿para qué tomarse la molestia de actuar como el posible destinatario de una tarea, de algún trabajo o esfuerzo manual? ¡Ánimo! Bosteza un poco más, por favor, que luego se trabaja mejor. Así tu aspecto es demasiado sereno, disciplinado y modesto. ¿O acaso quieres dictarme un par de reglamentos? Hazlo. Soy todo oídos. Venga, vamos, desaparece de mi vista. Que si no tu estúpida presencia me hará perder los estribos, tú... por poco te suelto una gorda. ¡Estos malditos escandalosos que te hacen decir palabrotas! Aléjate de mi visual o ponte a hacer algo. En presencia de los directores pierdes todo el recato, tú, sí, tú. Lo tengo comprobado. Pero ¿qué hago yo hablando con semejante tarambana? Confiesa que serías muy simpático si no fueras tan loco. Si me lo confieras me echaré a tu cuello». «Oh, Kraus, queridísimo mío —dije yo—, ¿te estás burlando de mí? ¿Puede Kraus hacer tales cosas? ¿Será posible?». Estallé en una sonora carcajada y me dirigí a paso lento a mi cuartito. Todo marchará pronto a paso lento aquí, en el Instituto. Se tiene un poco la impresión de que los «días estuvieran contados». Pero uno se equivoca. Quizá también se equivoque Fräulein Benjamenta. Quizá también el señor director. Quizá nos equivoquemos todos.

Ahora soy un Creso. Cierto es que en lo que respecta alpreciado dinero...; pero silencio, no se hable de dinero. Llevo una extraña doble vida, una vida ordenada y otra desordenada, una controlada y otra descontrolada, una sencilla y otra complicadísima. ¿Qué querría decir Herr Benjamenta al confesar que nunca había amado a un ser humano? ¿Qué puede significar el que me diga eso a mí, su alumno y esclavo? Pues sí, los alumnos son esclavos, jóvenes hojas arrancadas de sus ramas y troncos, expuestas a la inclemencia de algún viento huracanado y, por lo demás, ya un tanto amarillentas. ¿Será Herr Benjamenta un viento huracanado? Perfectamente verosímil, pues ya he tenido varias ocasiones de escuchar el estruendo, la furia y las oscuras descargas de aquel torbellino. ¡Y encima es tan omnipotente! ¡Y yo, su alumno, soy tan poca cosa! Silencio, no hablemos de omnipotencia. Uno se equivoca cada vez que usa palabras altisonantes. Herr Benjamenta es muy capaz de tener emociones y debilidades, tan capaz que casi dan ganas de reírse, y quizá hasta de hacerlo con sorna. Creo que todo es debilidad, que todos, todos, temblamos como gusanos. Y esta iluminación, esta certeza me convierte en un Creso, es decir, en un Kraus. Kraus no ama ni odia nada, por eso es un Creso; hay algo en él que roza lo invulnerable. Es como una roca, y la vida, la ola tempestuosa, se rompe al chocar contra sus virtudes. Su naturaleza, su propio ser, se hallan colmados de virtudes. Apenas si es posible amarlo, y de odiarlo ya ni hablemos. Lo bonito y atractivo gusta, de ahí que lo bello y lo bonito se hallen tan expuestos al peligro de ser devorados o explotados miserablemente. Las ternuras voraces y destructoras de la vida no osan aproximarse a Kraus. Y él ¡qué perdido está realmente, pero a la vez qué firme e inabordable! Como un semidiós. Aunque nadie lo entiende, e incluso yo... hablo y pienso a veces muy por encima de mi propio entendimiento. Tal vez por eso hubiera debido ser pastor, o jefe de alguna secta o movimiento religioso. Claro que todavía puedo hacerlo. Aún puedo hacer de mí lo que quiera. Pero ¿y Benjamenta? Lo sé perfectamente: no tardará mucho en contarme su vida. Sentiré la imperiosa necesidad de abrirse, de contar cosas. Es muy probable. Ah, y algo curioso: a veces tengo la impresión de que nunca podré separarme de este hombre, de este gigante, cómo si ambos estuviéramos fundidos en un solo cuerpo. Pero uno siempre se equivoca. Quiero estar preparado en cierto modo. Tampoco demasiado, no. Estar excesivamente preparado supondría un descaro excesivo. ¿Para qué esperar cosas importantes en la vida? ¿Es acaso inevitable? Y yo soy tan poca cosa... A esta certeza me aferró firmemente, al hecho de ser poca cosa, muy poca cosa, indigno de todo. ¿Y Fräulein Benjamenta? ¿Se estará muriendo realmente? No me atrevo a pensarlo, ni tengo derecho. Un sentimiento elevado me lo impide. No, no soy ningún Creso. Y en cuanto a mi doble vida, la verdad es que todo el mundo lleva una. ¿Para qué presumir de ella? ¡Ah, todos estos pensamientos y extraños deseos, esta búsqueda, este tender las manos hacia algún significado! Si pudieran soñar, dormir... Me limito a dejar que las cosas vengan. Sí, que vengan.

Escribo estas líneas precipitadamente. Me tiembla todo el cuerpo y ante mis ojos veo unas lucecitas que llamean como fuegos fatuos. Algo

terrible ha sucedido —o al menos así lo parece—, y apenas si soy consciente de mí mismo y de lo acaecido. Herr Benjamenta ha tenido un ataque... y ha intentado estrangularme. ¿Será verdad? ¡Pobre de mí! Mis facultades mentales me abandonan y no logro explicarme si todo aquello es cierto. Aunque por la confusión que me domina veo que sí lo es. El director montó en un estado de furia indescriptible. Parecía Sansón, aquel personaje de la Historia Sagrada que sacudió las columnas de un edificio alto y repleto de gente hasta que el suntuoso y lascivo palacio, hasta que aquel triunfo de piedra, hasta que la maldad se derrumbó por tierra. Ciertamente es que aquí, hace apenas una hora, no había maldad ni infamia alguna que derribar, ni tampoco columnas o pilares, pero la atmósfera era tan similar, tan exactamente similar, y yo fui presa de un miedo hasta entonces desconocido, de un miedo leporino, atroz. Sí, era una liebre, y de hecho tuve mis razones para huir como una liebre; de otro modo me lo hubiera pasado, sin duda, pésimo. Con una celeridad prodigiosa —no encuentro otro calificativo— me sustraje a los puños que se cerraban sobre mí, y creo que hasta le mordí un dedo al corpulento Herr Benjamenta, al gigante Goliat. Tal vez aquel mordisco rápido y enérgico me salvara la vida, siendo muy posible que el dolor de la herida le recordara súbitamente la necesidad de actuar con mesura, buen juicio y humanitarismo; resulta, pues, probable que deba mi vida a una torpe transgresión del recato escolar. Claro que el peligro de aplastamiento era inminente, pero ¿cómo ha podido ocurrir todo esto? ¿Cómo ha sido posible? Se abalanzó sobre mí como un loco furioso, tirándome encima su enorme corpachón como una oscura masa de rabia enloquecida, como una gran ola marina dispuesta a destrozarme contra las duras paredes de agua. He dicho agua. Un disparate, sin duda, pero aún estoy totalmente aturdido, confuso y perturbado. «Eh, pero ¿qué está usted haciendo, querido y respetado señor director?», le grité al tiempo que corría como un poseído hacia la puerta del despacho. Y una vez más presté oídos. No bien me encontré a salvo en el pasillo, y pese a que me temblaba todo el cuerpo, pegué la oreja al ojo de la cerradura y escuché. Y le oí reír suavemente. Al punto me precipité a mi pupitre y aquí estoy ahora, sin saber si todo ha sido un sueño o lo he vivido realmente. No, no, es verdad, son hechos verídicos. ¡Como viniera Kraus! Aún tengo algo de miedo. Qué agradable sería que el bueno de Kraus viniese y, como en otras ocasiones, me diese un pequeño rapapolvo. Quisiera que me insultasen un poco, que me regañasen, castigasen y sermoneasen: me haría un bien increíble. ¿Seré acaso un niño?

La verdad es que nunca he sido niño y por eso estoy convencido de que en mí quedará siempre un componente infantil. He crecido en edad y en estatura, pero la esencia no ha variado. Hacer mataperradas me produce exactamente el mismo placer que hace años, aunque en realidad nunca llegué a hacer mataperradas. Una vez, de pequeño, le hice a mi hermano un agujero en la cabeza, pero aquello fue un incidente, no una mataperrada. Ciertamente es que he cometido miles de diabluras y chiquilladas, pero la idea me interesaba siempre más que la cosa en sí. Desde muy temprano fui descubriendo en todo, incluso en las mataperradas, un sentido profundo. No me he desarrollado. Esto, naturalmente, es sólo una idea mía. Tal vez nunca llegue a echar ramas

ni hojas. De mi esencia y mis orígenes emanará algún día quién sabe qué perfume, me convertiré en flor y exhalaré un ligero aroma, como para mi propio placer, y luego inclinaré la cabeza, esa que Kraus denomina cabezota necia y presuntuosa. Mis brazos y mis piernas se irán debilitando extrañamente, mi espíritu, mi orgullo, mi carácter, todo, todo se quebrará y marchitará, y yo estaré muerto; bueno, no exactamente, muerto sólo en cierto modo, y tal vez siga viviendo y vegetando así durante sesenta años. Me haré viejo. Pero no me tengo ni me infundo miedo a mí mismo. Tampoco siento el menor respeto por mí. Yo, me limito a mirarlo y él me deja totalmente frío. ¡Oh, entrar en calor! ¡Qué maravilla! Siempre seré capaz de entrar en calor, pues nada personal ni egoísta me impedirá jamás interesarme, apasionarme o ser partícipe. ¡Qué feliz soy de no poder descubrir nada digno de consideración o estima en mi persona! Ser humilde y seguir siéndolo. Y si alguna mano, una circunstancia, una ola me levantasen y llevarasen hasta las alturas donde imperan el poder y la influencia, yo mismo destrozaría las circunstancias que me hubieran favorecido y me arrojaría a las tinieblas de lo bajo e insignificante. Sólo puedo respirar en las regiones inferiores.

Estoy totalmente de acuerdo con los reglamentos —que aún siguen en vigor aquí— cuando exigen que los ojos del alumno y aprendiz de la vida brillen de entusiasmo y buena voluntad. Sí, los ojos deben irradiar firmeza de ánimo. Desprecio las lágrimas, y, sin embargo, he llorado. Más bien por dentro, es verdad, pero quizá esto sea justamente lo espantoso. Fräulein Benjamenta me ha dicho: «Jakob, me muero porque no he encontrado el amor. Este corazón, que ningún hombre digno ha deseado poseer ni herir, se está muriendo. Te digo adiós desde ahora, Jakob. Y vosotros, muchachos, tú, Kraus, y los demás, entonaréis una canción junto al lecho sobre el que estaré tendida. Será un lamento, un lamento en voz baja. Y cada uno de vosotros, lo sé, pondrá sobre mi sábana una flor fresca, quién sabe si todavía húmeda de rocío natural. Permíteme, querido joven, que te haga confidencias con ánimo sonriente y fraternal. Sí, Jakob, confiarte algo resulta natural porque, viéndote tal como eres, cualquiera piensa que has de tener forzosamente y para todo, incluso lo inefable e inaudible, un oído y un corazón abiertos, un ojo, un alma y hasta una inteligencia compasiva y sensible. Si perezco es debido a la incomprensión de quienes hubieran debido verme y comprenderme, a la obcecación de los prudentes y juiciosos, a la falta de amor que hay en las vacilaciones y los "no acaba de gustarme". Un día alguien creyó amarme y desear que fuese suya, pero dudó y me abandonó; también yo dudé, pero yo soy una doncella, me era imposible no dudar, tenía que hacerlo y estaba en mi derecho. Ah, cómo me engañó la infidelidad, cómo me torturaron la vacuidad e insensibilidad de un corazón en el cual creía, porque lo creía lleno de sentimientos verdaderos y apremiantes. Lo que es capaz de reflexionar y distinguir no es sentimiento. Te estoy hablando del hombre en el que mis sueños más dulces y alegres me impulsaron a creer sin ningún escrúpulo. No puedo decirte todo. Más bien permíteme que calle. ¡Oh, esta fuerza destructora que me mata, Jakob! ¡Todos estos desconsuelos que me quebrantan! Pero basta. Dime, ¿me quieres como los hermanos pequeños a sus hermanas? Está bien. Jakob, ¿verdad que todo está muy

bien así? ¿Verdad que entre nosotros dos no habrá rencores ni dudas? ¿Y verdad que es hermoso no desear ya nada más? ¿O no? Sí, sí, es hermoso. Acércate y deja que te bese una sola e inocente vez. Sé tierno. Sé que no te gusta llorar, pero ahora lloremos un poquito juntos. Y ahora silencio, silencio». No añadió nada más. Era como si hubiese querido decir aún muchas cosas pero no encontrase palabras para expresar sus sentimientos. Afuera, en el patio, la nieve caía en copos grandes y húmedos. Y esto me recordó el patio del castillo, los aposentos interiores donde también había nevado en copos grandes y húmedos. ¡Los aposentos interiores! Y yo que había creído siempre que Fräulein Benjamenta reinaba en esos aposentos. Siempre me la había imaginado como una dulce princesa. ¿Y ahora? Resulta que Fräulein Benjamenta era una criatura femenina delicada, que sufría. No una princesa. Y un día yacerá allí dentro, en aquel lecho, con la boca rígida y los cabellos engañosamente ensortijados sobre su frente sin vida. Pero ¿para qué imaginarse todo esto? Ahora voy a ver al director, que me ha mandado llamar. Por un lado, el lamento y el cadáver de una doncella; por otro lado, su hermano, que tampoco parece haber vivido nada. Sí, Benjamenta me da la impresión de un tigre famélico y enjaulado. ¿Y qué? ¿Soy yo, yo, el que ha de meterse entre esas fauces desencajadas? ¡Pues adentro! Que desfogue sus humores en un alumno inerme. Estoy a su disposición. Le temo y al mismo tiempo hay en mí algo que se ríe de él. Además, aún me debe el relato de su vida. Me lo prometió seriamente y ya me encargaré de recordárselo. Sí, esa impresión me produce: la de alguien que todavía no ha vivido. ¿Querrá ahora vivir lo no vivido con ayuda de mi persona? Lo que él llama vivir su vida ¿será acaso cometer delitos? Sería una necedad, una gran necedad, y peligrosa. ¡Pero es más fuerte que yo! Tengo que ir a ver a ese hombre. Una fuerza anímica que no logro comprender me impulsa constantemente a espiarle y sondearle. Pues nada, que el director me devore o, en otras palabras, que me cubra de oprobio y males. Así al menos habré sucumbido por una causa magnánima. Y ahora al despacho. ¡Pobre maestra!

Un tanto despectivamente, debo confesarlo, pero a la vez con gran familiaridad (una familiaridad que provenía justamente del desprecio), el director me dio una palmada en el hombro y me sonrió con su boca ancha, pero bien formada, dejando al descubierto los dientes. «Señor director —dije en un tono de increíble rabia—, le ruego tratarme con una afabilidad un poco menos ofensiva. Todavía soy alumno suyo. Por lo demás —y nunca seré lo suficientemente explícito al respecto—, renuncio a su clemencia. Sea usted condescendiente y bueno con un pobre diablo. Mi nombre es Jakob von Gunten, el de un hombre que, aunque joven, es consciente de su dignidad. No merezco disculpas, me doy cuenta, pero tampoco ofensas, que me niego a admitir». Y con estas palabras, de una arrogancia realmente ridícula y tan poco acordes con la época actual, rechacé la mano del señor director. Pero Herr Benjamenta se echó a reír con una jovialidad aún mayor y dijo: «Tengo que hacer esfuerzos y sonreírte, Jakob; tengo que contenerme para no darte un beso, espléndido muchacho». «¿Besarme? —exclamé—. ¿Se ha vuelto loco, señor director? Quiero pensar que no». Yo mismo me sorprendí del desenfado con que le dije esto, y sin querer, como esquivando un golpe, di un paso atrás. Pero Herr Benjamenta, la bondad

y la indulgencia personificadas, me dijo con los labios agitados por una extraña satisfacción: «Muchacho, chiquillo, eres delicioso... Me encantaría vivir contigo en el desierto o en un iceberg del Mar del Norte. ¡Ven aquí! Vamos, no tengas miedo, te lo ruego. No te haré nada. ¿Qué podría, qué sería yo capaz de hacerte? Considerarte un ser valioso y raro, que como ves es lo que debo hacer y hago, y de eso no tienes por qué asustarte. Por lo demás, Jakob, y ahora te hablo muy en serio, escúchame: ¿quisieras quedarte conmigo, solo conmigo? No me has entendido bien; deja, pues, que te lo explique con calma. Esto se acaba, ¿me entiendes?». Y yo, tontamente, dejé escapar estas palabras: «¡Ah, señor director, mis presentimientos!». El volvió a reírse y continuó: «¿Lo ves? Tú ya habías intuido que el Instituto Benjamenta todavía está vivo hoy, como quien dice, pero mañana ya no lo estará. Sí, digámoslo así. Tú has sido el último alumno. Ya no admitiré a nadie más. Mírame. Me alegro muchísimo, ¿me entiendes?, de haber podido conocerte a ti, el joven Jakob, un chico tan estupendo, antes de cerrar esto para siempre. Y ahora te pregunto, pícaro, que me tienes atado con cadenas tan extrañas y entrañables, ¿quisieras venirte conmigo? ¿Quisieras que nos quedásemos juntos, que iniciemos, que emprendamos cosas juntos, que nos atrevamos, que creemos algo? ¿Te gustaría que ambos, tú el pequeño, yo el grande, intentemos afrontar la vida juntos? Contéstame en seguida, por favor». Yo repliqué: «En mi opinión aún hay tiempo para responder a esta pregunta, señor director. Pero lo que acaba de decir me interesa y voy a pensármelo, digamos que hasta mañana. Creo, sin embargo, que le contestaré que sí». Herr Benjamenta, al parecer, no pudo contenerse y dijo: «Eres un encanto». Tras una breve pausa volvió a tomar la palabra: «Porque mira, contigo sería posible afrontar algo así como un peligro, alguna empresa temeraria, aventurera, descubridora. Pero lo que hiciéramos también podría ser perfectamente refinado y virtuoso. En tu sangre se dan dos componentes: uno tierno y otro intrépido. Contigo se podría intentar o bien algo arriesgado o bien algo muy delicado». «Señor director —le dije—, no me adule, que es muy feo y despierta sospechas. Y además, ¡un momento! ¿Qué hay de la historia de su pasado que, como sin duda recordará, prometió contarme?». En ese instante alguien abrió bruscamente la puerta. Kraus, era él, se precipitó sin aliento en el despacho, palidísimo, incapaz de dar una noticia que evidentemente tenía en la punta de los labios. Hizo sólo un gesto rápido, invitándonos a seguirle. Y los tres entramos en el aula, invadida ya por la penumbra. Lo que allí vimos nos dejó estupefactos.

En el suelo yacía, exánime, la señorita. El director le cogió una mano, pero la dejó caer, como mordido por una serpiente, y retrocedió aterrorizado. Luego se acercó nuevamente a la muerta, la miró y volvió a alejarse para regresar un instante después. Kraus se arrodilló a los pies de ella. Yo sostuve la cabeza de la maestra entre mis manos para que no estuviera en contacto con el duro suelo. Sus ojos aún seguían abiertos, no demasiado, sino como a punto de parpadear. Herr Benjamenta se los cerró y cayó él también de rodillas en el suelo. Ninguno de los tres dijimos nada, pero no estábamos «sumidos en profundas reflexiones». Yo, al menos, era incapaz de pensar en algo concreto. Y, sin embargo, me sentía muy tranquilo. Hasta llegué a

considerarme bueno y bonito, por vanidoso que esto pueda parecer. De algún lugar me llegaba el suavísimo murmullo de unas melodías. Líneas y rayas se curvaban una y otra vez ante mis ojos. «Levantadla —dijo el director en voz baja—, venid, llevadla a la sala de estar. Suave, suave, oh, sujetadla suavemente. Cuidado, Kraus. Por el amor de Dios, no seáis tan bruscos. Jakob, atento, ¿sí? Cuidado con tropezar. Voy a ayudaros. Vamos, despacio, despacio. Así. Que uno estire la mano y abra la puerta. Así, así. Muy bien. Mucho cuidado». Sus palabras, en mi opinión, eran superfluas. Llevamos a Fräulein Lisa Benjamenta a la cama, cuya manta quitó rápidamente el director. Y allí quedó tendida, tal como ella misma me lo había en cierto modo anunciado. Luego llegaron los otros compañeros y vieron la escena, y todos juntos nos quedamos allí, en pie en torno al lecho. El señor director nos hizo una señal comprensible y nosotros, los alumnos, nos pusimos a cantar a coro quedamente. Tal era el lamento que la joven había deseado escuchar en su lecho mortuario. Y en ese momento pensé que estaría oyendo el débil canto. Para todos, creo yo, era como estar cantando en clase por orden de la maestra, a quien siempre obedecíamos con prontitud. Terminada la canción, Kraus salió del semicírculo que habíamos formado y con cierta lentitud, pero mucha mayor eficacia, dijo lo siguiente: «Duerme, descansa en paz, querida señorita (tuteó a la muerta, lo cual me gustó mucho). Por fin te has evadido de las dificultades, te has sustraído a la angustia, te has liberado de las preocupaciones y fatalidades de este mundo. Te hemos cantado en tu lecho, oh venerada, como nos lo habías ordenado. ¿Estaremos ahora nosotros, tus alumnos, solos y abandonados? Así parece y así es. Pero tú, que tan tempranamente nos has dejado, no desaparecerás nunca, nunca, de nuestra memoria. Seguirás viviendo en nuestros corazones. Nosotros, tus muchachos, este grupo que tú has dirigido y gobernado, nos dispersaremos a través de la voluble y afanosa vida en busca de acomodo y bienestar, de modo que quizá ninguno vuelva a ver ni a encontrar más a los otros. Sin embargo, todos pensaremos en ti, educadora nuestra, pues las ideas que nos inculcaste, los preceptos y conocimientos que cimentaste en nuestras almas, nos harán pensar constantemente en ti, fuente de todo el bien que hay en nosotros. Y será un recuerdo espontáneo. Cuando comamos, el tenedor nos dirá cómo querías tú que lo cogiésemos y utilizásemos; nos portaremos correctamente en la mesa, y la conveniencia de hacerlo nos llevará a pensar en ti. Seguirás gobernando, ordenando, viviendo, educando, preguntando y resonando en nuestras almas. Quizá alguno de nosotros llegue a tener algo más de éxito que otro en la vida y no quiera reconocer a su condiscípulo más pobre y rezagado al encontrarse con él. Es posible. Pero luego, sin querer, se acordará del Instituto Benjamenta y de su directora y se avergonzará de haber olvidado con tanta rapidez y presunción tus enseñanzas, renegando de ellas. Y entonces, sin pensarlo más, tenderá su mano al compañero, al hermano, al ser humano. ¿Qué nos has enseñado, querida difunta? Siempre nos decías que fuésemos modestos y obsequiosos. Ah, nunca lo olvidaremos, como tampoco podremos olvidar ni superar a la entrañable persona que nos lo dijo. Duerme en paz, maestra venerada. ¡Sueña! Que hermosas quimeras te circunden, susurrantes. Que la fidelidad, dichosa de tenerte cerca, doble ante ti su rodilla, y que el afecto agradecido y la tierna incapacidad de olvidar, ávida de recuerdos, esparzan brotes, ramos,

flores y palabras de amor en torno a tu frente y a tus manos. Nosotros, tus alumnos, entonaremos ahora otro canto y tendremos así la certeza de haber rezado ante tu lecho de muerte, que será para nosotros un lecho de alegre y devota memoria. Pues así nos enseñaste a rezar. Cantar es rezar, decías. Y nos escucharás, y en nuestra imaginación te veremos sonreír. El corazón se nos parte viéndote allí tendida, a ti, cuyos movimientos eran a nuestros ojos lo que el agua fresca y reanimante de una fuente es a los de un sediento. Sí, es muy doloroso. Pero nos dominamos, cosa que sin duda tú habrías deseado. Estamos, pues, resignados. Y, obedientes, te cantaremos». Kraus se apartó de la cama y todos juntos entonamos otra canción, que resonó suave y vibrante como la primera. Luego nos acercamos al lecho uno por uno y fuimos depositando besos en la mano de la joven muerta. Y cada alumno dijo algo. Hans: «Se lo contaré a Schilinski. Y Heinrich también debe saberlo». Schacht comentó: «Adiós, siempre fuiste tan buena». Y Peter: «Seré fiel a tus mandatos». Luego volvimos al aula, dejando solos al hermano con la hermana, al director con la directora, al vivo con la muerta, al solitario con la solitaria, al atribulado con la extinta, a Herr Benjamenta con Fräulein Benjamenta.

He tenido que despedirme de Kraus. Se ha marchado. Una luz, un sol, se han extinguido. Para mí es como si desde ahora sólo pudiera ser de noche en este mundo, el mundo que me rodea. Antes de sumergirse en el horizonte, el sol todavía lanza unos rayos rojizos sobre el presente, que se ensombrece. Algo similar ocurrió con Kraus. Me volvió a reñir rápidamente antes de irse, y así, por última vez, se me reveló el verdadero Kraus en todo su esplendor. «Adiós, Jakob, corrígete, cambia —me dijo al tiempo que me tendía la mano, casi molesto por tener que hacerlo—. Yo ahora me voy al mundo, a servir. Ojalá te toque hacerlo pronto a ti también. Daño no te hará, claro que no. Te deseo muchos palos sobre tu cabeza de chorlito. Y un buen tirón de tus impertinentes orejotas. No vayas a reírte en plena despedida; cosa que, por lo demás te convendría. Y quién sabe si las circunstancias de este mundo son tan absurdas que acaben encumbrándote. En cuyo caso podrás seguir viviendo tranquila y descaradamente en medio de la desfachatez, la terquedad, la presunción y la sonriente pereza, entre la burla y toda suerte de posibles depravaciones; podrás, sin el menor escrúpulo, continuar siendo lo que eres. También podrás inflarte hasta reventar con todo aquello de lo que aquí, en el Instituto Benjamenta, no has querido desacostumbrarte. Espero, sin embargo, que la preocupación y el esfuerzo te acojan en su dura escuela, esa escuela que aniquila las malas costumbres. Como ves, Kraus te habla con dureza. Aunque quizá, hermano risueño, en el fondo te desee mejores cosas que quienes quisieran colmarte de felicidades por los cuatro costados. Trabaja más, desea menos, y otra cosa: olvídate por completo, te lo ruego. Me irritaría pensar que me tienes reservado algún recuerdo distante, viejo y deslucido, algún escarceo del tipo "sino vengo hoy iré mañana". No, chiquillo, Kraus no tiene la menor necesidad de tus bromitas a lo von Gunten, no lo olvides». «Hombre insensible y querido», exclamé, lleno de angustiosos presagios y sentimientos de despedida. Y quise abrazarle, pero él me lo impidió de la manera más simple del mundo: alejándose rápidamente y para siempre. «Hoy aún existe un Instituto

Benjamenta; mañana, ya no», me dije a mí mismo en voz alta, y entré en el despacho del señor director. Tenía la impresión de que de un extremo a otro de los posibles espacios del mundo se hubiera abierto una grieta enorme, abrasadora, incandescente. Con Kraus se me iba media vida. «¡A partir de ahora, otra vida!», murmuré. Algo por lo demás muy simple: estaba afligido y un tanto perplejo. ¿De qué servían las frases altisonantes? Ante el director me incliné más ceremoniosamente que nunca y juzgué oportuno decirle: «Buenos días, señor director». «¿Estás loco, mi viejo muchacho?», exclamó. Vino hacia mí con intenciones de abrazarme, pero se lo impedí dándole un golpe en el brazo extendido. «Kraus se ha marchado», le dije muy serio. Guardamos silencio y nos contentamos con mirarnos un buen rato.

«Hoy día —dijo luego Herr Benjamenta en tono viril y mesurado— les he encontrado empleo a todos tus compañeros. Aquí sólo quedamos nosotros tres: tú, yo y ella, la que yace allí dentro, en su lecho. A la muerta (¿por qué no hablar tranquilamente de los muertos?... Si están vivos, ¿verdad?) se la llevarán mañana. Es una idea horrible, pero necesaria... Hoy todavía estamos los tres juntos. Y pasaremos toda la noche en vela. Nosotros dos conversaremos junto a su lecho. Cuando pienso que un día te presentaste con la súplica, exigencia y petición de ser admitido en la escuela, me invaden unas ganas inauditas de vivir y reírme. Tengo más de cuarenta años. ¿Es esto vejez? Lo era; pero ahora que tú, Jakob, estás aquí, estos cuarenta años son como una juventud llena de verdes y vigorosos brotes. Contigo, mi bienamado muchacho, ha entrado en mí un fresco soplo de vida, la vida misma. Aquí, ¿ves?, aquí en este despacho estaba yo desesperado, desecado y prácticamente enterrado en vida. Odiaba el mundo, sí, lo odiaba, lo odiaba. Aborrecía y evitaba toda esta existencia, esta agitación y esta vida a un grado indescriptible. Y en eso llegaste tú, fresco, tonto, mal educado, atrevido y floreciente, perfumado de incorruptos sentimientos, y yo, por supuesto, te traté groseramente, aunque desde que te vi supe que eras una joya de chico, alguien que me caía del cielo, según me imaginé, como un regalo enviado por algún dios omnisciente. Sí, te necesitaba justamente a ti, y sonreía para mis adentros cada vez que venías a importunarme con tus deliciosas insolencias y torpezas, que por cierto me hacían pensar en cuadros muy logrados. Pero qué digo importunarme. No: a fascinarme. ¡Tranquilo, Benjamenta, tranquilo! Dime una cosa, ¿nunca te diste cuenta de que nosotros dos éramos amigos? Calla, calla. Y si en esos casos mantenía frente a ti mi dignidad, ¡oh, cómo hubiera querido luego desgarrarla, hacerla añicos! Y aun hoy, ¡qué reverencia tan irreprochable me has hecho! Pero escucha, ¿qué fue aquel arrebató mío de la otra vez? ¿Habré querido hacerte daño? ¿O infligirme algún golpe mortal a mí mismo? ¿Lo sabes tú, Jakob? ¿Sí? En ese caso te ruego que me lo expliques en seguida. En seguida, ¿me entiendes? ¿Qué me pasa? ¿Cómo? ¿Qué dices?». «No lo sé, creí que se había vuelto usted loco, señor director», le dije. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al ver la ternura y la alegría de vivir que, desbordantes, brotaban de los ojos de aquel hombre. Permanecimos un instante en silencio. Y de pronto se me ocurrió recordarle a Herr Benjamenta lo de la historia de su vida. Una excelente idea capaz de distraerle un rato, de apartarle de nuevos accesos homicidas. En ese momento tuve la firme

convicción de hallarme entre las garras de un semidemente, por lo que dije muy de prisa, mientras el sudor resbalaba por mi frente: «¿Y qué hay de su historia, señor director? ¿Qué me cuenta? ¿Sabe que detesto las alusiones? Y usted me ha dado a entender oscuramente que era un monarca destronado. Pues bien. Le ruego que se exprese con claridad. Soy todo oídos». Visiblemente incómodo, se rascó detrás de la oreja. Y al punto le acometió un acceso de malignidad, de maldad mezquina, y me ordenó con voz de sargento: «¡Sal de aquí! ¡Déjame solo!». No esperé a que me lo repitiera y desaparecí en el acto. ¿Estaría avergonzado o afligido por algo aquel rey Benjamenta, ese león enjaulado? En cualquier caso, volví a sentirme muy contento de poder, una vez más, quedarme fuera en el pasillo y escuchar. Silencio de tumba. Entré en mi cuartito, encendí un cabo de vela y me sumergí en la contemplación del retrato de mamá, que he conservado siempre con gran esmero. Más tarde llamaron a la puerta. Era el director, todo vestido de negro. «Ven», me ordenó en un tono de férrea severidad. Fuimos al salón para velar a la difunta. Con un leve gesto de la mano, Herr Benjamenta me indicó mi puesto. Nos sentamos. Gracias a Dios, yo al menos no sentía cansancio físico. Lo cual me encantaba. El rostro de la muerta seguía siendo bello, sí; parecía incluso haber ganado en gracia, más aún: era como si de minuto en minuto fuesen en aumento su emoción, belleza y elegancia. Algo parecido al sonriente perdón de cualquier tipo de faltas parecía flotar y vibrar sutilmente en esa sala, algo así como el canto de un grillo. Y el ambiente era clara y luminosamente grave. Cualquier cosa excepto siniestro. Empecé a sentirme bien, pues el solo hecho de estar allí velando me permitía disfrutar de esa paz que radica en el silencioso cumplimiento del deber.

«Más tarde, Jakob —comenzó a decir el director mientras estábamos ahí sentados—, más tarde te lo contaré todo. Porque sin duda seguiremos juntos. Creo firmemente, y hasta con una firmeza inquebrantable, que estarás de acuerdo. Sé que mañana, cuando te pregunte acerca de tú decisión, no me dirás que no. Por ahora he de confesarte que no soy un verdadero rey desposeído; si te lo dije fue sólo metafóricamente. No obstante, hubo tiempos en los que este Benjamenta que ahora tienes a tu lado se sentía amo, conquistador y rey; en los que la vida se abría ante mí para que la aferrase; en los que todos mis sentidos creían en el porvenir y en la grandeza, y mis pasos, elásticos, me conducían como sobre praderas y ventajas parecidas a alfombras; en los que poseía todo cuanto contemplaba y gozaba de algo con sólo evocarlo fugazmente; en los que todo apuntaba a coronarme de satisfacciones, a ungirme con éxitos y triunfos; en los que era rey sin casi darme cuenta, y grande sin tener que rendirme conscientemente cuentas. En este sentido he estado en las alturas, Jakob; es decir, he sido simplemente joven y muy prometedor, y también en este sentido me he visto desposeído de mi trono y de mi reino. Caí. Y empecé a dudar de mí y de todo. Cuando nos desesperamos y afligimos, mi querido Jakob, nos volvemos penosamente pequeños y las pequeñeces se nos van echando encima en número cada vez mayor, como rápidas y voraces sabandijas que nos devorasen lenta, muy lentamente, y lentamente también supieran asfixiarnos y deshumanizarnos. Eso del rey no fue, por tanto, sino una manera de hablar. Te pido disculpas, mi pequeño oyente, por haberte hecho creer

en lo del cetro y el manto de púrpura. Aunque creo que en el fondo tú sabías lo que se ocultaba bajo aquellos reinos recreados entre balbuceos y sollozos. ¿Verdad que ahora te parezco un poco más jovial, ahora que ya no soy rey? Pues tú mismo admitirás que tales soberanos, si se vieron obligados a dar clases y abrir institutos, serían sin duda jefes siniestros. No, no, yo sólo estaba contento y orgulloso del futuro: tales eran mis dominios y mis rentas reales. Luego pasé largos, largos años sumido en la degradación y el desaliento. Y ahora vuelvo a ser, mejor dicho, empiezo a ser otra vez yo mismo, y es como si hubiera heredado un millón; pero qué digo un millón, no...; tengo la impresión de haber sido elevado al trono y coronado. Claro que siempre vuelven las horas sombrías, atrozmente sombrías, en las que todo se torna negro a mis ojos y se le hace odioso a mi corazón..., ¿cómo diría?... , abrasado y calcinado, y en esas horas me invade una necesidad imperiosa de desgarrar, de matar. Oh, alma mía, ahora que sabes esto, ¿querrás quedarte conmigo? ¿Podrás decidirte, tal vez por simple simpatía humana hacia mí, o por cualquier otro sentimiento que te agrade, a desafiar el peligro que supondría vivir con un monstruo como yo? ¿Podrás aceptar riesgos valerosamente? ¿Eres de verdad obstinado? ¿Y no me tomarás a mal todo esto? ¿Tomar a mal? ¡Qué tontería! Por lo demás, Jakob, ya sé que viviremos juntos. Está decidido. ¿Para qué hacerte más preguntas? Como ves, conozco bien a mi ex alumno. Porque ahora, Jakob, ya no eres mi alumno. Ya no quiero formar ni enseñar, sino vivir y, viviendo, mover, soportar y crear algo. ¡Oh, qué estupendamente se puede sufrir con un encanto de compañero como tú! Poseo lo que deseaba poseer, de ahí que tenga la impresión de poderlo todo, de sufrirlo y soportarlo todo alegremente. No se piense ni se hable más. Calla, te lo ruego. Mañana, cuando se me hayan llevado esa vida que yace allí en la cama, cuando me esté permitido despojarme de esta solemnidad puramente exterior para transformarla en otra interior, me dirás tu opinión. Me dirás sí o no. No olvides que ahora eres completamente libre. Puedes decir y hacer lo que te plazca». Yo dije en voz muy baja, muerto de ganas de asustar un poco a ese hombre, a mi juicio demasiado optimista: «Pero ¿y el pan cotidiano, señor director? A los otros les consigue trabajo, ¿y justamente a mí nada? Me parece extraño e injusto. Insisto: es su obligación conseguirme un puesto estable. Quiero a toda costa tener un empleo». Ah, el tipo se sobresaltó. Se asustó. Tuve que reírme para mis adentros. Nada hay más agradable en la vida que las diabluras. Herr Benjamenta me dijo con voz triste: «Tienes razón. Es lógico que te encuentre una colocación en base a tu diploma de licenciatura. Claro que tienes toda la razón. Sólo que se me ocurrió... que harías una excepción». Yo exclamé, rojo de indignación: «¿Excepción? No hago excepciones. Nunca. Sería algo indigno del hijo de un alto consejero. Mi modestia, mi nacimiento, todo lo que siento me impide desear más de lo que hayan obtenido mis compañeros». A partir de entonces no dije una palabra más. Me divertía dejar a Herr Benjamenta en un visible estado de inquietud que halagaba mi vanidad. Pasamos el resto de la noche en silencio.

Pero mientras estaba allí sentado, velando, acabó vencíendome el sueño. Por poco tiempo, es cierto, una media hora o quizá un poco más, me sustraje a la realidad. Soñé (y el sueño, lo recuerdo, me cayó con fuerza

desde lo alto, inundándome con sus rayos) que me encontraba en un prado de montaña, de un aterciopelado verde oscuro, bordado y tachonado de flores que más parecían besos en forma de flor. Tan pronto los besos se me antojaban estrellas, tan pronto volvían a ser flores. Era y no era la naturaleza, imagen y cuerpo a un tiempo. En el prado yacía una joven de maravillosa belleza. Quise convencerme de que era la maestra, pero me dije en seguida: «No, no puede ser. Ya no tenemos maestra». Resultó ser otra persona, y de pronto me vi consolándome a mí mismo y escuché la consolación. Dijo claramente: «Basta. Deja de interpretar». La joven estaba desnuda, con una desnudez urgente y esplendorosa. A una de sus hermosas piernas llevaba atada una cinta que el viento, al acariciar toda la escena, agitaba levemente. El dulce sueño, de limpidez especular, me pareció también como agitado por un vientecillo. ¡Qué feliz era! Pensé muy fugazmente en «aquel hombre» y, por supuesto, se trataba del señor director. Lo vi de repente: iba montado a caballo y vestía una armadura noble y severa, de centelleante negrura. Del flanco pendía una larga espada y su corcel lanzaba belicosos relinchos. «¡Vaya, vaya, el director a caballo!», pensé, y en seguida grité a voz en cuello, tanto que mis palabras retumbaron en los desfiladeros y precipicios próximos: «¡Ya he tomado una decisión!». Pero él no me oyó. Entonces grité angustiado: «¡Oiga, señor director! ¿Me escucha?». Nada, me volvió la espalda. Su mirada estaba fija en la lejanía, en las regiones inferiores de la vida. Ni siquiera inclinó la cabeza hacia mí. Y el sueño, aparentemente por complacerme, empezó entonces a rodar como un carruaje, y de pronto nos encontramos, yo y «aquel hombre», es decir, ni más ni menos que Herr Benjamenta, en medio del desierto. Lo recorriamos a pie, comerciando con sus moradores, y nos sentíamos extrañamente animados por una satisfacción fría y, casi diría, grandiosa. Era como si los dos hubiésemos huido para siempre, o al menos por mucho, mucho tiempo, de lo que suele llamarse cultura europea. «¡Aja! —pensé yo sin querer y bastante torpemente, según me pareció—, ¿conque era esto?». Pero fuera lo que fuera, no conseguía descifrar mi pensamiento. Seguimos avanzando. De pronto nos salió al encuentro una horda de gente hostil, pero los dispersamos sin que pudiera darme cuenta de cómo lo habíamos hecho. Los lugares desfilaban, junto con los días de marcha, a la velocidad del rayo y yo sentía pasar sobre mí la experiencia de largos decenios, difíciles de soportar, que huían haciéndome señas. ¡Qué extraño era todo eso! Las semanas se veían como guijarros menudos y centelleantes. Era una sensación ridícula y al mismo tiempo espléndida. «Huir de la cultura, ¿sabes, Jakob? ¡Qué gran cosa!», decía de vez en cuando el director, que tenía aspecto de árabe. Íbamos a lomo de camello. Y las costumbres que veíamos nos fascinaban. Había algo incomprensiblemente suave y tierno en el movimiento de aquellos países. Sí, tenía la impresión de que esos países caminaban o, más bien, volaban. Majestuoso, el mar se extendía a lo lejos como un gran mundo de ideas, azul y líquido. A ratos oía un revuelo de pájaros, rugidos de fieras o susurros de árboles sobre mi cabeza. «¿Conque al final te animaste a venir, eh? Lo sabía», me decía Herr Benjamenta, a quien los hindúes habían elevado al rango de príncipe. ¡Increíble! Por extraño y siniestro que pueda parecer, el hecho es que habíamos hecho la revolución en la India. Y en apariencia el

golpe había tenido éxito. Vivir era tan delicioso, lo sentía en todos mis miembros. La vida brillaba ante nuestras penetrantes miradas como un árbol frondosísimo. ¡Y qué firmeza la nuestra! Íbamos vadeando peligros y conocimientos como si fueran un río de agua helada, pero benéfica para nuestros ardores. Yo era siempre el escudero, y el director, el caballero. «Muy bien», pensé de repente. Y al pensarlo me desperté y miré a mí alrededor. Herr Benjamenta también se había adormecido. Le desperté diciéndole: «¿Cómo puede usted dormir, señor director? Permítame decirle que he decidido acompañarle adonde quiera». Nos dimos la mano, y este gesto significaba mucho.

Estoy haciendo mi equipaje. Sí, ambos, el director y yo, estamos preparando maletas, desmontando y arreglando cosas, rompiendo, empujando y cambiando de lugar otras. Nos vamos de viaje. Muy bien. Este hombre se va y ya no me pregunto por qué. Siento que la vida exige emociones, no reflexiones. Hoy le diré adiós a mi hermano. Aquí no pienso dejar nada. Nada me ata, nada me obliga a decir: «¿Qué pasaría si yo...?». No, ya no hay «qué-pasarían» ni «sías» que valgan. Fräulein Benjamenta yace bajo tierra. Los alumnos, mis condiscípulos, se han dispersado en toda clase de empleos. Y si yo me estrellase y perdiese, ¿qué se rompería y perdería? Un cero. Yo, individuo aislado, no soy más que un cero a la izquierda. Y ahora al traste con la pluma. ¡Al traste con las ideas! Me voy al desierto con Herr Benjamenta. Quiero ver si en medio del páramo es también posible vivir, respirar, ser, desear y hacer sinceramente el bien, y dormir por la noche y soñar. ¡Bah! Ahora no quiero pensar en nada más. ¿Tampoco en Dios? ¡No! Dios estará conmigo. ¿Qué necesidad tengo de pensar en Él? Dios está con los que no piensan. Adiós, pues, Instituto Benjamenta.



ROBERT WALSER (Biel, Suiza, 1878 - Herisau, Suiza, 1956). Novelista, poeta y ensayista, de nacionalidad suiza. Nació en Biel, cerca de Berna, el 5 de abril de 1878. Después de abandonar la escuela, trabajó como empleado de oficina, al tiempo que escribía poesía, entre 1898 y 1905, cuando su hermano mayor, pintor e ilustrador, le invitó a vivir con él en Berlín. En esta ciudad escribió tres novelas, *Los hermanos Tanner* (1907), *El ayudante* (1908) y *Jakob von Gunten* (1909), que dan una visión irónica y desapasionada de la vida cotidiana de Berlín. En 1909 regresó a Biel y allí escribió las narraciones cortas recogidas en *El paseo y otros relatos* (1917), pero durante ese periodo sufrió una gran depresión, acompañada de alucinaciones. A pesar de los tratamientos durante dos años, en 1930 se aconsejó su internación en una clínica psiquiátrica de Herisau, donde pasó el resto de su vida. Murió el 25 de diciembre de 1956. Aunque su obra, que incluye además poemas, ensayos y numerosos relatos, fue admirada por otros escritores, como Robert Musil, Walter Benjamin y Franz Kafka, no llegó a un público más amplio hasta finales de la década de los cincuenta.

